

CIO

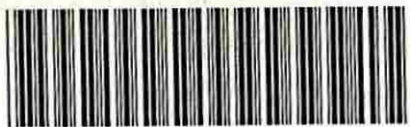
MEROUVEI.

LOS
ULTIMOS
KERANDAI.

GOVERNOR
OF THE
SOUTH
AFRICAN
REPUBLIC

2

PC2625
.B53
U88
v.2



1020027077



LOS ÚLTIMOS KERANDAL

Núm. Clas. N
Núm. Autor M 5674
Núm. Adg. 30566
Procedencia - 8 - (R)
Precio _____
Fecha _____
Clasificó 64
Catalogó _____



CHARLES MEROUVEL

LOS ÚLTIMOS KERANDAL

VERSIÓN CASTELLANA

DE

EL COSMOS EDITORIAL

TOMO II



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Imprenta de F. Nozal, Jesús, 3 (esquina a la de las Huertas).

MADRID

EL COSMOS EDITORIAL

Arco de Santa María, núm. 4, bajo.

85633

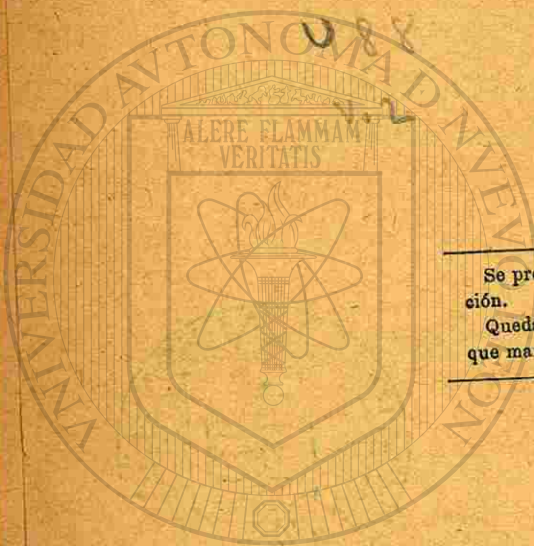
30564

873

PQ 2625

M.

.E53



Se prohíbe su reproducción.
 Queda hecho el depósito que marca la ley.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LAS DOS PRIMAS

I.

La señora Jacut no se atrevió á oponerse á los deseos de la castellana de Santa Gilda.

—Está muy delicada... se atrevió á observar.

—Tanto mejor para verla, contestó Nicolasa, ¿Qué tiene?

—Ayer sufrió una fuerte caída. Al bajar de la Torre de Elven se la fué un pié, y...

—¿A qué hora estuvo en la Torre de Elven? preguntó el conde, que empezaba á adivinar la verdad.

—Por la tarde... casi al caer la noche...

—Conducidme á su habitación, dijo Nicolasa.

Marta entró la primera.

—Entrad, dijo á la señorita de Fonterose. Está dormida.

Juana, en efecto, tenía los ojos cerrados, y, por su palidez, parecía que estaba muerta.

Nicolasa la tocó una mano.

—Es preciso ir á buscar á un médico, dijo Nicolasa. Tiene calentura.

Al contacto de la mano de Nicolasa, Juana abrió los ojos.

—¡Agua! ¡Dadme agua! murmuró.

Y con voz ahogada, aunque distintamente, añadió:

—Está allí... en el fondo de la laguna... ¡Padre mio!... Despertadle... Decidle que le espera su hija.

—¡Delira! dijo Nicolasa.

Juana, como si saliera de un sueño, fijó sus grandes ojos en la señorita de Fonterose.

—¿Quién sois? la preguntó, tratando de incorporarse. No os he visto nunca... no os conozco...

—Soy parienta vuestra, amiga mia.

—Yo no tengo parientes, ni amigos. Mi padre y mi madre han muerto. Estoy sola en el mundo.

—No, Juana. Yo soy vuestra prima Nicolasa de Fonterose. ¿No habeis oido nunca este nombre?

—Sí.

—Yo tambien conocía el vuestro. He pensado muchas veces en vos. Al fin nos hemos encontrado.

—¡Ah!

—No os abandonaré y os amaré como á una hermana.

—¡Sois tan buena como hermosa!...

—¿Y por qué no habia de ser buena? ¡Es tan fácil serlo! Habeis tenido grandes penas, ¿no es verdad?

Yo os consolaré, yo haré cuanto pueda para que seais dichosa.

—¿No os vais á casar?

—Tal vez.

—Quiero pagar vuestra bondad. Sentaos á mi lado... Aquí, mas cerca. Tenemos que hablar. Escuchadme.

Pero rendida por este esfuerzo, dejó caer la cabeza sobre la almohada.

—¡Cuánto sufro! exclamó llevándose la mano á la cabeza.

—¿Qué sentis?

—La cabeza... el corazon... Siento que me muero.

—Id á buscar un médico, Marta, dijo la señorita de Fonterose. Abajo está mi caballo... Que vayan á Vennes, si es preciso.

—Cláudio, murmuró Juana, ¿dónde estás?

Afortunadamente en casa del juez se encontró un médico.

—La fiebre es terrible, dijo, y hace temer un ataque cerebral.

Recetó y se despidió, diciendo que la naturaleza obraría por sí, mas eficazmente que las medicinas.

Nicolasa bajó al comedor para dar cuenta á sus amigos del estado de la enferma.

—El médico ha recetado que se la pongan paños de nieve en la cabeza, dijo, y como no la hay en EIVEN, es preciso ir á buscarla al castillo.

Roger aprovechó aquel momento de confusión para subir á ver á Juana.

Juana no le reconoció.

Un momento despues, Nicolasa y los huéspedes de Santa Gilda abandonaban la posada del *Condestable*.

Nicolasa llamó aparte á la señora Jacut y la dijo:

—Tratadla como si fuera una hermana mia, sin reparar en gastos ni en sacrificios. Yo volveré. ¡Salvala, por Dios!

II

Cláudio Kerandal.

Cláudio, en cuanto llegó á Penhoet, se consagró al cuidado de su madre.

Los dos primeros enfermos que habia tenido al volver á su país, eran su madre y la mujer de quien estaba locamente enamorado.

Pero el mal de su madre se diferenciaba de la dolencia de Juana en que no tenia cura.

La pérdida de la razon de María Ana era ya indudable.

Al ver las facciones contraidas de aquella mujer, cuya hermosura habia hecho latir tantos corazones, era imposible equivocarse respecto á su estado.

El temor de la justicia y de la reprobacion de las gentes, no le preocupaba á Cláudio.

Lo que verdaderamente le desesperaba era la pér-

dida de la mujer en quien habia puesto todas sus esperanzas.

Juana lo sabia todo.

Los que habian asesinado traidoramente á su padre, los que le habian despojado de su fortuna, villanamente, valiéndose de su ciega confianza, eran los Kerandal.

Los rumores que la maledicencia habia empezado á propagar en el país, irian tomando cuerpo lentamente y la deshonra de su familia acabaria por hacerse pública.

En el momento en que Cláudio se entregaba á estas tristes meditaciones, sentado á la cabecera del lecho de su madre, llamaron á la puerta de la calle.

Ibo, que estaba en la cocina, se estremeció y dijo á Catalina, que en vano procuraba consolarle:

—Vete á ver quién es.

—¿Y si son los gendarmes? le preguntó Catalina trémula de espanto.

—Déjalos entrar, la contestó Ibo. La justicia debe encontrar las puertas abiertas.

No eran los gendarmes.

Catalina respiró.

Era Juan, que habia sabido lo ocurrido en la posada de Elven, é iba á acompañar en su infortunio á sus antiguos amigos.

—¿Y María Ana? preguntó á Catalina apeándose y dándola las riendas del caballo.

—Subid á verla, contestó Catalina.

Maria Aua no reconoció á Juan.

—¡Maldito dinerol exclamó Juan. Sí, sí, el dinero de Noel Trelan la mata... ¡El dinero de Noel nos matará á todos y arruinará á esta casa!...

—Santa, dijo Cláudio á su hermana, que estaba sentada en un rincón del cuarto de su madre deshecha en lágrimas, déjanos. Tengo que hablar con Juan.

Santa obedeció maquinalmente.

—Juan, dijo Cláudio al guarda-bosque con acento solemne, mi madre ha pronunciado tu nombre en la posada. ¿Es verdad lo que ha dicho?

—Sí.

—¿Mi padre asesinó á su primo Noel Trelan?

—Sí.

—¿Le robó?

—Señor Cláudio...

—Dime la verdad... toda la verdad.

—Sí.

—¿Arrojó su cadáver á la laguna?

—Sí.

—¿Tú le viste?

—Yo le ví deshacerse de su víctima, arrojándola en el fondo de la laguna, pero por mí nadie lo habría sabido.

—Tienes razón, Juan, moriremos todos. Yo no sobreviviré á esta deshonra.

—¿Qué váis á hacer?

—A levantarme la tapa de los sesos de un pistoletazo.

—Sería una cobardía, y los Kerandal no son cobardes.

—La cobardía consiste en vivir sin honor. Este sacrificio es superior á mis fuerzas.

—Necesitais vivir para ser útil á los vuestros, le contestó Juan enérgicamente ¿Y vuestra madre?

—La locura de mi madre es incurable y está próxima á morir.

Esta revelación anonadó á Juan; pero haciendo un esfuerzo supremo, ocultó su dolor y prosiguió:

—¿Y vuestra hermana? ¿Quereis dejarla sola en el mundo?

—Ibo velará por ella.

—Hay además en el mundo una persona que os interesa.

—¿Quién?

—La mujer de quien acabais de separaros.

—¿Dónde?

—En la posada de la señora Jacut.

—¿Juana?

—Sí; Juana, que se muere.

—¡Dios mio!

—Ha sido preciso llamar á un médico. La calentura la devora. Delira, y en el delirio ha pronunciado un nombre.

—¡Un nombre!

—El vuestro. Os llama.

—¡Juana! exclamó Cláudio, levantándose fuera de sí. El honor, la vida, el amor... ¡todo lo he perdido en un día!

—Id á verla... Salvadla. Esa empresa es digna de vos... Mataros sería una cobardía.

—Pero, ¿cómo quieres que me presente delante de ella, despues de saber que mi padre ha asesinado al suyo? ¡Juan! ¡Juan! ¿Para qué he nacido?

—Para hacer bien, señor Cláudio, para reparar el mal que han causado otros. No os detengais... Volved á la posada... Nadie puede acusaros de un delito que no habeis cometido. La señora Jacut os espera impaciente. Os ama como si fuérais su hijo. Dentro de una hora será de noche. Yo os acompañaré, y nadie sabrá que hemos ido á Elven. Si os parece mejor, yo me quedaré á velar á vuestra madre. Sería en vos un crimen no salvar á esa desventurada joven.

Juan cogió de un brazo á Cláudio para sacarle de la habitación.

Cláudio se inclinó sobre su madre, la dió un beso en la frente, y siguió á Juan.

Al entrar en la cocina vió á Ibo que estaba sentado junto á la chimenea, con los brazos cruzados y la cabeza caída sobre el pecho.

Se acercó á él, y, poniéndole una mano sobre el hombro, le dijo:

—Vela por Santa.

—¿Dónde vas?

—A Elven.

—¿Volverás?

—Antes de mediodía.

—Vé á caballo.

—No, Juan me acompaña, y me llevará á grupas del suyo.

Al llegar á mitad del camino, Juan se detuvo, y señalando á Cláudio el bosque, le dijo:

—Yo estaba aquí.

Y luego añadió:

—¿No veis el estanque? ¡Allí duerme Noell!

Al terminar el día, divisaron á lo lejos una sombra que galopaba en un caballo negro con dirección á la Piedra de las Hadas.

Era la señorita de Fonterose que iba á la cita que habia dado á Corentin.

A la misma hora, Jacobo entraba en Penhoet, solo, con la cabeza pesada y llena de proyectos confusos.

Únicamente á él no le habia impresionado la escena de la posada de *El Condestable*.

Por el contrario, le habia fortalecido.

Era preciso concluir...

Los gendarmes buscaban á Juan.

—¿Has visto á Juan? preguntó Jacobo á Catalina.

—Sí, le contestó Catalina. Acaba de salir de aquí para el castillo.

—El volverá, murmuró Jacobo haciéndose superior á aquella contrariedad.

Y sin embargo, se equivocaba.

Juan no volvería aquella noche.

Porque, despues de dejar á Cláudio á la entrada de Elven, tomó el camino del castillo.

III.

Aquella vez, Nicolasa, al dirigirse á la Piedra de las Hadas, iba profundamente preocupada.

Una vez secreta le decia que tal vez tendría razon su madre para no querer bien á los Kerandal.

¿Sería el hombre á quien amaba, por más que no se atrevía á confesárselo, hijo de un asesino, y no de un asesino impulsado por el odio, sino de un asesino cegado por la avaricia?

No sabia qué pensar, ni qué hacer.

Por todas partes donde miraba no veía mas que sombras.

Corentin estaba ya en la Piedra de las Hadas, abismado en la misma ansiedad que Nicolasa.

Al ver destacarse de entre los árboles á la señorita de Fonterose, un sudor frio bañó su frente, y tuvo que apoyarse en las rocas para no caer desplomado al suelo.

—Corentin, le dijo Nicolasa, ya sabeis que soy vuestra amiga, pero no puedo ocultaros que lo ocurrido en la posada de *El Condestable* me ha impre-

sionado vivamente. Es una desgracia para vos, para mí, para todos. Vengo á que me digais la verdad. Quiero saber toda la verdad. Ella decidirá de nuestros destinos. La deshonra de los unos cae sobre los otros. Somos parientes, y por lo tanto solidarios. ¿Qué hay de verdad en esa terrible historia?

—No lo sé.

—Sed franco conmigo.

—No sé mas de lo que vos sabeis acerca de ese maldecido asunto. ¡Os lo juro!

—Vamos por partes, dijo Nicolasa, apeándose y atando su caballo al tronco de un árbol. Hace diez años, vuestro padre estaba agobiado de deudas. El mio hubiera debido pagarlas. No lo hizo. Lo siento. Sin embargo, de la noche á la mañana, vuestro padre pagó todo lo que debía. ¿Con qué recursos hizo frente á sus compromisos?

—No lo sé, repitió Corentin.

—No quereis decírmelo. . No teneis confianza en mí, ó vuestro orgullo se resiste á esta confesión. Sin embargo, yo creía que me estimábais lo suficiente para abrirme vuestro corazon. Juntos hubiéramos buscado el remedio. ¿Qué clase de hombre sois? ¿Sois un hombre de hierro como todos los de vuestra raza? No puede haber ocurrido en vuestra casa un hecho tan grave sin que tengais conocimiento de él. La justicia lo sabe todo. Se pondrá en movimiento como una fiera que olfatea su presa. Se sabrá

que los Kerandal, los primos de los Fonterose, son unos bandidos. Esto es lo que hay que impedir á toda costa. Defendeos. Tened valor. Sed hombre. Yo soy mujer y estoy dispuesta á todo.

Un sudor frio bañaba la frente de Corentin.

—Pues bien, exclamó despues de una larga pausa; creo que es verdad todo lo que se dice.

Y levantando la cabeza con terrible energía, añadió:

—Dios debe exigir terribles cuentas á vuestros padres por el mal que nos han hecho con su orgullo y con su egoismo. Con un puñado de oro han podido llenar el precipicio que nos separaba. Si, teneis razon, señorita Nicolasa, hay secretos que abruma y matan. Un titan sucumbiría bajo su peso. Yo poseo un secreto y voy á revelároslo.

—¡Cuánto debeis sufrir! exclamó Nicolasa.

—No podeis imagináros lo que me cuesta esta confesion. ¡Es terrible! Despues de haberme oido me exarcarais.

—No.

—Necesitariais ser un angel para perdonarme. Es preciso que lo sepais todo.. Oidme.

Y bajando la voz, como si temiera que alguien le oyese en medio de aquella soledad, prosiguió:

—Vosotros y nosotros nos odiábamos á muerte. La casa solariega de Penhoet habia jurado el exterminio del castillo de Santa Gilda. Jacobo y yo nos habiamos

identificado con el ódio de nuestro padre, que murió miserablemente en una noche de invierno, sobre la nieve, víctima de sus remordimientos mas bien que del veneno que habia tomado. Ibo y Santa no sabian nada; Cláudio era un niño. Mi madre habia sorprendido el secreto de su marido mientras dormia. Nos odiábamos por que los vuestros nos humillaban y nos reducian á la miseria, privándonos hasta de cazar en vuestros bosques. Una noche, cuando agotados todos los recursos, la mas horrible miseria iba á caer sobre nosotros, mi padre tuvo una mala tentacion. Uno de nuestros parientes, casi desconocido, á quien la miseria habia echado del pais, el padre de Juana Trelan, de esa joven que estaba agonizando en la posada de Elven, se presentó de improviso en Penhoet. Esto ocurrió durante la guerra. Ibo fué á buscarle á la estacion del ferrocarril, y nadie tuvo noticia de su llegada, Jacobo y yo estábamos, uno en el ejército y otro en la marina. Aquel pariente nuestro se llamaba Noel Trelan. Era primo de mi padre, y, por consiguiente, tambien lo era del vuestro. Venía de la isla de Borbon, donde habia conseguido hacer una fortuna, cuya importancia ignoro. Llevaba encima una gran cantidad de dinero. Mi padre se cegó á su vista. Indudablemente, él fué quien le asesinó y quien arrojó su cadáver al fondo de las lagunas. La verdad solo la sabe nuestra madre, á quien se la reveló nuestro padre. Exasperado por el crimen que

había cometido, mi padre abandonó á Penhoet. En aquella época, el marqués de Fonterose estaba en las inmediaciones de Orleans; y mi hermano Jacobo formaba parte de su batallón. El marqués y vos érais los únicos obstáculos que nos separaban de la fortuna de los Kerandal. Desapareciendo vosotros, Santa Gilda volvería á nuestro poder. ¿Comprendéis?

Nicolasa escuchaba en silencio.

—Continuad, dijo.

—Mi padre fué á buscar á mi hermano, celebrando con él una conferencia en los alrededores de Coulmiers. Algunos días despues, vuestro padre fué muerto en el bosque de Monthureuse. La bala que puso fin á su vida no era prusiana.

Corentin se detuvo de nuevo.

La señorita de Fonterose permaneció inmóvil.

—Continuad, dijo.

—Si me preguntáis por qué vos vivís todavía, no sabré qué contestaros. Yo mismo lo ignoro. Nada era más fácil que cometer este último crimen. Terminada la guerra, volvimos á nuestra casa. Los remordimientos acabaron por vencer la fortaleza de nuestro padre. Nunca nos confesó el asesinato del desgraciado Trelan. Traidor con su huésped, él mismo castigó su villanía, privándose de la vida. A consecuencia de su muerte, quedé yo de jefe de la casa. Ibo, que es la probidad misma, lo ignoraba todo. Jacobo no esperaba mas que una palabra mia

para deshacernos de vos. ¡Qué queréis! Jacobo tiene la sangre de nuestros abuelos, que se batían sin piedad contra sus enemigos, aunque fueran de su propia raza. Duro consigo mismo, lo es con los demás. Mil heridas no le arrancarían un grito de dolor. Con el mismo valor que recibe el golpe, le da. Sin embargo, en el fondo de su corazón hay algo grande y bueno. Ama á los suyos ciegamente. Yo no le dí la orden que esperaba. Al principio vacilé. ¿Erais tan joven! Había en mí algo que me acercaba á vos. No os parecéis á vuestra madre, rígida en extremo, ni á vuestro padre, pródigo para consigo mismo y avaro para con los demás. Yo pensé: «Es una Kerandal» y no tuve valor para pronunciar la palabra terrible. Mis pensamientos de muerte se desvanecían al oír vuestro nombre. Un día se os desbocó el caballo y pasásteis delante de mí como una exhalación. Ibais pálida, pero serena. No lanzásteis un grito. Yo corrí detrás de vos para salvaros. Estábamos solos. En vez de mataros, me arrojé á vuestros piés. Cuando volvísteis en vos, una ligera sonrisa entreabrió vuestros labios y me dijisteis con una voz que llegó hasta lo más íntimo del alma:—«¿Sois vos, Corentin? Nunca olvidaré que os debo la vida.»—Vos no recordareis estos detalles. Yo los tengo presentes como si hubieran pasado ayer... Pero, ¿para qué seguir? Sin embargo, es preciso que lo sepáis todo. Se dijo que íbais á casaros. Entonces me dijo Jacobo:—«Si se casa,

todo ha concluido.—Yo le prometí tomar una resolución. Entre veros muerta y veros casada, prefería lo primero. Sin embargo, dejé pasar días y días. La idea de vuestra muerte me espantaba. Soy un cobarde

La señorita de Fonterase escuchó estas terribles revelaciones sin espanto.

Estaba bajo la influencia de una alucinación infernal.

La noche empezaba á cerrar.

Nicolasa se acercó al tronco en que estaba atado el caballo, y le desató.

El caballo se puso delante de su ama, como para defenderla.

Corentin creyó que Nicolasa tenía miedo.

—Os causo horror, ¿no es verdad?, exclamó comprendiendo que estaba perdido. Debeis sentir por mí tanto desprecio como aversión. Merezco ambas cosas. Pero ¡tranquilizáos! No temais nada de mí. Yo tengo que deciros una palabra para concluir. Después nos vimos en la Piedra de las Hadas. Aquel día, con una sola palabra, transformásteis todos mis sentimientos. Todas mis malas pasiones se fundieron al fuego de vuestras miradas. Me hicisteis bueno. Ya lo sabeis todo. Juzgadme. Me es indiferente lo que puedan pensar de mí los demás. Solo vuestra opinión me preocupa. Cualquiera que sea mi suerte, llevaré impreso vuestro nombre en mi corazón. Vuestro re-

uerdo bajará conmigo á la tumba. Adios, señorita. No os exijo que me contesteis. No quiero que toqueis con vuestro guante la mano de los que han asesinado á vuestro padre. Tal vez no volveremos á vernos. Me resignaré á este nuevo suplicio sin quejarme. Adios, señorita, adios.

Corentin dió un paso para internarse en el fondo del bosque.

—Corentin, exclamó Nicolasa, nadie sabrá lo que me habeis dicho. Hasta la vista.

Y montando á caballo, desapareció.

—¡Ah! exclamó Corentin, mi vida se va con ella.

IV.

Alrededor de Elven.

Cláudio no se atrevió á entrar en Elven hasta que cerró completamente la noche.

Le espantaba su situación

Creía que todo el mundo le iba á señalar con el dedo, como diciendo:

—Ese es un Kerandal.

El ruido de la fiesta, que duraba todavía, llegaba hasta él, sumiéndole en la desesperación.

Todos eran felices.

El estaba de luto y de luto eterno.

En una hora había perdido el fruto de quince años

todo ha concluido.—Yo le prometí tomar una resolución. Entre veros muerta y veros casada, prefería lo primero. Sin embargo, dejé pasar días y días. La idea de vuestra muerte me espantaba. Soy un cobarde

La señorita de Fonterase escuchó estas terribles revelaciones sin espanto.

Estaba bajo la influencia de una alucinación infernal.

La noche empezaba á cerrar.

Nicolasa se acercó al tronco en que estaba atado el caballo, y le desató.

El caballo se puso delante de su ama, como para defenderla.

Corentin creyó que Nicolasa tenía miedo.

—Os causo horror, ¿no es verdad?, exclamó comprendiendo que estaba perdido. Debeis sentir por mí tanto desprecio como aversión. Merezco ambas cosas. Pero ¡tranquilizáos! No temais nada de mí. Yo tengo que deciros una palabra para concluir. Después nos vimos en la Piedra de las Hadas. Aquel día, con una sola palabra, transformásteis todos mis sentimientos. Todas mis malas pasiones se fundieron al fuego de vuestras miradas. Me hicisteis bueno. Ya lo sabeis todo. Juzgadme. Me es indiferente lo que puedan pensar de mí los demás. Solo vuestra opinión me preocupa. Cualquiera que sea mi suerte, llevaré impreso vuestro nombre en mi corazón. Vuestro re-

uerdo bajará conmigo á la tumba. Adios, señorita. No os exijo que me contesteis. No quiero que toqueis con vuestro guante la mano de los que han asesinado á vuestro padre. Tal vez no volveremos á vernos. Me resignaré á este nuevo suplicio sin quejarme. Adios, señorita, adios.

Corentin dió un paso para internarse en el fondo del bosque.

—Corentin, exclamó Nicolasa, nadie sabrá lo que me habeis dicho. Hasta la vista.

Y montando á caballo, desapareció.

—¡Ah! exclamó Corentin, mi vida se va con ella.

IV.

Alrededor de Elven.

Cláudio no se atrevió á entrar en Elven hasta que cerró completamente la noche.

Le espantaba su situación

Creía que todo el mundo le iba á señalar con el dedo, como diciendo:

—Ese es un Kerandal.

El ruido de la fiesta, que duraba todavía, llegaba hasta él, sumiéndole en la desesperación.

Todos eran felices.

El estaba de luto y de luto eterno.

En una hora había perdido el fruto de quince años

de estudio, el derecho de llevar la cabeza levantada delante de todo el mundo, y por último, lo más precioso para él, el amor de Juana.

Entre los dos se había abierto un abismo.

Y, sin embargo, experimentaba una irresistible necesidad de volver á ver y hablar á la joven criolla.

—Después de todo, se decía, es una preocupación creer que los hijos sean responsables de los crímenes de sus padres. Faltas ajenas no pueden separar dos corazones que han nacido para amarse.

¡Vanos razonamientos! Preocupación humana é iniquidad de los juicios del mundo, el crimen de su padre le espantaba.

Y no podía perder tiempo.

Juan le había dicho que Juana estaba agonizando, sola y sin recursos.

Era preciso decidirse.

Cuando la señora Jacut vió entrar á Cláudio, dió un grito.

Pero fué un grito de alegría.

—¡Ya sabía yo que volverías! exclamó.

Y llamando á Marta, añadió:

—Conduce á Cláudio á la habitación de la enferma. Cláudio interrogó con una mirada á Marta.

—¿Me preguntáis cómo está? Muy mal. Pero como es joven, la naturaleza saldrá triunfante de la lucha. Seguidme.

Cláudio no necesitó que se lo dijera Marta dos veces.

Juana parecía dormida, pero no dormía. Estaba aletargada.

La amenaza del ataque cerebral no había desaparecido.

Solamente con mirarla, comprendió Cláudio el peligro.

La enferma, era joven y fuerte, en efecto, pero cierta clase de emociones rinden las mayores resistencias.

Cláudio la cogió la mano y la pulsó.

Luego se inclinó sobre ella y contó los latidos de su corazón.

Y por fin se decidió á combatir frente á frente con un enemigo que creía más fuerte que él.

Cuando la señora Jacut subió al cuarto de Juana para enterarse de su estado, Cláudio la dijo:

—Es preciso que viva; vivirá... La salvaremos.

—¿Tanto la amas?

—¡Con todo mi corazón! exclamó Cláudio llevándose á los labios la mano de Juana, que quemaba como un carbón encendido.

V.

En la sombra.

Eran las doce de la noche.

En Santa Gilda no se había hablado de otra cosa durante la velada que de la historia de los Kerandal.

La marquesa de Fonterose era mujer de pocas palabras; pero, en su sonrisa maligna, se adivinaba su odio á los Kerandal.

Nunca los había tenido por parientes. ¡Qué gran ocasión aquella para justificar su despego!

Después del escándalo de la posada de Elven, estaban irremisiblemente perdidos.

Si conservaban un resto de pudor, tendrían que abandonar el país.

Porque si el culpable había muerto, su crimen sería inseparable de sus hijos.

El capitán estaba satisfecho pero no se atrevía á demostrarlo delante de Presle, Fontrailles y el general Camberfot.

Nicolasa llegó cuando ya estaban sentados á la mesa su madre y sus huéspedes.

Oyó todas las apreciaciones, pero no contestó á ninguna.

Solo cuando el capitán se permitió pronunciar una palabra demasiado dura, se atrevió á replicar:

—Esperad.

—Hay presunciones.

—Unas cuantas palabras pronunciadas por una pobre vieja que no está en su juicio.

—¿Y por qué ha perdido el juicio?

—¿Podeis vos responder de que no estareis loco dentro de quince días?

Roger estaba tranquilo.

Nicolasa no había descubierto su secreto

Juana no había querido perderle.

Tenía un proyecto.

Iría á verla, la confesaría su ruina, y la convencería de que el matrimonio era su única salvación.

Si Juana no había hablado, era prueba de que le amaba todavía.

—Mientras tanto, decía en voz baja el conde de Presle á la baronesa de Fontrailles:

—¿Cómo acabará todo esto?

Pocos momentos después de las doce, los dueños y los huéspedes de Santa Gilda se retiraron á sus habitaciones.

Media hora después reinaba el más profundo silencio en la mansión señorial de los Kerandal y los Fonterose.

Nicolasa, vestida de negro, y envuelta en un abrigo de pieles, abrió suavemente la puerta de su cuarto y escuchó.

Solo se oía el ruido del viento que agitaba la veleta de Santa Gilda.

Cerró la puerta y se internó en los interminables corredores del castillo que conducían á las cocinas.

Allí, sentados en un banco delante del hogar, fumando silenciosamente, esperaban dos hombres.

—¿Estáis prontos? preguntó la señorita de Fonterose.

Los dos hombres se levantaron.

Uno de ellos era el guarda bosque Juan y el otro Binic, el palafrenero.

—¿Tenéis todo lo que se necesita? preguntó Nicolasa.

—Todo, señorita, contestó Binic.

—Bien. ¿Dónde está?

—En el estanque de Rudelande, contestó Juan.

—¿Estás seguro?

—Sí, señora.

—¿Encontrarás el sitio?

—Al primer golpe de vista. Hay cosas que no pueden olvidarse.

—¿Has guardado el secreto?

—¿Cómo queríais que fuera yo quien les delatara? Han sido los protectores de mi infancia.

—Vas á salvarlos por segunda vez. Cuando la justicia registre el estanque, es preciso que no halle nada. Entonces creará todo el mundo que María Ana está efectivamente loca. Son parientes míos, y debo hacer algo por ellos. En cuanto á la desdichada huérfana... También me ocuparé de ella.

Nicolasa, con un heroísmo superior á su sexo y á su edad, iba á devolver bien por mal.

Juan y Binic estuvieron á punto de arrojarle á sus pies para besar la orla de su vestido.

Cuando Juan abrió la puerta de la cocina que daba al campo, una ráfaga de viento apagó el candil que pendía de la campana del hogar.

—¡Mala noche! exclamó Juan. Tan mala como aquella.

El palafrenero repuso.

—Quedaos, señorita. Nosotros desempeñaremos solos la triste misión.

—No, Binic, quiero ir con vosotros, le contestó Nicolasa. Vamos.

De Santa Gilda á las lagunas hay una distancia considerable siempre, pero más en una noche de tormenta, donde por efecto de la oscuridad á cada cien pasos se pierde el camino y hay que volver á buscarlo.

Llovía copiosamente.

Nicolasa iba á caballo y á ambos lados Juan y Binic.

Después de una hora de marcha, llegaron al sitio en que diez años antes Pedro Kerandal se había des- embarazado de su víctima, arrojándola al agua.

Nicolasa se apeó.

—¿Es aquí? preguntó á Juan.

—Aquí, señorita.

Mientras tanto, Binic ponía á flote la barca que estaba atada á la orilla.

—Esperad aquí, dijo á Nicolasa. Las aguas están muy agitadas y pudiera haber peligro.

—Si lo hay para vosotros, lo debe haber también para mí.

—No es lo mismo.

—¿Porque tú eres valiente? Yo tambien lo soy.

—Sois mujer.

—Y luego, añadió Juan, el espectáculo es terrible.

Haced lo que queráis. Aquí os espero.

La luna consiguió en aquel momento abrirse paso por entre las nubes.

VI.

La fortuna de los Trelan.

La barca se alejó de la orilla impulsada por los remos que manejaban diestramente Juan y Binic.

La luz de la linterna que llevaba encendida en la proa no tardó en perderse de vista.

Nicolasa se quedó sola y en la mayor oscuridad.

Otra mujer menos valerosa que ella hubiera tenido miedo.

Un cuarto de hora despues volvió á distinguirse la luz de la linterna.

—¡Juan! ¡Binic! gritó Nicolasa.

—Nosotros somos, contestaron á la vez los dos leales servidores de Santa Gilda.

En el fondo de la barca se veía un bulto informe.

—¿Habeis encontrado lo que buscábais? preguntó la señorita Fonterose.

—Sí, contestó Juan.

Binic hizo la señal de la cruz, mirando hacia

atrás como si temiera que le hubiese seguido alguien.

—Ahora, dijo Nicolasa, es preciso enterrarle en un sitio donde no pueda ser hallado. De esta manera no se confirmará la revelación de María Ana.

El espectáculo fué horrible.

De lo que habia sido Noel Trelan sólo quedaba un esqueleto descarnado y hecho pedazos.

La enorme piedra atada al saco por Pedro Kerandal habia mantenido el cadáver en el fondo del estanque.

Juan Binic y la señorita de Fonterose convinieron en el sitio en que debia ser enterrado.

El sitio elegido fué la parte mas impenetrable de las landas.

Al sacar el cadáver de la barca se rompió la tela que le envolvía, y el esqueleto quedó al descubierto, cayendo á los pies de Nicolasa un objeto, que examinado á la luz de las linternas, resultó ser un cinturón de gutapercha que habia resistido á los efectos de la destrucción.

Dentro del cinturon habia algunos billetes de Banco y un rollo de papeles.

Todo estaba intacto.

Colocaron sobre el caballo los restos mortales, después de envolverlos en la misma tela que los habia servido de mortaja, y la fúnebre comitiva se puso en marcha.

—¿Porque tú eres valiente? Yo tambien lo soy.

—Sois mujer.

—Y luego, añadió Juan, el espectáculo es terrible.

Haced lo que queráis. Aquí os espero.

La luna consiguió en aquel momento abrirse paso por entre las nubes.

VI.

La fortuna de los Trelan.

La barca se alejó de la orilla impulsada por los remos que manejaban diestramente Juan y Binic.

La luz de la linterna que llevaba encendida en la proa no tardó en perderse de vista.

Nicolasa se quedó sola y en la mayor oscuridad.

Otra mujer menos valerosa que ella hubiera tenido miedo.

Un cuarto de hora despues volvió á distinguirse la luz de la linterna.

—¡Juan! ¡Binic! gritó Nicolasa.

—Nosotros somos, contestaron á la vez los dos leales servidores de Santa Gilda.

En el fondo de la barca se veía un bulto informe.

—¿Habeis encontrado lo que buscábais? preguntó la señorita Fonterose.

—Sí, contestó Juan.

Binic hizo la señal de la cruz, mirando hacía

atrás como si temiera que le hubiese seguido alguien.

—Ahora, dijo Nicolasa, es preciso enterrarle en un sitio donde no pueda ser hallado. De esta manera no se confirmará la revelación de María Ana.

El espectáculo fué horrible.

De lo que habia sido Noel Trelan sólo quedaba un esqueleto descarnado y hecho pedazos.

La enorme piedra atada al saco por Pedro Kerandal habia mantenido el cadáver en el fondo del estanque.

Juan Binic y la señorita de Fonterose convinieron en el sitio en que debia ser enterrado.

El sitio elegido fué la parte mas impenetrable de las landas.

Al sacar el cadáver de la barca se rompió la tela que le envolvía, y el esqueleto quedó al descubierto, cayendo á los pies de Nicolasa un objeto, que examinado á la luz de las linternas, resultó ser un cinturón de gutapercha que habia resistido á los efectos de la destrucción.

Dentro del cinturon habia algunos billetes de Banco y un rollo de papeles.

Todo estaba intacto.

Colocaron sobre el caballo los restos mortales, después de envolverlos en la misma tela que los habia servido de mortaja, y la fúnebre comitiva se puso en marcha.

Nicolasa, que iba á pié entre Binic y Juan, que llevaba el caballo del diestro, deshizo el rollo de papeles, y examinándolos uno á uno á la luz de las linternas, vió que eran el contrato de matrimonio de Trelan, la partida de bautismo de su hija, títulos de familia muy antiguos, varias letras y un documento en que Moisés Blunner, cuya fortuna habia hecho Trelan, declaraba haber recibido de su protector un bono sobre la casa de Rothschild por valor de doscientos sesenta mil francos para emplearlos en rentas á favor de Noel Trelan.

Este documento estaba fechado el día 12 de Agosto de 1870.

Hacia esta época se habia embarcado Trelan para el Havre.

Al llegar, París estaba ocupado por los prusianos. Por consiguiente, Trelan no pudo ver al depositario de su fortuna.

El robo de Blunner estaba probado.

Las letras importarían próximamente cincuenta á sesenta mil francos.

El cadáver del bretón habia guardado fielmente la fortuna de su hija.

Cuando la señorita de Fonterose, después de cumplida su heroica empresa, volvió al castillo, empezaba á amanecer.

Iba exánime de fatiga y aterida de frío.

—Hemos salvado el honor de esas pobres gentes,

dijo á Juan y á Binic. Dormid tranquilos. Los buenos no tienen nada que temer.

Y dándoles la mano, tomó el camino de su habitación, donde se encerró.

No pudo conciliar el sueño.

Todas sus ilusiones se habian desvanecido.

Podría no abandonar á los Kerendal; podría sostenerlos, protegerlos, enriquecerlos, pero después de las revelaciones de Corentin, no podía unirse á ellos.

Equivaldría á aceptar una parte de su oprobio, á hacerse cómplice de sus crímenes.

Al entrar el primer rayo de sol en su cuarto, llamó á su doncella, que dormía en otro inmediato.

—Susana, la dijo, tengo calentura. Dadme algo que beber.

Al ir á colocar en su sitio el vestido y el abrigo de Nicolasa, Susana advirtió que estaban mojados.

—¿Habéis salido, señorita? la preguntó.

—Sí, un instante.

—Habréis cogido frío.

—Tal vez.

Susana hacia más de veinte años que servía en el castillo y trataba á Nicolasa como si todavía fuera una niña.

Encendió la chimenea y se puso á hacer una taza de té; mientras la hacía, Nicolasa consiguió entrar en calor y se durmió.

VII.

El señor de Buxieres.

En aquel tiempo era procurador de Vannes un magistrado que, por la rigidez de su carácter, era el terror de los criminales.

Se llamaba Amable Ludovico de Buxieres.

Pertenecía á una familia distinguida y estaba soltero.

Si bien era generalmente apreciado, todo el mundo le temía, porque, en el desempeño de sus funciones, no conocía á nadie.

Vivía en una casa aislada, y no tenía á su servicio más que una mujer de edad, que era á la vez doncella y cocinera, y un muchacho que había llevado de París y que le acompañaba á todas partes.

Pero nadie le temía tanto como el señor Auvertin, juez de instrucción.

—Estaba acabando de comer el señor de Buxieres en una habitación próxima á su despacho, cuando sintió ruido de caballos que se paraban delante de su puerta.

Eran los gendarmes, que le llevaban las primeras diligencias practicadas por el juez de paz de Elven en colaboración con el Sr. Lesguidou.

A aquella hora volvía Nicolasa al castillo, después de su conferencia con Coentin en la Piedra de las Hadas.

El señor de Buxieres llamó.

—¡José!

José, que era el criado de quien antes hemos hablado, y que tendría unos diez y seis años, se cuadró ante su amo á la usanza militar.

—¿Qué ruido es ese? ¿Han llegado á Elven todos los mariscales de Francia? Algo extraordinario debe ocurrir.

—Sí, señor, contestó el muchacho.

En esto se oyó la campanilla de la verja que cerraba el jardín de la casa.

—¿Qué haces ahí? ¿No has oído que llaman? Vé á abrir.

El muchacho obedeció, y condujo á la presencia del señor de Buxieres á los dos gendarmes que le entregaron el pliego de que eran portadores.

—¿Cómo está el señor juez de Elven? Me han dicho que padece del estómago. ¿Digiere ya mejor? ¿Y su mujer y sus hijos?

Mientras hacia estas preguntas, abría el pliego y empezaba á leerle.

—Ya le ha caído que hacer al señor Auvertin, dijo después de leer las diligencias del juez de Elven, ¡José! vé á buscar al señor Auvertin.

El criado desapareció con la velocidad de una centella.

—El asunto, siguió diciendo el señor de Buxieres, no puede estar más embrollado. En fin, el señor Auvertin lo pondrá en claro. ¿Estábais presentes vosotros?

—Sí, señor, aunque precisamente... presentes...

—Ya sé lo que quereis decir. Estábais en el departamento. Pero no estábais en Elven y en la posada del *Condestable*. De manera que no asististeis á la escena de la loca.

—No, señor procurador.

—Pero si vosotros no estábais allí, estaban otros, y por lo visto, entre los testigos habia personas de calidad. Un conde... un general... ¿Conocéis á los Kerandal?

—Sí, y no, señor procurador.

—¿Qué clase de gente son?

—Mala gente, pero en el pais están muy queridos.

El criado del señor de Buxieres anunció al señor Auvertin, juez de instrucción.

El procurador le dió la mano, é hizo que se sentara á su lado.

—¿Qué novedades tenemos? le preguntó el señor Auvertin.

—Un asunto misterioso.

—¿Grave?

—Muy grave.

—¿Un robo con circunstancias agravantes?

—Más que eso.

—¿Un asesinato tal vez?

—Vos lo habeis dicho, señor Auvertin.

—¿Hay un cadáver?

—Y no como otro cualquiera.

—¡Se trata de un personaje! exclamó con espanto el juez de instrucción.

—De un personaje precisamente, no.

El señor Auvertin respiró.

—¿Y dónde está?

—No se sabe todavía.

—Entonces...

—Hay que buscarle.

El juez miró con desconfianza al procurador creyendo que se trataba de una broma.

—Se trata de un hombre que fué asesinado hace diez años, dijo el señor de Buxieres.

El señor Auvertin se sonrió.

Se le había ocurrido un medio de librarse de aquel asunto.

—En ese caso, la prescripción...

—El crimen se consumó en Octubre de 18...

—Y estamos en Octubre de 1880.

—Es decir, estamos en el límite. Es preciso proceder con gran actividad. No se puede perder un momento. Leed.

—Tenéis razón, dijo el señor Auvertin después de leer el pliego del juez de Elven. El crimen es terrible. Asesinato y robo con circunstancias agravantes. Parientes la víctima y el asesino. Y luego los Kerandal están enlazados á las familias más nobles del país.

—¿Qué decidís? ¡Pareceis muy preocupado!

—En efecto, lo estoy.

—Tendremos que trasladarnos al lugar del suceso.

—Sin duda.

—¿Cuándo?

—Lo más pronto posible.

—¡Una idea! exclamó el señor de Buxieres.

—¡Ah! ¿Tenéis una idea? ¡Qué dichoso sois!

—Hay que mandar vigilar el estanque en que se supone que está el cadáver.

—Es verdad, dijo el señor Auvertin. Pero á mí también se me ocurre una idea. ¿El estanque en que está el cadáver pertenece á nuestro territorio!

—Señor Auvertin, el negocio no os parece bien y queréis deshaceros de él...

—¡Nunca!

—Para que carguen con el mochuelo nuestros colegas de Ploermel.

—Si fuera posible...

—Por desgracia no lo es.

El Sr. Auvertin dejó caer la cabeza sobre el pecho. Pero gracias á que el Sr. de Buxieres estaba convidado á almorzar al día siguiente en casa de una jó-

ven é interesante viuda, el asunto quedó aplazado por el momento.

Un cadáver que había esperado diez años, bien podia esperar veinticuatro ó cuarenta y ocho horas más.

VIII.

Las sutilezas de la marquesa.

Nicolasa se despertó tarde.

Lo primero que hizo cuando abrió los ojos fué ver á su madre sentada al lado de su cama.

—Tienes calentura, la dijo. ¿Qué locura has hecho? Anoche saliste.

—Salí por la tarde.

—Sé que saliste anoche. Tus ropas estaban todavía mojadas y no empezó á llover hasta media noche. ¿Dónde has ido?

En estas preguntas de la marquesa había más interés que severidad.

—Es verdad, madre mía, dijo Nicolasa, á quien repugnaba la mentira. He salido anoche.

—¿Dónde has ido? volvió á preguntarla dulcemente la marquesa.

—No podré decíroslo.

—¡Desgraciada!

Una ligera sonrisa entreabrió los labios de Nicolasa.

—Podeis equivocaros, madre mía, No he salido para lo que pensais.

—Entonces, ¿para qué has salido?

—Para hacer una buena obra.

—¡Ah!

—Y no he ido sola.

—¿Te ha acompañado Susana?

—No, señora.

—¿Quién?

—Mis dos criados favoritos. Binic y Juan.

—Hoy mismo los despediré por haber salido de noche contigo, olvidando mis órdenes.

—Haced lo que gustéis, madre mía, contestó Nicolasa. Si vos los despedís, yo los tomaré á mi servicio.

—¡Sin mi consentimiento!

—¿Quereis separarme de todas las personas que me aman?

—¡Y yo!

—Pero vos, por vuestras ocupaciones, no teneis tiempo para pensar en mí.

—Tengo confianza en tí y no exijo que me reveles tus secretos. Ya eres mayor de edad y puedes vivir por tu cuenta. Pero no se trata de tu viaje nocturno.

—¿De qué se trata entónces? preguntó Nicolasa un tanto alarmada.

—¿Sabes lo que pasó ayer?

—¿Dónde?

—En Elven.

—¿Os referís al rapto de locura de María Ana?

—Sí, ha sido un rapto de locura, no se puede negar que extraña cierta gravedad para el nombre que lleva. Se habla de un crimen cometido por su esposo Pedro Kerandal, á quien, como sabes, he profesado siempre una profunda aversión. Tú por el contrario, has sido con él y con los suyos demasiado indulgente. Espero que este acontecimiento te curará de tus simpatías.

—La desgracia, más bien que odio, debe inspirar compasión, madre mía.

—No se trata de una desgracia, si no de un crimen.

Nicolasa se incorporó en la cama, y mirando fijamente á su madre, repuso:

—¿Y si nosotros fuéramos cómplices de ese crimen?

—¡Nicolasa!

—Y si nosotros hubiéramos armado la mano de ese desventurado, ¿qué diríais, madre mía?

—¡Has perdido el juicio!

—No, madre. Los Kerandal son parientes nuestros.

¿No es un deber entre parientes sostenerse unos á otros? ¿Por qué mi padre desconoció y abandonó en la miseria á los Kerandal? ¿Creeis que hubiera sucedido lo que sucede? El egoismo es también un crimen que no castigan los hombres, pero que castiga Dios. Sí, madre mía, nosotros también somos criminales.

Los ojos de Nicolasa se llenaron de lágrimas.

La marquesa, al ver llorar á su hija, se conmovió.

—No creí que llegara tu cariño á esas gentes hasta el punto de acusar á tu padre del crimen que han cometido ellos.

—Yo no acuso á nadie. Explico una fatalidad que pesa sobre ellos lo mismo que sobre nosotros.

La marquesa se acercó á Nicolasa, y bajando la voz, la dijo:

—Y si esos Kerandal, á quienes tratas con tanta benevolencia, hubiesen cometido un crimen mayor que ese, llevados de su avaricia y de su sed de venganza, y si yo tuviese las pruebas de ese crimen, ¿qué dirías?

Y dando á Nicolasa un rollo de papeles, añadió.

—Mira.

Aquellos papeles eran los que el capitán Estrelles había recibido de París.

Nicolasa los rechazó.

—Es inútil que los vea, dijo. Conozco esa historia.

—¿Y no ha modificado tus ideas?

—No, señora.

—No te comprendo, Nicolasa.

—Ni yo á vos, madre mía. Con vuestra persistente aversión, el odio entre las dos ramas de nuestra familia será eterno, y los atentados sucederán á los atentados. Después de mi padre, seguireis vos: luego yo, más tarde mis hijos. La historia de las casas antiguas está llena de estos ejemplos. ¿En qué familia noble no han representado un papel importante el

veneno ó el hierro? ¡De cuántos terribles dramas no habrán sido testigos los muros de este castillo! Seamos misericordiosos. La religión lo ordena. Tened compasión de esa pobre jóven, reducida á la suerte de una miserable criada por no tener un dote que la permita casarse con un Ambares. Admirad á Ibo, que, para sostener á su familia, trabaja sin descanso la tierra como el último gañan de una casa de labor. Y sin embargo, es un Kerandal. ¡El baron de Kerandal! ¡El primer título de Bretaña! ¡Cuántas desgracias hemos podido evitar!

Un golpe de tos no la dejó seguir.

—El frío que has cogido esta noche, dijo la marquesa.

—Es verdad, contestó Nicolasa. Pero no será nada. La marquesa cogió entre sus manos las de Nicolasa.

—¡Haré lo que tu quieras! exclamó.

—¡Madre mía!

—Sí, tienes razon. Hay cosas que son justas. Pero ya hablaremos de esto. ¿Estás contenta? Ahora tenemos que ocuparnos en otra cosa.

—¿De mi boda con el Sr. de Ambares? preguntó Nicolasa con cierta amargura.

—Sí, le contestó la marquesa bajando la cabeza.

Nicolasa dejó caer la suya sobre la almohada y dijo á su madre:

—Os escucho, madre mía.

30564

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

La marquesa de Fonterose explicó á su hija con un arte consumado, buscando las palabras que pudieran herirla menos, la necesidad en que se hallaba de tomar una determinación, aceptando ó rehusando las proposiciones de Roger.

Aquella situación no podía eternizarse.

Por otra parte, sus frecuentes paseos á Penhoet eran objeto de toda clase de comentarios.

La habian visto hablar con Corentin el bello mosquetero, como le llamaba el general diferentes veces, y esto podia dar lugar á interpretaciones desagradables.

La opinión mejor cimentada se pierde en una hora.

Un diplomático hubiera tenido mucho que aprender en la delicadeza con que desarrolló este asunto la marquesa.

—No sé cuáles pueden ser tus proyectos, pero tengo confianza en la rectitud de tus principios. Después de lo sucedido en Elven, una nueva barrera se levanta entre nosotros y los Kerandal. Ha sido un aviso de la Providencia.

—Francamente, madre mía, contestó Nicolasa á la marquesa, si la Providencia—supongo que del señor obispo—ha funcionado en favor de vuestros intereses en lo sucedido en Elven, no me parece que ha sido justa. No ha hecho más que pagaros los favores que os debe.

La marquesa no contestó á este terrible ataque á sus preocupaciones, prosiguiendo su discurso:

—He meditado mucho sobre tu porvenir, objeto de todos mis desvelos, y estoy segura de que nuestro pariente Roger de Ambares tiene excelentes cualidades para hacerte dichosa. Siempre queda algo de la educación que se recibe, y Roger ha sido educado cristianamente. He pedido informes á Paris acerca del género de vida que hace. Lo sé todo. Como joven, ama los placeres, y se deja arrastrar por la corriente del mundo. Su fortuna tiene algunas brechas que reparar, pero en dos ó tres años se podrá nivelar su presupuesto con los sobrantes de las rentas de Santa Gilda. Para asegurar tu fortuna, nuestro notario tomará las precauciones debidas. El régimen dotal te pondrá á cubierto de todas las eventualidades.

—Ahora sólo falta una cosa, madre mía, repuso Nicolasa. Así como tratáis de garantizar mi fortuna, ¿podréis garantizar mi felicidad?

—No hay felicidad completa en este mundo, hija mía, dijo sentenciosamente la marquesa.

—Al menos una felicidad relativa, una felicidad como la que disfruto á vuestro lado. ¿Podré ir donde quiera, hacer lo que quiera, visitar á los pobres, socorrerlos?

—Roger es demasiado galante para oponerse á tan legítimos deseos.

—¿Podré residir en donde quiera, en Paris ó en

Santa Gilda y elegir yo misma los criados que han de servirme?

—Sin duda. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque tengo miedo del porvenir, exclamó Nicolasa, dejándose llevar por la emoción y estrechando entre las suyas las manos de su madre. Me espanta la idea del matrimonio. Los impulsos de mi corazón me alejan del marido que me destináis. Por agradaros quisiera amar á Ambares y no puedo. No, no puedo.

—La felicidad consiste en el cumplimiento de los deberes. Cuando yo me casé con tu padre tampoco le amaba. Sin embargo, he sido dichosa á su lado. Los grandes amores no existen más que en las novelas y en la imaginación de las jóvenes, y por regla general, más bien que de ventura, son origen de catástrofes. Nicolasa, hija mía, créeme. Si tu corazón es libre, no vaciles. Yo conozco á Roger. Su amor es sincero.

Y dándole un beso en la frente, añadió:

—Tu corazón es libre, ¿no es verdad?

—Sí, la contestó Nicolasa. Sin embargo, no os lo ocultaré. Había acariciado una ilusión. Esperaba poder unir á dos familias enemigas. Esperaba poder devolver su antiguo brillo al nombre de los Kerandal, el más ilustre de Bretaña. Y había puesto los ojos, ¿por qué he de negároslo? en Corentin. Pero, ¡no temais nada! Las revelaciones de María Ana me

han detenido en mitad del camino. ¡Todo ha concluido entre nosotros! ¡No puedo amarles! ¡No puedo hacer más que enriquecerlos! ¿Me lo permitiréis, madre mía?

—Sin duda. Además, eres libre y no necesitas mi consentimiento para nada.

—Sí, todavía soy libre. Será el último acto de la libertad que voy á sacrificar por vos.

Una sonrisa de triunfo plegó los labios de la marquesa.

No obstante, repuso con unción evangélica:

—Yo no te exijo nada, hija mía. Cumplo con mis deberes de madre. Tú eres la llamada á elegir lo que más te convenga. ¡Lejos de mí toda intención de contrariarte!

—No lo negueis. Vos queréis que me case con Roger.

—Confieso que es un hombre que me agrada, pero esta no es una razón para que te agrade á tí. Tu voluntad es juez árbitro en este asunto.

Nicolasa se cubrió la cara con las manos.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Su amiga Berta la había aconsejado lo mismo que su madre.

—¿Tendría ella razón contra todos?

La sombra de Corentin aparecía ante sus ojos, como los espectros de Francesca y Paolo en la sublime imágen dantesca.

La marquesa adivinó las terribles angustias de su hija.

—Roger ha podido desistir de sus pretensiones en presencia de la deshonra que, al caer sobre una parte de nuestra familia cae sobre nosotros. Sin embargo, mantiene su palabra. Por eso te hablo de este asunto. Decide de tu suerte. ¿Qué debo contestarle?

—Decidle que seré su mujer, contestó Nicolasa sollozando.

XI.

Correspondencia

La señorita de Fonterose no almorzó aquel día con su madre y los huéspedes del castillo.

Después del sacrificio que había hecho, necesitaba estar sola.

Cuando la puerta de su cuarto se cerró detrás de la marquesa de Fonterose, permaneció inmóvil en el lecho, como si hubiera sido víctima de un accidente de catalepsia.

Bien diferentes eran los sentimientos que agitaban á los huéspedes de la marquesa, reunidos en el comedor del castillo.

El general estaba vencido, completamente vencido, por los encantos de la señora Simonet.

Decididamente la entregaría el gobierno de su casa.

Máximo y la vizcondesa habían acabado también por entenderse.

No era imposible que en un plazo más corto ó más largo cambiase la vizcondesa su título por el de condesa.

Los Fontrailles se habían reconciliado.

La vida del campo hace milagros.

Solo el capitán Estrelles estaba de mal humor, y por más esfuerzos que hacía, no podía ocultarlo.

—¿En qué pensáis? le preguntó el general. Vuestra cara me recuerda la de Otelo.

El capitán meditaba su desquite, y no sabía cómo obtenerlo.

Hubiera querido tener á Santa encerrada entre cuatro paredes, para hacerla expiar la humillación que le había impuesto su hermano.

El capitán tenía la hiel en el corazón.

No se perdonaba ni se perdonaría nunca que Santa se hubiera salvado de su amor.

Roger, en cambio, estaba radiante de alegría.

La marquesa le había participado oficialmente el consentimiento de su hija.

La fortuna volvía á sonreírle.

Y á su luz se desvanecían todas sus preocupaciones.

¿Qué le importaba Juana? ¿Qué le importaba Nico-

La marquesa adivinó las terribles angustias de su hija.

—Roger ha podido desistir de sus pretensiones en presencia de la deshonra que, al caer sobre una parte de nuestra familia cae sobre nosotros. Sin embargo, mantiene su palabra. Por eso te hablo de este asunto. Decide de tu suerte. ¿Qué debo contestarle?

—Decidle que seré su mujer, contestó Nicolasa sollozando.

XI.

Correspondencia

La señorita de Fonterose no almorzó aquel día con su madre y los huéspedes del castillo.

Después del sacrificio que había hecho, necesitaba estar sola.

Cuando la puerta de su cuarto se cerró detrás de la marquesa de Fonterose, permaneció inmóvil en el lecho, como si hubiera sido víctima de un accidente de catalepsia.

Bien diferentes eran los sentimientos que agitaban á los huéspedes de la marquesa, reunidos en el comedor del castillo.

El general estaba vencido, completamente vencido, por los encantos de la señora Simonet.

Decididamente la entregaría el gobierno de su casa.

Máximo y la vizcondesa habían acabado también por entenderse.

No era imposible que en un plazo más corto ó más largo cambiase la vizcondesa su título por el de condesa.

Los Fontrailles se habían reconciliado.

La vida del campo hace milagros.

Solo el capitán Estrelles estaba de mal humor, y por más esfuerzos que hacía, no podía ocultarlo.

—¿En qué pensáis? le preguntó el general. Vuestra cara me recuerda la de Otelo.

El capitán meditaba su desquite, y no sabía cómo obtenerlo.

Hubiera querido tener á Santa encerrada entre cuatro paredes, para hacerla expiar la humillación que le había impuesto su hermano.

El capitán tenía la hiel en el corazón.

No se perdonaba ni se perdonaría nunca que Santa se hubiera salvado de su amor.

Roger, en cambio, estaba radiante de alegría.

La marquesa le había participado oficialmente el consentimiento de su hija.

La fortuna volvía á sonreírle.

Y á su luz se desvanecían todas sus preocupaciones.

¿Qué le importaba Juana? ¿Qué le importaba Nico-

lasa? Su único objeto era volver á presentarse en Paris con el lujo de un príncipe para confundir á sus amigos y deslumbrar á sus queridas.

Cuando, después de medio día, Nicolasa bajó al jardín, donde se paseaban los huéspedes de Santa Gilda, Roger se acercó á ella, la cogió la mano y se la llevó á los labios respetuosamente.

—Ambares, dijo el general, clava su bandera en las posiciones que ha tomado.

Nicolasa permaneció indiferente á las galanterías de Roger.

La marquesa no había anunciado la boda de su hija á sus huéspedes, pero todos estaban ya al corriente de lo que pasaba.

Hay noticias que se anuncian á sí mismas. Ambares recibió las felicitaciones de sus amigos.

Estaba de enhorabuena, porque la señorita de Fonterose era una alhaja engarzada en oro.

La marquesa, aunque fría y digna como siempre, estaba, como Roger, radiante de alegría interiormente.

Ambares era el marido que convenia á su hija.

Estaría bajo su dependencia. Al menos ella lo creía así.

Conocía en parte el mal estado de su fortuna. Pero no la espantaba Antes al contrario. Así le tendría mas sujeto.

Indudablemente, para razonar así, la marquesa

debía ignorar la gravedad de la ruina de su futuro hijo y sus verdaderas causas.

Roger la había demostrado una gran ternura y un gran respeto.

Esto es lo que más había lisonjeado á la marquesa, que necesitaba ejercer en alguién su dominio.

Máximo se acercó á Roger, y le dijo:

—Has representado tu papel á las mil maravillas. Por fin entras en el puerto, y solo Dios sabe los vientos que se habían desencadenado contra tí. ¿Cuándo es la boda?

¿Cuando quiera mi tía y futura suegra. Por mi parte procuraré que sea lo antes posible.

Interiormente Máximo estaba irritado contra Roger, por su infame conducta con Juana.

Todos estaban ciegos, y él, que era el único que podía hablar, no desplegaba los lábios dejando que se consumara aquella obra de iniquidad.

—El infierno está empedrado de buenas intenciones, dijo á la vizcondesa de Revilly.

—¿Por qué decís eso? le preguntó la vizcondesa.

—Por nada.

—¿Tenéis secretos para mí?

—Mas tarde lo sabreis.

—¿Y per qué no ahora?

—El deber sella mis labios.

La marquesa se proponía, en efecto, imprimir el mayor impulso á los preparativos para la boda de su hija.

Tenía montado un servicio de policía en sus dominios.

Sabía, no ya lo que decían, sino hasta lo que pensaban todos sus criados

A pesar de su carácter independiente y de sus costumbres caprichosas, Nicolasa era objeto de una vigilancia constante.

El intendente del castillo, señor Malo Briquebec, tenía sobornadas á todas las personas que la rodeaban.

Y por consiguiente, tenía noticia de todo lo que hacía, sin exceptuar sus misteriosas entrevistas con Corentin.

Por él supo la marquesa lo que ocurría.

Durante la comida anunció á sus huéspedes el próximo enlace de su hija con Roger de Ambares.

Se verificaría al día siguiente de hechas las publicaciones legales, bendiciendo la unión de los dos jóvenes el señor obispo de la diócesis.

Terminada la comida, todos buscaron á Nicolasa para felicitarla; pero Nicolasa había desaparecido.

Mandaron á buscarla, y contestó que se hallaba ligeramente indispueta.

Nicolasa, entre tanto, escribía esta carta:

Nicolasa de Fonterose á Berta Richard:

»Ya he dado el paso más difícil. Ya no tiene remedio. Yo misma me he dejado coger entre las mallas de la red que me tendían.

»¡Berta, mi querida, mi única amiga! Estoy triste, muy triste. Tengo ganas de llorar. Se me figura que he caído en el fondo de un abismo, del cual me sacarán muerta.

»¿Y por qué he cedido?

»Verdaderamente no lo sé.

»La voluntad de mi madre ha sido la gota de agua que acaba por taladrar la piedra.

»En fin, he consentido, y ya no puedo retirar mi palabra. Iré al sacrificio.

»No puedes figurarte la lucha que sostienen mis sentimientos unos contra otros.

»Tú no has pasado estas amarguras. Tú has sido siempre feliz.

»Estoy furiosa conmigo misma, con mi madre, con mi futuro marido, con todo el mundo.

»Esta mañana, si no me parecía simpático, al menos me era indiferente.

»Ahora le aborrezco.

»Y sin embargo, le pertenezco. He dado mi palabra y no la retiraré.

»¡Triste unión! ¡Porvenir más triste todavía!

»Ahora encuentro á Roger defectos de que no me había dado cuenta hasta esta mañana.

»Su mirada me parece falsa y su sonrisa hipócrita.

»Cuándo me cogió la mano para besármela, estuve á punto de darle un bofetón.

- » ¡Ah Berta mía! Este matrimonio destruye todas mis ilusiones. Mi corazón irá al altar vestido de luto.
- » Figúrate que han ocurrido terribles acontecimientos. No basta el espacio de una carta necesaria para escribir un libro para referírtelos.
- » No sé cómo no he perdido la cabeza.
- » Se trata de muertes, de robos, de crímenes, en fin.
- » Sólo puedo decirte que los Kerandal están deshonorados.
- » En un raptó de locura, su madre, en la romería de Elven, y delante de todo el mundo, ha declarado que su marido había asesinado á su primo Noel Trelan.
- » ¡Y la hija de Noel estaba delante!
- » La justicia se ha apoderado ya de este lamentable asunto.
- » Cuando nos veamos te daré mas detalles de él.
- » Como los Kerandal son parientes nuestros, su deshonra nos alcanza.
- » Sin embargo, Roger ha tenido la delicadeza de no retirar su palabra.
- » ¿Es un rasgo noble?
- » A mí no me ha conmovido. Tengo petrificado el corazón, si es que le tengo todavía.
- » Compadéceme, Berta. Soy un barco desarbolado que va donde le quieren llevar las olas y el viento.
- » Mi palafrenero Binic va á llevar esta carta á la estación del ferrocarril.

- » Quiero que la recibas mañana al levantarte.
- » Este es el estado de mi alma ¿No es verdad que la tengo enferma?
- » Mi madre, aunque nolo demuestra, es completamente feliz. Mi determinación la ha llenado de júbilo.
- » Temía que cometiera la tontería, así llama ella á los matrimonios, de casarme con Corentin por amor.
- » Adios, Berta. El tren pasa á las once por Vannes y son las diez. Adios.

» NICOLASA. »

Nicolasa llamó.

— ¿Está en el castillo Binic? preguntó á su doncella.

— Sí, señora. Está en las cocinas.

— Id á buscarle.

Mientras Susana fué á buscar á Binic, Nicolasa se puso á escribir esta segunda carta:

« Mi querida prima:

» Por la hermosura de vuestro rostro he comprendido la hermosura de vuestro corazón.

» La terrible desgracia que nos amenaza puede ser conjurada en parte por vuestra generosidad.

» Dentro de este pliego os remito los papeles de vuestro padre, que una especie de milagro ha puesto en mis manos.

» Por ellos podreis recuperar vuestra fortuna.

» Aunque soy extraña al acto culpable de que habeis sido víctima, quisiera repararlo en lo que me fuese posible.

» Si sabéis cuál era el importe total de la fortuna de vuestro padre, decídmelo, y lo que falte, lo abonaré yó.

» Es el ofrecimiento de una hermana, y espero que no lo rehusaréis.

» A los demás... perdonadlos.

» Hay en las familias fatalidades ante las cuales es preciso bajar la cabeza.

» Iré á veros.

» Entre tanto, os abraza vuestra prima que os ama.

» NICOLASA DE FONTEROSE »

Colocó dentro del sobre los papeles de Noel Trelan, y después de cerrarlo con lacre, escribió en la cubierta:

Señorita Juana Trelan.

En la posada de El Condestable

ELVEN.

Binic esperaba ya las órdenes de su ama.

— Ensilla el mejor caballo de la cuadra, Binic.

— Sí, señora.

— Oyeme bien.

— Sí, señora.

— Vas á ir á Vannes. ¿Cuánto tiempo necesitas?

— El que la señorita quiera.

— Es preciso que esta carta esté en Rannes á la hora de llegar el tren.

— Estará antes.

— Bien. Al volver pasa por Elven.

— Sí señorita.

— Vé á la posada de la señora Jacut. Si está cerrada, llama.

— Sí, señorita.

— Pregunta por la joven que está enferma.

— Sí, señorita.

— Y entrégala tú mismo esta carta. Dí á la señora Jacut que vas de mi parte y que se trata de papeles de importancia. Si la señora Jacut está durmiendo, haz que la despierten. ¿Me has comprendido? ¡Ah! Se me olvidaba. Si no puedes ver á la jóven enferma, da el pliego á la señora Jacut para que ella se lo entregue.

— Bien, señorita, contestó Binic.

— No te detengas, Binic,

Y alargándole la mano, añadió:

— ¡Qué bueno eres!

— No tanto como vos, señorita, balbuceó el palafrenero, besando la mano á Nicolasa con el respeto que hubiera besado una reliquia.

— Cuida de no perder las cartas en el camino.

—Antes perderé el pellejo.

Nicolasa respiró al ver salir á Binic.

He cumplido con mi deber, pensó. Tengo la conciencia tranquila.

Un cuarto de hora después, el veterinario Cahusac, que regresaba de Porninguez, en donde había bebido dos ó tres botellas de sidra, vió venir á lo lejos un caballo corriendo á todo correr.

Crejó que era un alma del otro mundo, y se arrimó al tronco de un árbol, temblando como un azogado.

El caballo pasó á su lado con la rapidez de un relámpago.

Iba montado por un hombre alto y grueso, que llevaba inclinada la cabeza sobre el cuello del generoso animal.

Apenas le perdió de vista, se santiguó, y echó á correr hácia Penhoet.

Cuando llegó á su casa, estaba desencajado.

—¿Qué tienes? le preguntó su mujer.

—He visto al diablo montado en un caballo negro. No les alcanzaba el viento. Alguna desgracia va á suceder.

Y se santiguó de nuevo.

La señora marquesa de Fonterose á Monseñor de U.

«Monseñor:

»La amistad con que vuestra reverencia me honra, y que tengo en alta estima, me impone el deber de comunicarle un acontecimiento que va á cambiar mi posición, aislándome en medio del mundo.

»Pierdo á mi hija única.

»El matrimonio me separa de ella.

»¡Cuánto trabajo me cuesta resignarme á esta separación!

»Sin embargo, me queda el consuelo de haber cumplido con mis deberes de madre, eligiéndola un marido educado en el temor de Dios.

»El marido que la destino es Roger de Ambares, de quien ya he hablado á vuestra reverencia.

»Su nobleza es tan preclara y tan antigua como la nuestra.

»Cuento con la promesa que me hizo vuestra reverencia de bendecir el matrimonio de mi hija.

»La ceremonia se verificará en la última quincena de Noviembre.

»El día lo fijará vuestra reverencia.

»Sólo tengo un consuelo.

»El consuelo de poder entregarme con más libertad á mis deberes religiosos y á las obras de caridad que vuestra reverencia me indique.

»Reciba vuestra reverencia el testimonio de mi mas sincero y respetuoso afecto.

»LA MARQUESA OLIMPIA DE FONTEROSE.

»P. D.—Vuestra reverencia habrá sabido por la voz pública las tristes noticias que circulan respecto á los Kerandal.

»Ignoro si tiene algún fundamento lo que se dice, pero celebro que los lazos de parentesco que nos unen sean tan remotos.»

Después de doblar y cerrar con lacre esta carta, la marquesa se acostó.

Roger de Ambares á Moisés Blunner.

»Amigo mío:

»Estoy á la orilla. Dentro de quince dias se celebrará mi matrimonio. Decididamente hay una Providencia para los calaveras.

»¡Una fortuna régial! ¡Una mujer encantadora! Mi felicidad es completa.

»Pero ¡cuánto trabajo me ha costado conquistarla!

»Podré recuperar todos mis bienes, ya con las

»economías de la marquesa, ya levantando un empréstito con la garantía del dote de mi mujer.

»Hablaremos de esto más despacio.

»No seais muy duro en las condiciones.

»Os ruego que os paseis por mi hotel de la calle de Agueseau. Mi ayuda de cámara debe tener algunas cuentas que finiquitar. Facilitadle los fondos que necesite.

»Gracias anticipadas.

»ROGER DE AMBARES.

Al Sr. Alfredo, sastre, calle de la Paz, París.

«Amigo mío:

»Me caso dentro de quince dias.

»Enviadme todo lo que necesito á casa de mi futura, cuyas señas son las siguientes:

»Roger de Ambares, en el castillo de Santa Gilda de la Landas, por Vannes, Morbihan.

»Adios.

»ROGER DE AMBARES.

»P. D.—No os descuideis. Todo lo que me hace falta. ¿Lo entendéis?»

Roger dobló y cerró esta carta y se acostó, con la misma tranquilidad que la marquesa.

Soló.

Un concurso de circunstancias extraordinarias le protegía.

La escena de la locura de la madre de los Kerandal, no había dejado de influir en el feliz desenlace de sus pretensiones.

Antes solicitaba él; después fué solicitado.

La marquesa sin duda temía un escándalo, y ante esta eventualidad, había conseguido decidir á Nicolasa.

Poco le importaban los móviles á que hubiera podido obedecer Nicolasa.

Lo importante era que había dado su consentimiento.

Ya podría volver á figurar en el gran mundo con todo el esplendor de sus mejores días.

La fortuna de Nicolasa era superior á todas sus esperanzas.

¡Qué de proyectos bullían en su cabeza!
Pondría su casa con el lujo de un palacio.

¡Le habían creído arruinado!

¡Ahora verían que había hallado medios de recuperar su fortuna!

La estrella de Ambares volvería á eclipsar todas las estrellas de París.

Respecto á Juana, su cólera cedería ante las brillantes proposiciones que estaba decidido á hacerla.

La regalaría el hotel en que vivía, y la pasaría una renta de ochenta mil francos al año.

Mas tarde, ella le ahorraría el trabajo de abandonarla.

Era muy hermosa, y al fin encontraría mejor partido.

Al dia siguiente iría á verla á Elven.

Tenía confianza en su habilidad, y no dudaba de su triunfo.

Sabía todo lo que había ocurrido en la torre de Elven por su amigo Máximo.

.....
Binic, mientras soñaba el futuro esposo de su ama, volvía de Vannes, y tomaba el camino de Elven.

La carta de Nicolasa á su amiga Berta Richard estaba ya camino de París.

El palafrenero había llegado antes que el tren, cumpliendo la palabra que había dado á su ama con exposición de su vida.

A media noche llegó á la posada de *El Condestable*.

A aquella hora todos dormían en la pequeña aldea. Binic llamó.

—Por el modo de llamar, juraría que es Binic, dijo el mozo de la cuadra desperezándose.

—¿Quién, gritó?

—Soy yo, Binic, abre.

—¿Qué quieres?

—Entregar una carta á la jóven enferma.

—De poco la va á servir. Sigue mal, muy mal.

—¡Muy mall

—Se cree que no saldrá del día de mañana. Ya ha estado á verla el señor rector.

—¡Desgraciada! exclamó Binic. Habrá perdido la cabeza.

—No la falta motivo, dijo el mozo de cuadra. Pero voy á dar un pienso á tu caballo mientras tú desempeñas tu comisión.

—Dale el pienso abundante, dijo Binic, que bien lo ha ganado.

Binic se dirigió á la cocina.

Un silencio sepulcral reinaba en la posada.

Al encender una cerilla, vió en un rincón un bulto que se movía.

Era Marta, que se había despertado al ruido que hizo la puerta de la cocina al girar sobre sus goznes.

—¿Eres tú, Binic? dijo al reconocer al palafrenero.

—¿No te has acostado?

—Tenemos que cuidar á la enferma.

Binic encendió luz.

—Sígueme, dijo á Marta, y no hagas ruido.

—¿A dónde vamos?

—Al cuarto de la enferma. Necesito verla.

Clándio Kerandal seguía al lado de Juana.

No se separaba de ella hacía veinticuatro horas.

La señora Jacut dormía profundamente en un ancho sillón que había á los piés de la cama.

Una luz que había en la mesa de noche, iluminaba el lívido semblante de Juana.

Binic se acercó al doctor, y le mostró el pliego que había confiado á su lealtad Nicolasa.

—Es para esta señorita, dijo.

Y señalándola con la mano, añadió:

—¿Duerme?

—¡Triste sueño! exclamó Clándio. ¡Quién sabe si despertará de él!

—¿Y la señora Jacut?

—La ha rendido la fatiga. No la desperteis.

Binic no sabía qué hacer del pliego que tenía en la mano.

Sin embargo, el aspecto franco y simpático de Clándio le tranquilizó.

—Escuchadme, le dijo. Mi señora me ha encargado que no entregue estos papeles más que á la enferma ó á la señora Jacut. No debía saber que os hallaría aquí. ¿Queréis encargaros de ellos? Parece que son muy importantes.

—Bien. Se los entregaré á la señora Jacut en cuanto se despierte. Dile á tu señora que probablemente la enferma no los leerá nunca. Si mis temores se realizan, esos papeles serán devueltos á la señorita de Fonterose.

—¿Tan grave está? exclamó Bibic.

—Muy grave, contesto Cláudio.

XII.

Amante y querida.

Era de día.

A las ocho se abrió la puerta de la habitación en que agonizaba Juana, y Marta, apareciendo en su dintel, hizo una seña á Cláudio, que la siguió á la cocina.

—¿Qué quieres? la preguntó Cláudio.

—Ahí acaba de llegar un caballero que quiere ver á la enferma.

—Quiero verla y hablarla, dijo una voz detrás de Marta.

Era Roger de Ambares.

Al ver á Cláudio, sus facciones se contrajeron fuertemente.

—¿Quién era aquel hombre que se interponía siempre entre Juana y él?

Cláudio permaneció impasible.

—¿Quereis ver á la señorita Trelan? dijo.

—Con vuestro permiso, contestó irónicamente Roger.

—No puedo dároslo, caballero.

—¿Por qué?

—Por dos razones.

—La primera...

—Porque en mi calidad de médico, no puedo consentir que sufra la menor emoción, porque la mataría.

—¿Tan grave es su estado?

—Si Dios no hace un milagro, está perdida.

—¿La ciencia no puede hacerlo?

Cláudio se encogió de hombros desdeñosamente.

—Interiormente, Roger se alegró.

Si Juana estaba de tanto peligro, aunque se salvara no podría ser un obstáculo á su boda.

—¿Y la otra razón? preguntó con altanería Roger.

—La otra razón es la voluntad de la señorita Trelan.

—¿No quiere recibirme?

—La señorita Trelan no se halla hoy en estado de expresar su voluntad.

—Entonces...

—Pero en el momento de ser atacada por la enfermedad que la mata...

Cláudio vaciló.

—¿Esa enfermedad habrá sido provocada por alguna revelación terrible? preguntó Roger.

—La señorita Trelan, prosiguió Cláudio, dió orden de que no se permitiera poner los piés en su habitación al Sr. Roger de Ambares. ¿Sois vos el Sr. de Ambares?

—El mismo.

—Debo cumplir las órdenes que tengo.

—¿Con qué carácter?

—Con el carácter de médico.

—¿Nada más?

—Y con el de amigo.

—¿Y el de amante?

Los ojos de Cláudio se clavaron como una flecha en el pálido rostro de Roger.

—Dejad morir tranquilamente á vuestra víctima, añadió, y no la insulteis. Un caballero no se expresa en los términos en que acabais de expresaros. A mí sólo me inspira la señorita Trelan el más profundo respeto.

—Mas la insultais vos, defendiéndola, repuso Roger.

—Tengo otro motivo para defenderla. Es parienta mía.

—Es verdad, contestó Roger, vuestro padre era primo del suyo. Conozco esa historia.

Cláudio palideció.

—Si deseo ver á la señorita Trelan, continuó Roger, es porque tengo derecho para verla. ¿No lo sabiais?

—Sí. Lo sé todo.

—¿Y continuais oponiendooos á que vea á mi querida?

—Sólamente engañada por vuestras promesas ha podido ser la señorita Trelan querida vuestra. Pero

es demasiado digna para volver á veros después de vuestra traición. ¡No la vereis!

—¿Quién lo impedirá?

—Yo.

—Al menos teneis la virtud de la franqueza.

—Lo procuro.

Roger hizo un violento esfuerzo para contenerse.

—Estais abusando de mi situación, dijo. Nos veremos las caras.

—Cuando gusteis. Aunque viérais á la señorita Trelan, no conseguiriais nada. No os conocería. Pero si quereis gozaros en vuestra obra, venid.

Roger siguió á Cláudio.

Al llegar al descansillo de la escalera, Roger se paró.

—Hay un detalle que ignorais sin duda.

—¿Cuál?

—Es un detalle que puede hacer más grave su estado. Por eso se lo revelo al médico.

—¿Qué quereis decir?

—Juana está en cinta.

Una sonrisa indefinible entreabrió los labios de Cláudio.

—Estaba, contestó tranquilamente. Ya no lo está.

Roger retrocedió un paso.

—¡Y os atreveis á decírmelo! exclamó apretando los puños. Que infernal maniobra...

Cláudio no perdió la serenidad

—La casualidad ó la Providencia, como queráis llamar, á ese poder oculto que preside nuestros destinos, ha roto el último lazo que unía á la señorita Trelan con un hombre á quien ya no amaba. El sábado estuvo á ver la torre de Elven. También estuvisteis vos y no fuisteis solo... ¿Adivináis lo demás? La señorita Trelan oyó vuestra conversación con la señorita de Fonteroso...

—¡Caballero!

—Yo también estaba allí. Cuando la señorita Trelan volvió á Elven no era ya madre. Habeis matado á vuestra querida y á vuestro hijo. Ahora entrad y la vereis.

Cláudio se acercó al lecho de Juana y se inclinó sobre ella.

—¡Juana, murmuró!

Juana se volvió hácia el sitio de donde partía la voz.

—¿Cómo os sentís? la preguntó Cláudio.

—Mejor. ¿Estáis ahí?

—Sí.

Los ojos de Cláudio se llenaron de lágrimas. Juana, al volver en sí, le devolvía la esperanza de salvarla.

—No me abandonéis, balbuceó la enferma. Tengo miedo...

—No, no os abandonaré.

Roger no se atrevía á dar un paso.

Cláudio se separó á un lado y le dejó frente á frente de Juana, que, al verle, levantó la cabeza de la almohada y gritó, extendiendo la mano hácia la puerta:

—¡Vete!

Después dejó caer pesadamente la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos.

—Ya veis que no os engañaba, dijo Cláudio á Roger, señalándole, á su vez, la puerta.

XIII.

Cobardías humanas.

Al volver á Santa Gilda, Ambares se sintió terriblemente mortificado por unos celos de que nunca se hubiera creído capaz.

El grito de odio de Juana le había llegado á lo más hondo del alma.

Al verla, se había reanimado el fuego de su antiguo amor.

—¡Vete! le había dicho.

Si hay en la gran obra de Victor Hugo una situación cuyo recuerdo se conserva siempre, es la de aquel loco sardónico y depravado, Triboulet, pensando en la maldición de Saint Vallier.

—¡Ese viejo me ha maldecido!

Aquella palabra ¡vetel resonaba como una maldición en los oídos de Roger.

Sin embargo, la calma no tardó en restablecerse en su alma.

A medida que se acercaba al castillo le parecía que el recuerdo de Juana se alejaba de él

La señorita de Fonterose volvía á presentarse ante sus ojos.

Al atravesar el camino que conducía al sitio en que Nicolasa, Binic y Juan habían realizado el objeto de su expedición nocturna, vió á la entrada del bosque á dos hombres.

Hablaban con gran animación.

Con movimientos rápidos explicaba el uno al otro un hecho misterioso, sin que, por lo visto consiguiera convencerle.

Roger siguió su camino sin ceder á la curiosidad de averiguar quiénes fueran aquellos hombres, que eran el capitán Estrelles y Michaud.

El capitán estudiaba el asunto de los Kerandal con más interés que el procurador de Vannes, buscando el desquite á la vez contra Jacobo, por haberle humillado, y contra Santa, por no haberse entregado á él.

Los dos rivales se internaron en el bosque.

—Mirad, mi capitán, dijo Michaud señalando al suelo; por aquí han pasado. Las huellas de sus pasos se distinguen perfectamente, y parten de la orilla del

estanque. Nosotros estábamos al otro lado, y los vimos. Era la una de la madrugada. El procurador nos había encargado que vigilásemos estos sitios. Es un hombre que tiene buen olfato. Por desgracia, la distancia era grande y solo distinguíamos la luz de las linternas. Mis compañeros creyeron que eran pescadores. Pero á mi no me han engañado. Despedí á Greuche y Pecherolle, y me quedé solo esperando á que amaneciera, Entonces me dediqué á buscar las huellas de los paseantes nocturnos, no parando hasta encontrarlas. Las seguí, y un cuarto de hora después llamó mi atención un pedazo de tierra removida. Había seguido el mismo camino que los Kerandal.

Ni el capitán ni Michaud podían sospechar que fueran otras las personas cuyo misterio trataban de penetrar.

De repente lanzó Michaud una exclamación de sorpresa.

—¡Qué es esto! exclamó al ver un objeto que pendía de una rama de sarmientos.

Aquel objeto era un pañuelo blanco de batista.

Y como los Kerandal no podían permitirse ese lujo, Michaud y el capitán convinieron en que debía pertenecer á alguna dama del castillo.

¿Pero cómo se encontraba allí aquel pañuelo?

El descubrimiento del misterio se complicaba.

El capitán tampoco consiguió descifrar el enigma.

—El caso es, dijo, que habeis encontrado el nido. Llevadme al sitio donde está.

Vagamente presentía que otras personas extrañas á los Kerandal había mezcladas en aquel asunto.

La señorita de Fonterose estaba en buenas relaciones con ellos.

¿Sería una de aquellas personas?

El capitán y Michaud siguieron su camino sin hablar una palabra.

El mismo pensamiento les preocupaba.

Los dos querían hacer suya á Santa á toda costa.

Michaud se hubiera declarado cómplice de los Kerandal por una palabra de amor de Santa.

Pero como Lesguidou había hecho tan público el suceso, no podía retroceder.

Y, por otra parte, la justicia estaba ya avisada.

De un momento á otro entraría en funciones el procurador de Vannes.

El capitán no tenía los mismos escrúpulos que Michaud.

Hombre corrompido, todos los medios le parecían buenos para llegar al fin que se proponía.

Y la casualidad le favoreció.

Cuando llegaron al sitio que buscaban, vieron á lo lejos una mujer cubierta de los pies á la cabeza por un manto negro.

Era Santa que volvía de Elven, donde había ido para enterarse del estado de Juana.

El capitán dió con el codo á Michaud.

—Os la juego á cara ó cruz, le dijo.

—¿Cómo?

—Tengo mi plan. Vos ó yo, Elegid.

El capitán echó un luis al aire.

—Cara, dijo el gendarme.

Salió cruz.

—He ganado, dijo el capitán.

Michaud se retorció el bigote con tanta furia, que estuvo á punto de arrancársele.

Santa tenía que pasar forzosamente por delante del capitán y de Michaud.

El capitán se acercó á ella.

—Santa, la dijo, necesito hablaros.

—¿Para qué?

—Tengo que aclarar algunos puntos de mi conducta que os parecerán inexplicables.

Michaud, trémulo de ira, saludó al capitán militarmente.

—Habeis ganado, le dijo, y os dejo el campo libre.

Y montando á caballo, se alejó.

El capitán miró á su alrededor.

No vió á nadie.

—¿Qué teneis que decirme? le preguntó Santa.

—Vuestro hermano me ha inferido una grave ofensa.

—Lo sé.

—Y voy á borrarla.

Santa le miró fijamente.

—No me conoceis, le contestó.

—Sé que eres hermosa y buena, y precisamente por esas dos cualidades te amo. ¿Te negarías á salvar la honra de tu familia? ¿Te negarías á salvar al hermano que te ha protegido?

—La honra de mi familia no pelagra. Mentís. ¿Dónde están las pruebas que nos acusan?

—Las tengo en mi poder. Sé donde está el cadáver de Noel Trelan.

—Dejadme libre el paso. Mentís, os aborrezco.

—Y yo te amo y te amaré siempre, y no retrocederé ante ningún obstáculo para hacerte mía.

—¿Ni siquiera ante una infamia?

—Tú lo has dicho. Necesito vengarme, y me vengaré.

—¿Y con ese objeto os habeis puesto de parte de nuestros enemigos? ¿Y todavía me hablais de amor!

—Una palabra, una mirada tuya, basta para que me separe de las aves de rapiña que os cercan.

—Y esa palabra, ¿cuál es?

—Sé mía una hora nada más.

—¿Qué cobarde debeis ser cuando insultais así á una mujer!

—Tú tienes la culpa de todo. ¿Por qué eres tan hermosa, que basta verte para enloquecer por tí? Tú tienes la culpa de todo. ¿Por qué has acercado á mis labios la copa para retirarla después? Sé donde están

los restos informes de la víctima de tu padre. Si dudas de mi palabra, te enseñaré su fosa. Poseo, además, otro secreto terrible. Tu hermano Jacobo asesinó al marqués de Fonterose. Yo era ayudante del general que mandaba su cuerpo de ejército. Tengo los documentos que prueban el crimen. Pero si me das tu amor, te juro guardar el secreto.

—¿Qué vergüenza! murmuró Santa. ¡Jamás!

—¿Y no será una vergüenza ver á los Kerandal en el banquillo de los reos?

—¿Si al menos los salvarais!... Pero no podeis. Dejadme partir... Tantas infamias acabarán por volverme loca. ¡Paso! ¡Paso!

El capitán intentó un último esfuerzo.

—¿A quién temes? ¿A Michaud? Es un subalterno mío. Además, ignora el crimen de Jacobo. ¿Al tribunal? ¿Piensas que no pesará sobre él la opinión de todas las personas que residimos en el castillo si es favorable á vosotros? No debo dejar que te pierdas. ¡Elige!

—¡Me causais horror!

—Esa es tu última palabra.

Y puso el pie en el estribo para montar á caballo y alejarse de aquel sitio.

—¡No os vayais! exclamó Santa. ¡Salvadme!

Una hora después, Santa entraba en Penhoet Pálida como una muerta.

—Si las personas á quienes amo son culpables, y vos sois hombre de honor, procurad salvarnos de la deshonra. Yo ya estoy perdida.

—Santa, os amo y os amaré siempre.

Estas fueron las últimas palabras que cambiaron Santa y el capitán Estrelles.

XIV.

Luz y telegrafía.

Berta Richard á Nicolasa Fonterose.

«Recibí tu carta. Me han impresionado tus noticias. Manda esta tarde á buscar al correo carta mía. Es muy urgente. Mi marido te escribe en este momento.»

«BERTA.»

Después de leer este despacho, la señorita de Fonterose, que estaba hablando con su futuro, le miró frente á frente.

Roger no pudo sufrir su mirada y bajó la cabeza.

Nicolasa dobló el despacho y se lo metió en el bolsillo.

—¿Es un despacho de París? la preguntó Roger.

—Sí, de una amiga de colegio.

¿Sería una indiscreción preguntaros cómo se llama?

—No, por cierto. Berta.

—¿Berta de qué?

—Berta Richard.

—¿Es la mujer ó la hija de un banquero de ese apellido?

—La mujer. Jorge Richard tendrá á lo sumo treinta y seis ó treinta y siete años ¿Le conocéis?

—Le he visto alguna vez en el mundo de los negocios.

—¿Frecuentais el trato de los hombres de negocios?

—Sin duda. Son los reyes del día. Los nombres mas aristocráticos figuran en sus registros.

—¿Y entre ellos el vuestro?

—De todo os burláis.

—Hasta del Buey de oro, os lo confieso.

—El dinero es el Dios del día. Se destrona á los reyes, pero se respeta á los banqueros. Me he dejado llevar por la corriente. Hago antesalas á los millonarios. Pero no consentiré que ponga los pies en sus salones la señora de Ambares.

—Pues á mi no me asustan los hombres de negocios. Los puede haber muy honrados.

Nicolasa estuvo todo el día preocupada por el despacho de Berta.

No acertaba á explicarse su contenido.

Binic tuvo que hacer un nuevo viaje á Vannes con orden expresa de reventar el caballo, si era preciso para ganar un cuarto de hora.

—Si las personas á quienes amo son culpables, y vos sois hombre de honor, procurad salvarnos de la deshonra. Yo ya estoy perdida.

—Santa, os amo y os amaré siempre.

Estas fueron las últimas palabras que cambiaron Santa y el capitán Estrelles.

XIV.

Luz y telegrafía.

Berta Richard á Nicolasa Fonterose.

«Recibí tu carta. Me han impresionado tus noticias. Manda esta tarde á buscar al correo carta mía. Es muy urgente. Mi marido te escribe en este momento.»

«BERTA.»

Después de leer este despacho, la señorita de Fonterose, que estaba hablando con su futuro, le miró frente á frente.

Roger no pudo sufrir su mirada y bajó la cabeza.

Nicolasa dobló el despacho y se lo metió en el bolsillo.

—¿Es un despacho de París? la preguntó Roger.

—Sí, de una amiga de colegio.

¿Sería una indiscreción preguntaros cómo se llama?

—No, por cierto. Berta.

—¿Berta de qué?

—Berta Richard.

—¿Es la mujer ó la hija de un banquero de ese apellido?

—La mujer. Jorge Richard tendrá á lo sumo treinta y seis ó treinta y siete años ¿Le conocéis?

—Le he visto alguna vez en el mundo de los negocios.

—¿Frecuentais el trato de los hombres de negocios?

—Sin duda. Son los reyes del día. Los nombres mas aristocráticos figuran en sus registros.

—¿Y entre ellos el vuestro?

—De todo os burláis.

—Hasta del Buey de oro, os lo confieso.

—El dinero es el Dios del día. Se destrona á los reyes, pero se respeta á los banqueros. Me he dejado llevar por la corriente. Hago antesalas á los millonarios. Pero no consentiré que ponga los pies en sus salones la señora de Ambares.

—Pues á mi no me asustan los hombres de negocios. Los puede haber muy honrados.

Nicolasa estuvo todo el día preocupada por el despacho de Berta.

No acertaba á explicarse su contenido.

Binic tuvo que hacer un nuevo viaje á Vannes con orden expresa de reventar el caballo, si era preciso para ganar un cuarto de hora.

Todos los huéspedes del castillo estaban en el salón. Nicolasa tocaba al piano los célebres walses de la *Vuelta al Mundo* cuando entró Binic con la suspirada carta.

Recibirla, y cerrar el piano, fué todo uno.

La dispersión fué completa.

El general hizo una seña á la institutriz y desapareció.

La marquesa y los Fontrailles no tardaron en seguirle.

Solo quedaron en el salon Máximo, el capitán y Roger.

El capitán se había metamorfoseado en un hombre de ley.

Ningun abogado hubiera hecho una defensa mas razonada y elocuente de los Kerandal.

Se había cometido un crimen para robar á la víctima. ¿Dónde estaban las pruebas? ¿Es lógico creer que una persona lleve encima grandes sumas? ¿Para qué sirven los Bancos? ¿Para qué sirven las letras de cambio?

La locura de Maria Ana era otro hecho indudable. ¿Puede darse crédito al testimonio de una persona privada de la razón?

Juana no se había mostrado parte en el juicio. ¿Podrían ser los jueces más exigentes que la hija de la víctima?

Evidentemente, no.

Luego había que tener en cuenta la respetabilidad del nombre de Kerandal y los antecedentes de honradez de las personas que lo llevaban.

El remordimiento hacía elocuente al capitán.

La indignación que le inspiraba su propia obra, le hubiera hecho poeta.

Nicolasa se retiró á una habitación próxima para leer la carta del marido de su amiga.

Los detalles que la daba acerca de la situación de su futuro no la impresionaron.

No le amaba.

Antes por el contrario, la inspiraba una aversión y se invencible alegraba de verla justificada.

Tenía una fé ciega en el marido de Berta.

La carta del banquero Richard estaba concebida en estos términos:

«Mi querida amiga:

»Vuestra carta nos ha aterrado.

»No creíamos que os decidiríais tan pronto, ni que vuestra madre no hubiera pedido informes acerca de la conducta y de los antecedentes del hombre á quien os destinaba.

»Roger de Ambares está completamente arruinado.

»No solamente no tiene sobre qué caerse muerto, sino que está agobiado de deudas.

»Ha vendido su hotel, y sus demás bienes es-

»tán hipotecados por sumas superiores á su valor.

»Su desenfrenada pasión por el juego, le ha reducido á este estado. La Bolsa, las cartas y el Círculo, han devorado su fortuna y la de sus parientes.

»Otras pasiones se dulcifican ó desaparecen con el tiempo.

»El juego es eterno. Nadie se cura de él.

»Y no es esto todo.

»Roger de Ambares vivía maritalmente, ó al menos en relaciones constantes, con una mujer á quien había puesto casa en la calle de Atenas.

»Lo he sabido por una casualidad.

»La casa de su querida era mía.

»Un día fuí á dar órdenes para que se hicieran en ella algunas reparaciones.

»Vi á su querida y realmente me pareció digna de otro título mas honroso para ella.

»Roger la trataba como si fuera su esposa, y en todo el barrio la tenían por tal.

»Era una mujer hermosa, distinguida y de una educación esmerada por todo extremo.

»Os doy estos detalles y os remito esta carta por el ferrocarril, con objeto de ganar tiempo.

»Ved lo que haceis, hija mía. Por vuestra hermosura, por vuestra juventud, por vuestros sentimientos, por vuestro nombre, merecis ser feliz.

»Al lado de un hombre de esa índole no podreis serlo.

»Berta os manda un cariñoso abrazo.

»Esperad. En Francia hay hombres dignos de vos.

»Vuestro amigo,

»JORGE RICHARD.»

«P. D. ¿A qué tristes y misteriosos asuntos os referís en vuestra carta?»

Máximo, el capitán y Roger salían del salón cuando entraba en él Nicolasa.

El reloj apuntaba las once y media.

—Señor Ambares, dijo Nicolasa, ¿teneis mucha prisa?

—No. ¿Por qué me lo preguntais?

—Porque tengo que deciros dos palabras.

Y volviéndose hácia Máximo y el capitán, añadió:

—Somos prometidos y podemos hablar á solas algunos minutos.

—Esperadme ahí fuera, dijo Roger á Máximo y al capitán; no sé por qué, se me figura que huele á pólvora.

XV.

Una explicación delicada

Quando los dos amigos de Roger se retiraron, la señorita de Fonterose se dirigió hácia la puerta del salón y la cerró.

—Señor Ambares, dijo á Roger, tenemos que hablar, y como es mucho lo que tengo que deciros, tomo mis precauciones para que nadie nos interrumpa. ¿Vos no tendreis prisa?

Roger se sonrió forzosamente.

—Estoy á vuestras órdenes, la contestó.

Nicolasa tenía la carta fatal en la mano.

—Me habeis dispensado el honor de pedir mi mano, comenzó Nicolasa. Mi madre, perturbada por sus meditaciones teológicas, ha creído que érais vos el elegido por la Providencia para hacer mi felicidad y perpetuar la gloria de los Fonterose. No sé dónde tomaría sus informes, pero supongo que lo haría de personas por quienes no temiera creerse contrariada. No lo crítico. Todos estamos sujetos á error. Pero yo creo que en vez de consultar estas cosas con un prelado, debió consultarlas con un hombre de negocios, puesto que conoce á tantos. No os alarmeis. ¿No veis que tranquila estoy yo? No he buscado la luz que necesitaba. Ella ha venido hasta mí... desde París. Vamos á los hechos. He recibido una carta de un amigo en quien tengo completa confianza, hombre probo y serio. Yo no le pedia las noticias que me ha dado en contestación á la carta en que le anunciaba mi matrimonio. Primero me mandó su mujer un despacho telegráfico, y él, después, me ha escrito esta carta.

Roger escuchaba con una tranquilidad perfecta.

—¿Y qué os dice en esa carta? preguntó.

—Primeramente me da un detalle sin importancia.

—¿Sin importancia?

—Sí

—¿Cuál?

—Que estais arruinado.

—¡Ah!

—Pero completamente arruinado. Si todavía conservais algo....

—Seguid.

—Son las deudas que habeis contraído.

Ambares comprendió que estaba perdido.

Pero, como los gladiadores romanos, quiso prolongar la lucha hasta hallar una manera artistica de caer.

—Tendría gusto en saber dónde ha recogido vuestro probo y leal amigo esos informes acerca de mí.

—En el mundo de los negocios, amigo mio; es el suyo. Yo tenía una compañera de colegio, mi mejor amiga, la hija de un notario del barrio de los Mercados, un simple notario, y se casó con el hijo de un banquero, de un hombre de fortuna, pero modesto y sin pretensiones. Y son dichosos dentro de la clase á que pertenecen, mas dichosos que podríamos serlo nosotros. A él le debo las noticias que tengo de vos, y que, en el mero hecho de dármelas él, no pueden menos de ser ciertas. Estais completamente arruinado. Todos los bienes que poseeis en pro-

vincias están hipotecados y vuestro hotel de París ha caído en manos de usureros y de judíos. No discutamos. Yo he encontrado un medio de salvaros. Es una manía que se ha apoderado de mí. Quisiera poder salvar á todo el mundo. Debéis sumas enormes. ¿A qué cantidad ascenderán?

Fascinado por las miradas de Nicolasa, Roger cambió su frente de batalla y confesó.

Nada podía adelantar negando.

—Setecientos ú ochocientos mil francos, contestó.

—Es una cantidad respetable, en efecto, ¿Qué valen vuestros bienes?

—Dos millones, próximamente.

—¿Comprendido el hotel de París?

—Sí.

—¿Habeis vendido parte de vuestros bienes?

—Alguna parte.

—Sed franco. Los habeis vendido todos.

—Todos, no, pero poco menos. Pero puedo recuperarlos.

—Pagando, es indudable.

—¿Por qué me habéis dicho que el detalle de mi ruina no tiene importancia?

—Porque no hubiera sido un obstáculo para nuestro enlace.

Y bajando la voz añadió:

—Pero la manera que habeis tenido de perder vuestra fortuna es peor que su misma pérdida. Sois

un jugador incorregible. Jugáis á todo, á la Bolsa, al bacarrat, á la ruleta, al monte. No habeis retrocedido ante ningun medio para ganar, ni ante los más reprobados. Esto ya es más grave.

—Os juro que....

—Pero supongamos que consiguiérais corregiros de ese vicio, cambiando de país, de amigos... Hay algo más todavía.

—¿Qué más dudas teneis de mí?

—¿Recordais lo que me dijisteis hace tres dias en la torre de Elven?

—Os dije que os amaba.

—Es verdad.

—¡Os amo más que á mi vida!

—¿Y no me dijisteis más?

—No recuerdo.

—Vos lo habeis olvidado, pero afortunadamente yo lo tengo presente. Me dijisteis que era vuestro primero y único amor. ¿No es verdad que me dijisteis esto?

Roger permaneció mudo.

—Ese silencio os honra, dijo Nicolasa.

—Y cambiando de tono añadió:

—¿De qué clase de gente se compone vuestro mundo? ¿En qué infame tugurio recibe sus lecciones? ¿Porque yo poseo una fortuna que no he buscado y que desprecio, creéis que no es posible que un hombre honrado se case connigo? Sed franco.

He aquí el cálculo que habeis hecho. «Nicolasa es rica y me casaré con ella para rehacer mi fortuna, abandonando á la desgraciada mujer á quien he seducido, á quien he engañado miserablemente, á quien en último término haré callar con el oro de mi mujer. Esto es odioso, Roger. Se puede perder el dinero y conservar el corazón. Vos lo habeis perdido todo.

—¡Nicolasa! exclamó Roger con voz suplicante. Hay fatalidades...

—Esa es la palabra. Hay fatalidades y vuestra llegada á este país es una de ellas. Juana Trelan no estaría aquí si vos hubiéseis permanecido en París. Pero Dios la ha traído aquí para la revelación de un crimen inaudito. Esa revelación nos alcanza á todos; á mí, como á los demás, porque la maldad del mundo hace recaer la deshonra del criminal sobre todos los miembros de su familia.

—¡Ah! exclamó Roger. No lo creais.

—Yo no declino las responsabilidades que me alcanzan. El rayo fulminado en Elven ha caído también sobre mí. Todo se encadena. He aquí todos los males causados por vuestra perversidad. Juana Trelan está entre la vida y la muerte; María Ana ha acabado de perder la razón y los Kerandal están deshonrados. Convenid en que sois un hombre funesto, á quien es preciso odiar.

Roger se levantó.

—Teneis razón para despreciarme. Yo mismo me desprecio y no intentaré defenderme. Soy de mi tiempo y me he dejado arrastrar por la corriente general. No os amaba antes de conoceros. Ahora os amo. Me había jurado cambiar de vida... ¡Triste de mí! Todas mis esperanzas se han desvanecido. He soñado. Ya estoy despierto. Sé la resolución que debo tomar.

—¿Qué pensais hacer?

—Levantarme la tapa de los sesos.

—Sería un acto de justicia. Pero no os precipiteis. ¿Quién puede prever lo porvenir?

—Yo no espero nada.

—Tened fé y esperad.

—Vos no me permitireis esperar.

—Teneis razón. Pero, esperad.

—¿En quién?

—¿No os he dicho que conozco el medio de evitar esta irreparable locura?

—No os comprendo.

—No importa

Nicolasa se levantó á su vez.

—Sobre todo, no digais á nadie una palabra de lo que hemos hablado. Demasiados escándalos nos rodean.

Nicolasa dió un paso hácia la puerta.

—Os vuelvo á recomendar la mayor prudencia.

¡Ni una palabra! Mañana os propondré un negocio.

—¡Un negocio!

—¿No lo era vuestro matrimonio? No os levanteis la tapa de los sesos y esperad... Esperad.

—¡Nicolasa!

—Adios.

Cuando la puerta del salón se cerró detrás de Nicolasa, Roger cayó desplomado en uno de los sillones que había al lado de la chimenea.

XVI

En las cercanías de Penhoet

La noticia del matrimonio de la señorita de Fonterose con Roger de Ambares, aquella vez cierta, corrió con la velocidad del rayo por todo el país y cayó sobre la casa señorial de Penhoet como un verdadero rayo.

Aquella mansión destrozada como un mendigo italiano, desmantelada, pero sólida, como sus habitantes, estaba triste y lúgubre como una casa mortuoria.

Catalina no cantaba; consagrábase exclusivamente al cuidado de María Ana, que más que viva parecía muerta: tan grande era su postración.

José limpiaba melancólicamente los pesebres.

Ibo se pasaba las horas muertas sentado al lado de la chimenea, sombrío, meditabundo, desesperado.

Por primera vez en su vida maldecía de su destino. ¿Qué había hecho para verse envuelto en tan terrible catástrofe?

Santa parecía tan loca como su madre.

Jacobo y Corentín estaban perpétuamente fuera de Penhoet.

¿Dónde encontrarlos?

Nadie lo sabía.

Cada cual se iba por distinto camino.

A la hora de comer, el rector, que no abandonaba á sus amigos en la adversidad, se presentó en Penhoet.

—¿Todavía teneis valor para traspasar los umbrales de esta casa? le preguntó Santa.

Todo el mundo podrá abandonaros, la contestó el santo varón, pero yo siempre seré fiel á vuestra amistad.

Por otra parte, llevaba buenas noticias.

El país en masa se había pronunciado en favor de la inocencia de los Kerandal.

Bretaña entera les quería.

Nadie creía en el crimen que se les imputaba.

El rector era un buen amigo de los Kerandal.

Los miembros de la familia fueron reuniéndose en torno de la mesa, excepto María Ana.

El reloj seguía marcando el curso del tiempo.

El péndulo no altera su paso por nuestras alegrías ni por nuestras tristezas.

—¡Un negocio!

—¿No lo era vuestro matrimonio? No os levanteis la tapa de los sesos y esperad... Esperad.

—¡Nicolasa!

—Adios.

Cuando la puerta del salón se cerró detrás de Nicolasa, Roger cayó desplomado en uno de los sillones que había al lado de la chimenea.

XVI

En las cercanías de Penhoet

La noticia del matrimonio de la señorita de Fonterose con Roger de Ambares, aquella vez cierta, corrió con la velocidad del rayo por todo el país y cayó sobre la casa señorial de Penhoet como un verdadero rayo.

Aquella mansión destrozada como un mendigo italiano, desmantelada, pero sólida, como sus habitantes, estaba triste y lúgubre como una casa mortuoria.

Catalina no cantaba; consagróbase exclusivamente al cuidado de María Ana, que más que viva parecía muerta: tan grande era su postración.

José limpiaba melancólicamente los pesebres.

Ibo se pasaba las horas muertas sentado al lado de la chimenea, sombrío, meditabundo, desesperado.

Por primera vez en su vida maldecía de su destino. ¿Qué había hecho para verse envuelto en tan terrible catástrofe?

Santa parecía tan loca como su madre. Jacobo y Corentín estaban perpétuamente fuera de Penhoet.

¿Dónde encontrarlos?

Nadie lo sabía.

Cada cual se iba por distinto camino.

A la hora de comer, el rector, que no abandonaba á sus amigos en la adversidad, se presentó en Penhoet.

—¿Todavía teneis valor para traspasar los umbrales de esta casa? le preguntó Santa.

Todo el mundo podrá abandonaros, la contestó el santo varón, pero yo siempre seré fiel á vuestra amistad.

Por otra parte, llevaba buenas noticias.

El país en masa se había pronunciado en favor de la inocencia de los Kerandal.

Bretaña entera les quería.

Nadie creía en el crimen que se les imputaba.

El rector era un buen amigo de los Kerandal.

Los miembros de la familia fueron reuniéndose en torno de la mesa, excepto María Ana.

El reloj seguía marcando el curso del tiempo.

El péndulo no altera su paso por nuestras alegrías ni por nuestras tristezas.

El viento silbaba por los largos corredores de Penhoet.

El único Kerandal que permanecía sereno é indiferente á todo, era Jacobo.

Una sonrisa desdeñosa plegaba sus lábios.

Terminada la comida, Santa subió á las habitaciones de su madre.

Los tres hermanos, el rector y Juan, permanecieron en la cocina.

Juan también estaba triste, muy triste.

La escena de la noche anterior no se había borrado de su memoria.

—La señorita se casa, dijo.

—Lo sabía, murmuró Jacobo.

—¿Y tú, Corentin? preguntó Juan.

—Tambien.

Y, levantándose bruscamente, salió de la cocina. Juan le siguió.

Al llegar al patio, Corentin se detuvo, y sacando un papel del bolsillo, se lo enseñó á Juan.

—¡Una carta! exclamó Juan. Y es de la señorita.

Corentin se volvió á meter en el bolsillo la carta de Nicolasa y se despidió de Juan.

—En esa carta le anunciará su matrimonio, pensó Juan.

La carta de la señorita de Fonterose no contenía más que estas líneas:

«CORENTIN:

»Necesito veros y hablaros por última vez. Mañana, á la una, en el sitio convenido.

»NICOLASA.»

Corentin volvió á la cocina.

—¿Vienes á acostarte? preguntó á Jacobo.

—No tengo sueño, le contestó Jacobo. Duerme tú, si puedes.

Corentin subió á su cuarto y cerró la puerta.

Jacobo se quedó en la cocina.

A media noche sintió ruido en el patio.

—¿Quién vá? preguntó.

Un grito ahogado le contestó.

Era Santa.

—¿Adónde vas? preguntó Jacobo.

—A morir.

—¡Morir!... Tú .. Tan jóven. . Tan hermosa..

Santa no desplegó los lábios.

—Ven, exclamó Jacobo arrastrándola detrás de sí.

Ven á contarme tus penas.

Jacobo cerró la puerta de la cocina.

Santa se lo contó todo, sin acusar á nadie.

—Si los demás son culpables, la dijo Jacobo, tú eres inocente y no es justo que pagues culpas ajenas.

Ten paciencia. Eres pobre; serás rica. Hoy te desprecian. Mañana te adularán.

Santa se dejó caer en los brazos de Jacobo.

—Vé á dormir, Santa. Con este beso que me das me creo pagado de todo.

Jacobo volvió á quedarse solo en la cocina.

—No hay más que un obstáculo, murmuró, volviendo á sentarse al lado de la chimenea. Ese obstáculo desaparecerá. Si me cuesta la vida, ¿qué importa? Los que me sobrevivan dirán: «era un criminal, pero nos amaba.» Y á mí, ¿quién me ama? ¿Por ventura, la señorita de Fonterose? No. Soy un hombre rudo, una fiera. ¡Esta fiera la devorará!... Si en este mundo le piro miedo, en otro me hará justicia. No esperaré la orden de Corentín. Obraré por mí mismo.

XVII.

Las cuentas del Sr. Malo.

Al día siguiente, ya entrada la mañana, la doncella de Nicolasa entró en la habitación del señor Malo Briquebec para decirle que su señorita deseaba verle.

Era la primera vez que Nicolasa se dignaba pedir una conferencia al apoderado de su madre.

—¿Para qué podrá necesitar me, se preguntó.

Esta duda llevó cierta inquietud á su espíritu.

Tal vez las órdenes de Nicolasa no estarían conformes con las de su madre.

Pero como ya había entrado en el goce de todos sus derechos, tenía que obedecerlas.

Nicolasa estaba sentada delante de su mesa de escribir cuando entró el señor Malo de Briquebec.

—Os he hecho llamar, Briquebec, le dijo, para que me deis algunas noticias que necesito, y acerca de las cuales os exijo el mayor sigilo. No quiero molestar á mi madre hablándola de ciertos asuntos. ¿A cuánto asciende mi fortuna?

—¿La fortuna de la casa, ó la vuestra exclusivamente? preguntó Briquebec, después de una breve páusa.

—La mia. Con la de mi madre no tengo nada que ver.

Briquebec hizo una nueva páusa.

—El señor marqués os dejó todo lo que poseía, dijo, haciendo caso omiso de vuestra madre y de todos sus parientes.

—No hagamos historia, señor Briquebec. Necesito números.

—Es preciso recapitular, observó el señor Briquebec.

—Recapitulemos, pero advertid que hasta ahora no me habeis dicho nada. Hablad y yo escribiré.

—Teneis tres casas en París, tasadas en tres millones. Valen más.

- Tres millones, escribió Nicolasa.
- Los bosques de Bec, en Normandía, están tasados en dos millones. También valen mas.
- Tres y dos, cinco, repuso Nicolasa.
- El producto del carboneo en los montes de Geneville puede apreciarse en sesenta mil francos, y su valor en venta en millon y medio.
- Pongo seis millones.
- Las tierras que teneis en Champdebrac bien valdrán cuatro millones.
- Van diez.
- Santa Gilda.
- Santa Gilda no vale nada.
- Me parece muy barata.
- ¿Qué más poseo?
- Las viñas de Fronsac, en el Medoc. Le costaron un millón á vuestro padre.
- Pero la filoxera puede destruirlas.
- Teneis en las riberas del Maine dos posesiones de campo que pueden valuarse en dos millones.
- Diez y dos, doce. ¿Hemos concluido?
- Sí, señora. La fortuna de vuestra madre asciende á la misma cantidad.
- La fortuna de mi madre no me pertenece y no puedo disponer de ella.
- Se me olvidaba deciros que las economías que tenemos en casa sumarán lo menos tres millones.
- Ya son quince, repuso Nicolasa.

Y levantándose, añadió:

—¿Y cómo siendo tan ricos hemos hecho tan poco bien y tenemos tantos enemigos? No necesito saber más, señor Briquebec. Adios.

Nicolasa se quedó sola.

—¡Quince millones! exclamó. Y esto sin contar con los bienes de mi madre. ¿Para qué necesito yo tanto dinero?

Cogió la pluma y se puso á escribir:

«Señor Ambares:

»Ni vuestra fortuna perdida, ni vuestra pasión por el juego me harían faltar á mi palabra.

»Otro es el obstáculo que nos separa.

»Este obstáculo es la mujer á quien habeis ofrecido dar vuestro nombre.

»¿Cómo queréis que yo me case con el amante de mi prima Juana Trelán?

»Os nombro juez de este asunto.

»Hablemos formalmente.

»¿Por qué queríais casaros conmigo? Por que soy rica. ¿Por qué habeis abandonado á Juana? Porque es pobre.

»No recordais que os dije que tenía un medio de conciliarlo todo?

»Quiero y puedo salvar vuestra fortuna y desempeñar vuestra palabra.

»Conozco demasiado á Juana para saber que no se hubiera entregado á vos sin contar con el cumplimiento de vuestra promesa.

»¿Qué os puede hacer falta para vivir honrado y tranquilo en un rincón de la Bretaña?

•¿Dos millones?

•Yo se los doy en dote á Juana.

»Además, ella debe tener una fortuna que ascenderá próximamente á la misma cantidad.

»De esta manera vos sereis feliz y yo recobraré mi independencia.

•Yo no me casaré. No quiero casarme

•Proceded noblemente reconciliándoos con Juana.

•Mi determinación es irrevocable.

•Doy dos millones á mi prima.

•Es el precio de mi palabra.

»NICOLASA DE FONTEROSE.»

En el momento en que Nicolasa cerraba esta carta y la ponía el sobre «Al señor Roger de Ambares», entró la marquesa de Fonterose.

—¿Escribes á tu futuro? preguntó á Nicolasa.

—Sí, contestó Nicolasa. Le escribo para darle dos noticias, una buena y otra mala.

—No te entiendo.

—Sentaos aquí, á mi lado, madre mía ¿Creeis que un hombre puede amar á dos mujeres?

—Nicolasa...

—¿Está admitido en alguna parte este procedimiento?

—No.

—Entonces no puedo casarme con vuestro recomendado Roger de Ambares.

—¿Por qué?

—Habeis entrado en mi habitación en el momento en que me disponia á ir á la vuestra. Otra pregunta. ¿Creeis que una mujer puede amar á dos hombres á la vez?

—Decididamente no te entiendo.

—Contestadme.

—No.

—Entonces tampoco puedo casarme con vuestro recomendado Roger de Ambares.

—¿Por qué?

—Ese es mi secreto. Pero voy á confiárosle.

—¿Qué significa esto, Nicolasa?

—Significa, madre mía, que soy muy desgraciada.

No puedo, no debo casarme con Ambares. Hay cosas que vos no podeis sospechar, pero que me obligan á permanecer soltera.

Y se arrojó en los brazos de la marquesa, que se quedó estupefacta.

—¿No soy tu hija? prosiguió Nicolasa con acento desgarrador. ¿Cómo has de querer que sea desgraciada? Déjame vivir á tu lado. Unámonos para hacer

bien. Somos ricas, y si no nos hacemos amar, haremos que nos perdonen nuestra fortuna. Consientes, ¿no es verdad, madre mía? Destruyamos todos los odios que germinan á nuestro alrededor. Algunos de ellos son justos. Después, ¡ya verás qué felices somos! ¿No sirve el dinero más que para guardarlo y amontonar millones y millones?

—Sí, exclamó por fin la marquesa, dejándose vencer por las súplicas y las caricias de su hija, haz lo que quieras y no llores. Yo aprobaré todo lo que tú hagas.

Nicolasa quiso justificar su victoria.

—Toma, dijo á su madre dándola la carta de Jorge Richard, y la que acababa de escribir á Roger de Ambares.

Mientras su madre leía, Nicolasa se puso á escribir.

—Lee esta también, dijo á la marquesa.

El papel que acababa de escribir Nicolasa decía:

»El señor Malo de Briquebec entregará á los señores de Kerandal la cantidad de quinientos mil francos á la presentación de este documento.

»NICOLASA DE FONTEROSE.»

Y cogiendo la pluma, se la dió á la marquesa.

La marquesa escribió esta palabra al pié de las anteriores líneas:

«APROBADO.»

—¿Qué significa esta cantidad para nosotras? la preguntó Nicolasa.

—¿Quieres más? repuso la marquesa.

—¡Nunca he sido más feliz! exclamó Nicolasa. Hoy sé que tengo madre.

La marquesa dió un beso en la frente á su hija.

—¡Muy caro te cuesta!

—¿No vale más de quinientos mil francos este momento?

—Tienes razón, hija mía.

XVIII.

La justicia se pone en movimiento

Las gentes que transitaban por el camino de Vanes á Josselin, fueron sorprendidas el último jueves del mes de Octubre por un espectáculo que no esperaban.

Toda la fuerza armada del distrito, escoltando un carruaje tirado por dos caballos, procedente del primero de estos puntos, se dirigía procesionalmente al segundo.

Aquel carruaje, que miraban con asombro los bretones, no conducía á ningun miembro del Parlamento, que regresaba de conferenciar con el gobierno de Luis XIV.

Conducía á tres personajes, dos de los cuales

bien. Somos ricas, y si no nos hacemos amar, haremos que nos perdonen nuestra fortuna. Consientes, ¿no es verdad, madre mía? Destruyamos todos los odios que germinan á nuestro alrededor. Algunos de ellos son justos. Después, ¡ya verás qué felices somos! ¿No sirve el dinero más que para guardarlo y amontonar millones y millones?

—Sí, exclamó por fin la marquesa, dejándose vencer por las súplicas y las caricias de su hija, haz lo que quieras y no llores. Yo aprobaré todo lo que tú hagas.

Nicolasa quiso justificar su victoria.

—Toma, dijo á su madre dándola la carta de Jorge Richard, y la que acababa de escribir á Roger de Ambares.

Mientras su madre leía, Nicolasa se puso á escribir.

—Lee esta también, dijo á la marquesa.

El papel que acababa de escribir Nicolasa decía:

»El señor Malo de Briquebec entregará á los señores de Kerandal la cantidad de quinientos mil francos á la presentación de este documento.

»NICOLASA DE FONTEROSE.»

Y cogiendo la pluma, se la dió á la marquesa.

La marquesa escribió esta palabra al pié de las anteriores líneas:

«APROBADO.»

—¿Qué significa esta cantidad para nosotras? la preguntó Nicolasa.

—¿Quieres más? repuso la marquesa.

—¡Nunca he sido más feliz! exclamó Nicolasa. Hoy sé que tengo madre.

La marquesa dió un beso en la frente á su hija.

—¡Muy caro te cuesta!

—¿No vale más de quinientos mil francos este momento?

—Tienes razón, hija mía.

XVIII.

La justicia se pone en movimiento

Las gentes que transitaban por el camino de Vanes á Josselin, fueron sorprendidas el último jueves del mes de Octubre por un espectáculo que no esperaban.

Toda la fuerza armada del distrito, escoltando un carruaje tirado por dos caballos, procedente del primero de estos puntos, se dirigía procesionalmente al segundo.

Aquel carruaje, que miraban con asombro los bretones, no conducía á ningun miembro del Parlamento, que regresaba de conferenciar con el gobierno de Luis XIV.

Conducía á tres personajes, dos de los cuales

conocemos: el señor de Buxieres y el señor Aubertin.

El tercer personaje respondía al nombre de Aristides Cesaire.

La escolta de estos personajes se componía de dos brigadas de gendarmes.

Al sentir el trotar acompasado de los caballos, todos los vecinos de Elven se asomaron unos á las ventanas y otros á las puertas de sus casas.

—¡Aves de mal agüero!, dijeron unos.

—¿Dónde caerá esta nube? murmuraron otros.

—Se debe tratar del asunto de los Kerandal, pensaron los más prudentes.

—Mucho deben valer cuando se cree necesaria tanta gente para prenderlos.

—A propósito de los Kerandal. ¿Es cierto que Santa ha perdido la razón como su madre?

La gente del campo decía al ver pasar la impudente comitiva.

—Tanto ruido para nada.

—De alguna manera han de ganar su soldada los gendarmes.

—¡Buen viaje!

Cuando llegaron á las landas los hombres de ley, el procurador señor de Buxieres se volvió hácia el juez de instrucción señor Aubertin.

—Trabajo nos va á costar saber dónde hay un hombre enterrado en estas inmensas llanuras.

El señor Aubertin se limitó á levantar la cabeza para mirar á su jefe.

El adjunto, señor Aristides Cesaire, parecia menos preocupado que el señor Aubertin.

En vez de meditar acerca del crimen, admiraba la belleza del paisaje.

—¿En qué pensais, señor Aristides? le preguntó el procurador señor de Buxieres.

—Pienso... en que este es uno de los viajes más agradables que he hecho en toda mi vida. Es un país curioso la Bretaña.

—¿Lo conociais?

—Nada mas que de nombre.

Durante la travesía se unieron á los gendarmes los destacamentos de los pueblos que atravesaban.

Michaud y sus dos acólitos, Greluche y Pecherolles, se acercaron al carruaje del procurador en el momento en que éste paraba delante de la casa de Cahussac.

Los hombres de ley se apearon y se dirigieron, acompañados de Michaud, á casa de los Kerandal.

Michaud llamó.

—¿Quién es? preguntó Catalina asomándose á una ventana.

—Abrid.

—¿Qué venis á hacer aqui?

—Es la justicia que viene á interrogar á María Ana.

—Aquí está, contestó Catalina, bajando á abrir la puerta.

—¿Está sola? preguntó Michaud.

—Sola con la señorita Santa.

—¿Y los demás?

—Han salido.

Catalina condujo á los magistrados á la habitación de la enferma.

—La señora no puede levantarse, les dijo Catalina; pero os contestará desde la cama.

Y volviéndose hácia Michaud, añadió:

—Ya sabéis que la señora está loca.

—Lo que tú no debes olvidar es que nadie te da vela en este entierro. Se trata de cosas muy serias.

—Más valiera que vos os hubiérais acordado del afecto con que siempre habeis sido recibido en esta casa antes de hacer traición á los Kerandal. ¡Cuántas desgracias vais á ocasionar!

—Señor escribano, tomad la pluma, dijo el procurador dirigiéndose á Aristides Cesaire.

Todos los esfuerzos de los señores Buxieres y Aubertin fueron inútiles para arrancar una sola palabra á María Ana.

—Escribid, señor Cesaire, dijo el procurador. «No hemos podido hacer declarar á la señora María Ana Kerandal, cuya locura parece indudable.

—Ya me lo presumía yo, repuso Catalina.

—¡Silencio!

—Es una crueldad venir á atormentar á una mujer que se halla en ese estado.

—¿Quereis callaros?

—Estoy en mi casa, exclamó Catalina, y tengo derecho para decir en ella todo lo que se me antoje.

—Yo haré que calleis, dijo el juez de instrucción. Gendarmes...

Michaud dió un pase hácia adelante.

—Llevaos á esa mujer.

—¿Á dónde? exclamó Catalina.

—Al patio.

—Obedezco al señor juez, observó Catalina.

Quando Michaud fué á cogerla del brazo, Catalina estaba ya á mitad de la escalera.

Michaud no había apartado los ojos de Santa, que presenciaba aquella escena, impasible.

Interiormente sufría todos los tormentos del infierno

—¿No deberíamos interrogar á esta señorita en vista de que su madre se niega á contestarnos? preguntó de repente el juez de instrucción.

—No lo sé, contestó el procurador.

—¿Quién habitaba el castillo de Penhoet en el mes de Octubre del último año de la guerra? preguntó el señor Auvertin á Santa.

Catalina, que al ver que nadie la seguía había vuelto á la habitación de María Ana, se apresuró á contestar:

—Le habitaban Pedro Kerandal, el amo de la casa y su hijo Ibo.

—¿Ibo Kerandal?

—¿Cómo queréis que se llame? No es ningún bastardo.

—¿Y sus demás hijos? ¿Dónde estaban?

—En el ejército.

—¿Volvieron?

—¿Pues no habían de volver? Volvieron cuando terminó la guerra, como todo el mundo.

—¿Dónde está en este momento Ibo Kerandal? preguntó el juez.

—No lo sé. Supongo que estará en el molino.

El juez de instrucción interrogó con una mirada al señor Buxieres.

—¿Creeis que debemos hacerle venir? Si se resiste, se dará una orden de prisión contra él.

—¡De prisión! exclamó Catalina. ¡Prender á Ibo, al hombre más honrado del mundo! ¡No hareis, no podeis hacer semejante cosa, señor procurador! ¿Qué será de esta casa, privada de Ibo? Nunca ha hecho daño á nadie. Pedid informes de él á todo el país, y os dirán lo mismo que yo.

—Ved que estais hablando con la justicia, le contestó el señor Buxieres. Solo la buena intención puede disculparos.

Catalina, no obstante esta amonestación del procurador, continuó con vehemencia.

—¿Y sabeis quién tiene la culpa de todo esto? Ese bribón de Lesguidou. ¡Llevar á la cárcel á Ibo! Por la misma razón pudieran sentenciar á muerte al señor rector y al señor obispo, que son dos santos en la tierra.

—Gendarme, volvió á decir el señor Auvertin, llevaos á esa mujer.

Tampoco aquella vez pudo Michaud poner la mano encima á Catalina.

—¡Cómo defiende á su amo! exclamó el señor de Buxieres. Debe ser una excelente muchacha.

Catalina bajó las escaleras gritando:

—¡Prender á Ibo! ¡Qué injusticia!

Los hombres de ley abandonaron por fin á Penhoet.

Catalina echó el cerrojo á la puerta.

Santa se arrodilló á los piés de una imagen de Santa Ana que había en la habitación de su madre.

Los gendarmes siguieron al carruaje en que tomaron asiento de nuevo los señores Buxieres, Aubertin y Aristides.

—A Santa Gilda, dijo al cochero el señor procurador.

Y luego, volviéndose hacia el juez de instrucción, añadió:

—Mi querido señor Aubertin, todo son oscuridades y misterios en este asunto.

Cuando el carruaje llegó á la entrada de las lan-

das, el señor de Buxieres hizo una señal á Michaud.

Michaud no había confiado á nadie su secreto.

Se reservaba el honor de que la justicia le debiera el conocimiento de su fatal hallazgo.

Juan seguramente no hablaría.

—Michaud, le dijo el señor de Buxieres, ¿no han vuelto vuestros hombres?

—No, señor procurador.

—No habrán encontrado á Juan.

—No pueden tardar.

—Esperemos, repuso el procurador echando pié á tierra.

En aquel momento, un caballo que iba á galope cruzó entre el camino de las landas y el carruaje que conducía al procurador y sus auxiliares.

Una mujer, vestida de amazona, lo montaba.

Era la señorita de Fonterose.

El señor de Buxieres, al verla, se descubrió galantemente.

—He tenido el honor de seros presentado en casa de mi amigo el señor de Ferolles, dijo á Nicolasa.

—Lo recuerdo perfectamente, señor procurador, le contestó Nicolasa.

—Perdonad que hayamos invadido vuestros dominios sin vuestro permiso. Una orden del procurador general nos ha obligado á ello.

—¡Triste necesidad! exclamó Nicolasa. Pues confío en que vuestra visita os convencerá del poco crédito

que debe darse á las palabras de una pobre loca.

Y, con un movimiento, indicó al señor de Buxieres su deseo de hablarle á solas un momento.

El señor de Buxieres se separó de sus compañeros.

—Además de ser un hombre de ley, sois un hombre galante, señor de Buxieres, le dijo Nicolasa. ¿Puedo habláros con el corazón en la mano?

—Hablad, señorita.

—Los Kerandal, si bien lejanos, son parientes nuestros, y yo no reniego de los míos. Ignoro lo que hay de verdad en el crimen que se persigue. Pero de todas maneras el hombre que lo ha perpetrado no existe. ¿Qué perdería la justicia en echar tierra sobre este asunto que ya ha fallado Dios? Para tranquilizar vuestra conciencia, os doy mi palabra de que la hija de la víctima será espléndidamente indemnizada. He aquí lo que tenía que deciros, señor procurador. Ahora haced lo que os aconseje vuestra razón.

El señor de Buxieres no contestó, pero la expresión de su rostro demostró que tendría en cuenta las palabras de la señorita de Fonterose, á quien saludó respetuosamente.

—Nicolasa saludó á Aubertin y á Aristides, y siguió su camino.

—¡Cuando las mujeres se mezclan en los asuntos de la justicia!... murmuró sentenciosamente Aristides.

—Las mujeres y los millones, añadió el señor de Aubertin.

Aristides hizo un gesto de desprecio.

XIX.

La última entrevista

Nicolasa se creía feliz.

Había recobrado su libertad.

No pesaba ya sobre ella la amenaza de un matrimonio que únicamente había aceptado para no contrariar á su madre.

Antes de salir del castillo, había escrito esta carta á su amiga Berta Richard:

«Mi querida Berta:

»Estoy tranquila. Tu marido me ha salvado. Todo »ha concluido. No me caso. No quiero casarme. Gracias á vuestra amistad, conservaré mi independencia.

»Y para que comprendas hasta qué punto me »creo feliz, te diré que mi madre aprueba mi resolución. Ayer me dió el primer beso verdaderamente »maternal. Es mejor de lo que yo creía. El mármol se »ha animado.

»Da un abrazo de mi parte á tu marido y ciento »á tu hijo.

»Mas despacio te contaré todo lo que ha sucedido.

»El barómetro, que anunciaba tempestad, anunciaba hoy buen tiempo. Adios. Te ama con todo su »corazón

»NICOLASA.»

Roger de Ambares se encerró en su cuarto después de haber recibido de las manos aristocráticas de la marquesa la carta de su hija.

Máximo y la vizcondesa, los Fontrailles, padre, madre é hija, el general y la institutriz, se paseaban por el jardín, atentos cada uno á su negocio.

El capitán Estrelles parecía hondamente preocupado.

Binic barría las hojas de los árboles arrancadas por el viento de la noche.

De repente dos gendarmes aparecieron á la puerta del castillo.

Iban á buscar á Juan, aunque inútilmente.

Juan no estaba en el castillo.

La presencia de los gendarmes excitó la curiosidad general.

Todos comprendieron que se trataba del asunto Kerandal.

Greluche y Pecherolles tuvieron que volverse solos.

Sus demás compañeros los esperaban en la orilla de los estanques.

Michaud, vencido una vez más por el amor de Santa, no se había decidido á revelar su secreto.

Cuando llegaron Greluche y Pecherolles, el juez de instrucción consultó su reloj.

—Ya es la una, dijo.

—Y los días son cortos, señor Aubertin, observó el procurador.

Pecherolles consoló á los dos magistrados diciéndoles que todos los guardas del castillo buscaban á Juan de orden de la señora marquesa.

Pero Juan no debía volver tan pronto

Un acontecimiento más terrible iba hacer olvidar la muerte de Noel Trehan.

He aquí lo que había pasado:

Desde la escena de la posada de Elven, Juan era víctima de una desesperación profunda.

Y su desesperación era tanto más cruel, cuanto que no podía confiársela á nadie.

La locura de María Ana había roto los lazos que le unían á la vida.

Y él, que por el amor de María Ana se había reconciliado con el mundo, privado de él, volvió á odiar á todos sus semejantes.

Testigo de los esfuerzos sobrehumanos hechos por su joven ama para salvar á sus parientes del oprobio de una causa criminal y del valor que había desplegado para defenderlos, recordó que, al hablarse de su matrimonio, se había avivado el odio de los Kerandal contra ella, profiriendo Jacobo y Corentin terribles amenazas.

En la mirada de Jacobo había adivinado algun proyecto siniestro.

Al entregar la noche antes á Corentin la carta de la señorita de Fonterose, Jacobo, al aparecer indiferente, había mirado de una manera singular á su hermano, frunciendo las cejas.

Juan sorprendió aquella mirada, y aunque no acertó á explicársela, presintió algo terrible.

Cuando al día siguiente la señorita de Fonterose atravesaba el bosque, Juan corrió tras ella como un loco, decidido á morir por ella si la amenazaba algun peligro.

Gracias á la casualidad de encontrar Nicolasa en su camino á la justicia, logró alcanzarla.

Sabía dónde iba y se apostó en el camino, procurando no ser visto.

Corentin la esperaba en la Piedra de las Hadas.

A Juan le asaltó esta sospecha.

¿Amaría la señorita de Fonterose á Corentin?

¿Era esto posible?

Reflexionó un momento, y al pasar por delante de él Nicolasa, no se atrevió á seguirla.

Corentin, desde algun tiempo á aquella parte, parecía transformado.

¿Tenía Juan derecho para seguir y expiar á su señorita?

¡Y si trataban de tenderla un lazo!

De repente se oyó á lo lejos el disparo de un arma de fuego.

Juan creyó oír más: creyó oír un grito.

¿Sería una ilusión?

No pudiendo contenerse, echó á correr por entre las matas y los árboles del bosque hácia la Piedra de las Hadas.

Jacobo, por su parte, había tomado sus disposiciones con la sangre fría que le caracterizaba.

Toda la noche se la pasó meditando sobre la situación creada para los Kerandal por las revelaciones de su madre.

Por otra parte, el capitán le había acusado de la muerte del marqués de Fonterose.

No se trataba, pues, de un crimen, sino de dos.

Estaban perdidos.

Jacobo no temía ser condenado, temía la deshonra de su familia.

Penhoet iba á ser tenido por toda Bretaña por una cueva de bandidos.

Pero dando un paso más, la fortuna de los Fonteroses pasaría á su familia.

El iba á sacrificarse, pero si hacía la felicidad de los suyos, ¿qué le importaba?

Después de matar se suicidaría.

Pero, más que nada, influía en su ánimo la idea de que Nicolasa iba á casarse.

Al recibir la carta de la señorita de Fonterose, Co-rentin se había puesto pálido, contestando con evasivas á las preguntas de su hermano.

Jacobo se decidió á obrar por sí mismo.

Asistiría á la cita que Nicolasa daba á Co-rentin.

Porque sin leer la carta comprendió que se trataba de una cita de Nicolasa, para dar el último adiós á Co-rentin.

Si, por el contrario, en vez de tratar de una despedida se trataba de una cita de amor, Jacobo, por hacer feliz á su hermano, volvería el arma homicida contra su pecho, suicidándose.

Todo dependía de lo que viera y oyera.

Procedió con la misma abnegación que Juan, aunque en sentido contrario.

Juan seguía como un perro á su ama para defenderla.

Jacobo seguía como una pantera á su hermano para expiarle y conocer el objeto de su cita.

Su misión era más árdua que la del guarda.

Co-rentin era tan sagaz como Jacobo, y por consiguiente, era difícil sorprenderle.

Jacobo no lo ignoraba.

De aquí las precauciones que tomó para no ser sorprendido.

Cuando comprendió, por la dirección que tomaba, que Co-rentin iba á la Piedra de las Hadas, tomó á todo correr el camino opuesto para llegar al mismo tiempo que él, y una vez en el lugar de la cita, se ocultó en lo más espeso de los matorrales que servían de cerco á la famosa Piedra.

Corentin llegó pocos momentos despues, y sentándose al pie de un arbol, se puso á leer la carta de Nicolasa.

Jacobo vió con asombro que se la llevaba á los labios y la besaba.

—¡Cuánto la ama! murmuró con rabia.

La señorita de Fonterose no tardó en llegar.

La alegría que brillaba en sus ojos aumentaba su hermosura.

Se apeó, y después de atar su caballo al tronco de un arbol, se dirigió hacia Corentin que se puso de pié, quitándose el sombrero.

—Me habeis dicho que viniera, dijo con voz lenta y grave, y he venido. ¿Qué teneis que decirme?

Nicolasa se sonrió.

—Muchas cosas, le contestó.

—Una de ellas vuestro matrimonio...

—Os suplico, amigo mío, que no adopteis esa actitud dramática. La vida no es una novela. Estamos en un bosque del Morbidan y no en el teatro. Y si me casase, ¿qué diríais?

Corentin bajó la cabeza.

—Me desesperaría como ya lo estoy, murmuró.

—¿Por qué?

—¡Y vos me lo preguntais!

—Sin duda. ¿A qué viene esa desesperación? Aunque yo me casara, que es posible, no me la explicaría. Somos parientes y nos queremos, ¿no es verdad?

—Suceda lo que suceda, os amaré siempre.

Una nube de tristeza pasó por la frente de Nicolasa.

—Al llegar aquí me sentía dichosa. No me hagais sufrir hablándome de cosas que es preciso olvidar. El pasado no nos pertenece, olvidémosle. El porvenir, en cambio, es nuestro. Volvamos hacia él nuestros ojos.

Hubo un momento de silencio.

Nicolasa prosiguió:

—Voy á deciros lo que he hecho, amigo mío. Desde nuestra última conferencia he meditado mucho, resolviendo reparar las faltas de mi familia, cuya representación legal tengo ya. Sabed por de pronto, que todas las indagaciones de la justicia para hallar el cadaver de Noel Trelan, serán inútiles. Tengo motivos serios para suponerlo. Además, cuento con la complicidad de Juana. Os defenderá enérgicamente. Y defendiéndooos ella, ¿quién podrá condenaros? Yo la restituiré la fortuna que ha perdido. Ahora hablemos de nosotros. Yo no soy responsable de las injusticias de mi familia, pero tambien quiero repararlas.

Y sacando un papel del bolsillo, se lo dió á Corentin, añadiendo:

—Aceptad este recuerdo de vuestra prima Nicolasa. Quiero que recobreis la posición que os corresponde en el mundo.

Corentin leyó el papel.

Era el bono de quinientos mil francos firmado por Nicolasa y aprobado por su madre.

Con un movimiento rápido, Corentin rompió el papel y arrojó lejos de sí los pedazos.

—¡Dínerol murmuró. No os he pedido limosna. Nicolasa palideció.

—¿Qué queréis, pues? exclamó.

—Nada, contestó Corentin con voz sorda.

—No os comprendo, Corentin.

—¿Sabeis lo que quería? Quería vivir eternamente á vuestros pies. Quería tener el derecho de veros á todas horas, de aspirar el perfume de vuestros cabellos, de besar la tierra que pisáis. ¡Pero ya sabia yo que aspiraba á un imposible! Les condenados no pueden aspirar á las inefables dulzuras del cielo. Os lo confieso, puesto que habeis conseguido arrancar este secreto del fondo de mi alma: sois el sueño de toda mi vida. No he vivido, no vivo más que para vos. Perdonadme esta blasfemia, no quiero en el mundo á nadie más que á vos. Sin vos, la vida para mí es una carga insoportable. Guardad vuestros beneficios para mi familia. Yo no necesitaré nada dentro de breves días. En el momento en que sepa que perteneceis á otro hombre, me levantaré la tapa de los sesos. ¡Adios, Nicolasa, adios!

Nicolasa oyó con íntima satisfaccion estas palabras que respondian tan elocuentemente á los sentimientos de su alma.

Y acercándose á Corentin, le dijo:

—¿Mi matrimonio os causa horror?

—¡Sí! exclamó Corentin.

Y para poner á prueba el amor de Corentin, se dirigió hácia el árbol donde había atado su caballo.

—Adios, Corentin, dijo, desatándole y disponiéndose á montar.

Corentin se volvió tapándose la cara con las manos para que Nicolasa no le viera llorar.

En el mismo momento sonó un tiro y Nicolasa cayó entre los pies de su caballo, lanzando un grito.

El grito que había oído Juan,

—¡Corentin, socorro! balbuceó Nicolasa.

Jacobo apareció entre los juncos apoyado en el cañón de su escopeta.

—¡Desgraciadol murmuró Nicolasa al verle.

Corentin, loco de dolor, la cogió entre sus brazos.

—¡Nicolasa! exclamó. Vuelve en tí. No puedes estar herida. No podemos haberte asesinado. Seríamos unos monstruos.

La rompió con mano convulsa el cuerpo del vestido y sus manos se ensangrentaron.

A la vista de la sangre lanzó un rugido de desesperación.

—¡Sí, sí! exclamó. ¡Somos unos monstruos! ¡Estamos malditos por el cielo!

Nicolasa se llevó la mano al pecho.

Se ahogaba.

—¡Aquí! ¡Aquí! Cuánto sufro, murmuró. ¿Por qué me ha herido? Es el destino. Dile que le perdono. Yo te amaba. ¡Qué feliz me habían hecho tus palabras! Había roto el matrimonio que aborrecía tanto como tú. Hubiera esperado, porque el tiempo todo lo borra, y hubiera sido tuya.

—¡No morirás! ¡No quiero que mueras! Y estar solos... aquí... en medio de este desierto...

—No hay salvación para mí... La muerte ha tocado mi frente... ¡Madre mía!... ¡Adiós, Corentin!

Dejó caer la cabeza en el brazo de Corentin y cerró los ojos.

Todo había acabado.

Corentin dejó el cadáver en el suelo y se dirigió hacia Jacobo ciego de rabia.

—¡Ahora acaba tu obra, miserable! exclamó. Mátame también!

—Te lo había prevenido, le contestó friamente Jacobo.

—¿Cuándo!

—Cuando te dije: «Si otro hombre que mi hermano amara á la misma mujer que yo, le mataría. Si los dos amásemos á la misma mujer sería á ella á quien matase.»

—De manera...

Corentin lo comprendió todo, y no se atrevió á proseguir.

—Sin embargo, añadió Jacobo, quiero ser sincero

contigo. Si hubiera sabido que te amaba, me habría suicidado ¿No iba á casarse con otro?

—¡Ah! murmuró Corentin aterrado por aquella implacable lógica. Ha sido el destino.

—Ahora, dijo Jacobo armando su fusil, todas estas historias de crímenes van á terminar. Desapareciendo yo, quedareis todos tranquilos, y dentro de diez años tendreis bastante dinero para comprar el silencio de toda Bretaña. Mira.

Corentin se lanzó sobre su hermano con la velocidad del rayo.

—Escúchame, Jacobo, escúchame. Tú puedes vivir. Yo soy quien aborrece la vida. Déjame morir en tu lugar. De todas maneras no veré el sol de mañana. Estamos perdidos. En la muerte de Nicolasa todo el mundo verá un medio para apoderarnos de su fortuna. Los Kerandal no deben sobrevivir á su deshonra.

—Tienes razón. Santa también está deshonrada.

—¿Qué dices?

—La verdad. Anoche quiso arrojar al río.

En dos palabras contó á Corentin la desgracia de Santa.

—Nuestra madre está loca. Ibo va á ser acusado como cómplice del asesinato de Noel Trelan. Esto no puede ser. Sigüeme.

—¿Qué piensas hacer?

—Ven y lo sabrás. Ven.

—¡Dejarla ahí! ¡Abandonada! No.

Junto al cadáver de Nicolasa se había echado su caballo para defenderla.

Corentin se arrodilló al otro lado y puso la mano sobre su corazón.

No latía ya.

De improviso apareció en escena un nuevo personaje.

Juan, el guarda.

Al ver el cadáver de su ama, lanzó un grito.

—¡He llegado tarde! exclamó. ¡La han asesinado! Pero, ¿sois hombres ó fieras? ¡Y ella que sólo pensaba en hacer vuestra felicidad! ¡Bandidos!... ¡Miserables!

Y cayó á los piés del cadáver, cuyas facciones reflejaban el reposo de una vida mejor.

Jacobo vacilaba.

El instinto de la conservación detenía su mano.

Buscó un medio y lo halló.

Pero necesitaba deshacerse de aquel testigo importuno

Se echó el fusil á la cara en el momento en que Juan se volvía hácia él.

—Mátame á mí también, salvaje, exclamó Juan. Un crimen más ó menos, ¿qué significa para tí? Con vuestras violencias habeis hecho que pierda el juicio vuestra madre. Habeis asesinado á vuestro pariente el marqués. Habeis asesinado á su hija. ¡Ojalá que la bala que ha puesto fin á su vida se hubiera estre-

lado en mi pecho! ¡Cuánto te lo hubiera agradecido! ¡Fiera!

Corentin se interpuso entre Jacobo y Juan.

—¡Basta de crímenes! dijo. Vuelve al castillo, Juan. Dí á tu ama que encomiende á Dios el ángel que ha perdido. Dí que los Kerandal son los que la han asesinado. Cumple con tu deber.

—¡Quieres que os entregue á la deshonra, al cadalso! ¡Desgraciado!

—No, le contestó Corentin con amargura. Los Kerandal no han nacido para el verdugo.

—La justicia está á dos pasos de aquí. El procurador de Vannes y los gendarmes buscan las huellas de vuestras víctimas. Nicolasa, para salvaros, hizo extraer del estanque el cadáver de Noel Trelan, sepultándole en lugar seguro. Huid. Estais perdidos.

—Gracias, dijo Corentin. Danos el plazo de una hora y yo te juro que no habrá jueces ni tribunales para nosotros.

—Sea. Teneis una hora de plazo.

—Adios, Juan, y gracias. Si ves á Cláudio, dile que nos perdone. Aconséjale que no vuelva á Penhoet, porque no encontrará una casa, sinó una tumba.

Jacobo se sonrió.

Los dos hermanos tenían el mismo pensamiento.

Juan se alejó lentamente.

Sus ojos estaban secos.

Se creía víctima de una pesadilla.

Dentro de una hora, había dicho á Corentin y Jacobo.

Maquinalmente se llevó la mano al relój, que le había regalado la señorita de Fonterose un día de su santo.

El horario señalaba las dos.

Cuando Corentin comprendió que Juan no podía oírlos, dijo á su hermano:

—Tienes razon. Te he comprendido. No hay esperanza. Los Kerandal no pueden morir como asesinos vulgares. Vé á Penhoet, cierra las puertas. Haz que se vaya Ibo. El será feliz y rico, mas tarde. Cláudio tampoco debe volver á la casa de sus padres. La fortuna de los Kerandal tambien será suya. Si Santa quiere morir, que se quede con nosotros, si no, que siga á Ibo. Dila que el oro borra la deshonra. Además, ella no es culpable. Dentro de algunos años la harán la corte las principales familias de Bretaña. ¿Es esto lo que tú quieres?

—Sí.

—Vé, corre, nuestros momentos están contados.

—Aún es tiempo, repuso Jacobo. Deja que me mate.

—No. yo tampoco quiero vivir. Juntos hemos formado nuestros horribles proyectos. Juntos debemos expiarlos.

E hizo un movimiento brusco como para alejar de sí una imagen terrible.

Luego añadió:

—Basta de palabras. Vengamos ya á los hechos. Hemos vivido juntos; muramos juntos.

—¿Qué piensas hacer del cadáver de esa desventurada?

—Vete. No tardarás en saberlo. Cada minuto que perdamos es una probabilidad menos de salvacion. Ciérralo todo, prepara las armas y los cartuchos. Si alguien intenta detenerte en el camino, mátales. Estamos en guerra con la justicia, con los hombres, con el mundo entero.

Un momento despues desaparecía Jacobo.

Cuando le perdió de vista Corentin, se arrodilló al lado del cadáver de Nicolas, y le dió un beso en la frente.

No podemos precisar el tiempo que permaneció contemplándole, con el corazón oprimido y los ojos llenos de lágrimas.

Los pasos de una persona que se acercaba le sacaron por fin de su éxtasis.

Era un guarda del castillo que se dirigía hacia la Piedra de las Hadas, seguido de su perro.

Corentin cogió en brazos el cadáver, y saltando sobre el caballo con su preciosa carga, tomó al galope el camino de Penhoet.

Cahussac declaró al día siguiente que le había visto pasar por delante de él como una exhalacion.

Al llegar á la vista del castillo se apeó y dió un latigazo al caballo para que continuara su camino.

La presencia del caballo en el parque, fué el primer anuncio que tuvo la marquesa de que á su hija la había sucedido una desgracia.

Ibo había sido prevenido por Jacobo de lo que ocurría.

Recibió aquél último golpe sin palidecer.

Cuando Catalina le dijo que la casa estaba rodeada de gendarmes, exclamó:

—¡Antes la muertel

Santa se negó á abandonar á Penhoet.

—No quiero sobrevivir á los míos, dijo con entereza.

María Ana dormía tranquilamente en su lecho.

Cláudio acababa de partir para Elven después de haberla dado un calmante.

José, el mozo de cuadra, había oído voces confusas, pero no sabía de lo que se trataba.

Jacobo, sereno como un soldado la víspera de la batalla, preparaba las escopetas y las municiones para sostener un sitio en regla.

Dos horas después llegó Corentin.

Ya era de noche.

XX.

En fragante delito

Juan cumplió su palabra.

Al penetrar en el parque exclamó:

—La señorita ha muerto.

La marquesa estaba asomada á la ventana de sus habitaciones.

Por primera vez latió su corazón bajo la influencia de un sentimiento humano.

La madre venció á la mujer mística.

Lanzó un grito y se desmayó.

El general parecía víctima de la mayor desesperación.

Binic lloraba como un niño.

Sólo Roger estaba tranquilo.

La muerte de la señorita de Fonterose le evitaba la vergüenza del rompimiento de su proyectado enlace.

El orgullo humano tiene crueldades terribles.

Cuando recibió la carta de Nicolasa por conducto de la marquesa, comprendió que todo había acabado.

La generosidad de su prometida fué una nueva humillación para él.

Entonces se acordó de Juana Trelan.

—¡Vétel le había dicho.

Al llegar á la vista del castillo se apeó y dió un latigazo al caballo para que continuara su camino.

La presencia del caballo en el parque, fué el primer anuncio que tuvo la marquesa de que á su hija la había sucedido una desgracia.

Ibo había sido prevenido por Jacobo de lo que ocurría.

Recibió aquél último golpe sin palidecer.

Cuando Catalina le dijo que la casa estaba rodeada de gendarmes, exclamó:

—¡Antes la muertel

Santa se negó á abandonar á Penhoet.

—No quiero sobrevivir á los míos, dijo con entereza.

María Ana dormía tranquilamente en su lecho.

Cláudio acababa de partir para Elven después de haberla dado un calmante.

José, el mozo de cuadra, había oído voces confusas, pero no sabía de lo que se trataba.

Jacobo, sereno como un soldado la víspera de la batalla, preparaba las escopetas y las municiones para sostener un sitio en regla.

Dos horas después llegó Corentin.

Ya era de noche.

XX.

En fragante delito

Juan cumplió su palabra.

Al penetrar en el parque exclamó:

—La señorita ha muerto.

La marquesa estaba asomada á la ventana de sus habitaciones.

Por primera vez latió su corazón bajo la influencia de un sentimiento humano.

La madre venció á la mujer mística.

Lanzó un grito y se desmayó.

El general parecía víctima de la mayor desesperación.

Binic lloraba como un niño.

Sólo Roger estaba tranquilo.

La muerte de la señorita de Fonterose le evitaba la vergüenza del rompimiento de su proyectado enlace.

El orgullo humano tiene crueldades terribles.

Cuando recibió la carta de Nicolasa por conducto de la marquesa, comprendió que todo había acabado.

La generosidad de su prometida fué una nueva humillación para él.

Entonces se acordó de Juana Trelan.

—¡Vétel le había dicho.

La conocía demasiado para tener la evidencia de que su separación era irrevocable.

Estaba perdido.

Por otra parte, entre Juana y él estaba Cláudio.

Pero Cláudio pertenecía á una familia de bandidos y Juana acabaría por rechazarle.

Las circunstancias podrían cambiar.

¡Quién sabía! Tal vez reconquistase el corazón de Juana.

El general y Roger fueron los únicos hombres que se quedaron en el Castillo.

Todos los demás partieron con dirección á la Piedra de las Hadas.

En el camino encontraron al señor de Buxieres con sus auxiliares y su escolta de gendarmes.

Brevemente le enteraron del nuevo crimen cometido.

El respetable señor Auvertin estuvo á punto de caer desvanecido en los brazos de su colega Aristides.

Tan grande fué la impresión que le causó la noticia de la muerte de la señorita de Fonterose.

Michaud, Greluche y Pecherolles, recibieron orden de acompañar á Binic hasta el lugar de la catástrofe.

Allí les esperaba una nueva sorpresa.

El cadáver de Nicolasa no estaba en la Piedra de las Hadas.

Sólo vieron un surco de sangre en el sitio en que había caído herida de muerte la desventurada joven.

Los gendarmes y Binic se preguntaron qué debían hacer.

Todos habían desaparecido: los asesinos y la víctima.

A treinta pasos del sitio en que se veían las manchas de sangre, estaba la silla del caballo.

Evidentemente los Kerandal se habían llevado su presa.

Pero, ¿adónde?

Cuando los magistrados y los huéspedes del castillo se reunieron con los tres gendarmes y con Binic, se preguntaron unos á otros: ¿dónde habrán ocultado los asesinos á su víctima? Pero su contestación no fué más explícita que la de Binic y los tres gendarmes.

La tarde empezaba á declinar.

Los magistrados dieron orden de prender á los tres hermanos Kerandal, Ibo, Jacobo y Corentin.

—¿No son más? preguntó el procurador.

Juan, el guarda, nombró á Cláudio, pero garantizó su inocencia.

Efectivamente, Cláudio ignoraba hasta el proyecto de aquel execrable atentado.

Estaba en Elven á la cabecera del lecho de su prima Juana Trelan, á quien se creía agonizando.

Pero el señor Auvertin mandó prender á Cláudio y á todas las personas que se hallasen en la posada de *El Condestable*.

Era tarde, y los magistrados resolvieron retirarse

dejando el cuidado de cumplimentar sus órdenes á la brigada de Michaud.

Greluche y Pecherolles, en cumplimiento de su deber, se dirigieron á Penhoet á casa de los Kerandal.

Llamaron.

Ibo se dirigió con paso tranquilo hácia la puerta con un farol en la mano.

La puerta estaba cerrada y sólidamente atrancada. Por el ojo de la cerradura vió á los gendarmes.

Eran cinco.

—¿Qué queréis? preguntó.

—Abrid.

—Es muy tarde.

—Venimos en nombre del señor procurador á prenderos, le contestó Greluche.

—¡A prendernos!

—Primeramente á Ibo Kerandal.

—Ibo Kerandal soy yo.

—Es un hombre honrado y se entregará sin resistencia, pensó Greluche.

Pero Ibo no tardó en desengañarle.

—Yo sólo abro la puerta de mi casa á quien quiero, dijo Ibo. Yo no he faltado á la ley, y nadie puede echarme en cara la menor falta.

—Eso ya se lo direis al señor procurador, le contestó Pecherolles.

—No sufriré la afrenta de que me lleven á la carcel como si fuera un criminal.

—¿Os negais á obedecer?

—Pienso conservar mi libertad. Si los magistrados necesitan interrogarme, que vengan á mi casa. Aquí les contestaré.

Pecherolles fué á consultar á Michaud.

Michaud, por mucho trabajo que le costase, tenía que cumplimentar las órdenes del señor procurador, y mandó á Pecherolles que á toda costa se apoderara de los Kerandal.

Pecherolles volvió á su puesto.

—¿Abris ó no? preguntó á Ibo.

—No, le contestó Ibo.

—¿Os revelais contra las órdenes de la justicia?

—No, hago un acto de justicia oponiéndome á un atropello que se quiere cometer en nombre de la ley.

—¿Y vuestros hermanos, Jacobo y Corentin?

—Piensan como yo, y harán lo que yo.

—Han asesinado á la señorita de Fonterose.

—No sé lo que han hecho.

—¿Dónde están?

—No tengo obligación de saberlo.

Greluche empezaba á montar en cólera. Pero antes de tomar una resolución enérgica, volvió á pedir Consejo y auxilio á su superior.

Siete gendarmes no bastaban para prender á un Kerandal.

Michaud creyó que había llegado el momento de tomar parte activa en aquel asunto.

—Ibo, dijo avanzando hacia la puerta, vuestra resistencia es insensata, porque supongo que no tendreis la pretensión de hacer frente á todas las fuerzas del departamento. Tengo orden de prenderos, así como á vuestros hermanos, y es preciso cumplirla.

—Yo no obedeceré una orden injusta. A nadie he hecho el menor mal en toda mi vida.

—Se os devolverá la libertad.

—No pasaré el dintel de la cárcel.

Michaud se enjugó la frente con el pañuelo.

Aunque hacia frío, estaba sudando.

—Vamos á echar abajo la puerta, dijo.

—Intentadlo si os atreveis.

—¿No abres?

—No.

—Terco eres.

—Soy breton.

La ventana que había sobre la puerta se abrió en aquel momento.

Jacobo y Corentin sacaron por ella al mismo tiempo la cabeza y la boca de sus escopetas.

—Largaos de aquí, dijo Corentin á los gendarmes.

Michaud reunió sus hombres.

—Nos vamos, dijo, pero volveremos.

—¡Michaud!

—¿Qué quieres?

—Voy á darte un consejo de amigo, le dijo Jacobo. No te pongas al alcance de mi escopeta. Esta tarde te

he perdonado la vida, pero no volveré á hacerlo. Te lo prevengo. Si vuelves, te diré una palabra al oído.

—Bien.

—¿Me entiendes? Buenas noches.

—Y lo hará como lo dice, pensó Greluche.

Cahusac, que había oído este diálogo, se acercó á Michaud.

—Vé lo que haces, Michaud, porque un Kerandal no falta nunca á su palabra.

—Esperemos á que amanezca, dijo Michaud.

Y volviéndose hacia sus compañeros, les dió la orden de retirarse.

Los planes de Lesguidou habían tenido el éxito que se proponía; pero, ¡á cuánta costa!

La resolución tomada por los tres hermanos de hacerse fuertes en su casa, no podía tener más que un objeto: morir.

Michaud estaba pesaroso de no haber prevenido á sus antiguos amigos de lo que se tramaba contra ellos.

Pero el mal estaba hecho.

Ahora su deber le obligaba á dar cuenta al señor procurador de lo que ocurría.

Después de dejar acuartelados á sus subalternos, tomó el camino de la ciudad, seguido de su fiel Greluche.

—Señor Michaud, dijo Greluche á su jefe despues de un largo momento de silencio, seguramente no esperábais que las cosas fuesen tan lejos.

—No.

—Yo sí, dicho sea con el debido respeto. Yo nunca creí que los Kerandal se dejaran poner la mano encima por un gendarme. Los Kerandal no tienen miedo á la justicia ni á los hombres. Y si tratan de hacerse fuertes en Penhoet, va á costar mucha sangre hacerles entrar en razón.

—Es posible.

—Puede que lo consulten con la almohada y cambien de parecer.

Michaud de pronto exclamó:

—Sólo me extraña una cosa.

—¿Cuál, señor Michaud?

—La actitud de Ibo.

—A mí, no. Los hermanos Kerandal están tan unidos como los dedos de la mano. Lo que haga uno, lo harán los demás.

A las ocho y media llegaron á Elven Michaud y Greluche.

La posada de *El Condestable* estaba llena de bebedores.

El objeto de todas las conversaciones era la muerte de la señorita de Fonterose.

Hacia muchos años que no se había cometido en todo el país un crimen de aquella naturaleza.

La señora Jacut no sabía cómo defender á sus amigos.

—Las dos familias se detestaban hacia mas de un siglo, decía uno.

—El marqués despreciaba á los Kerandal altamente, replicaba otro.

—¿Y qué me dices de la marquesa? Tenía á menos reconocerlos por parientes.

—Y sin embargo, lo son.

—Lo mismo que Noel, que tuvo que emigrar para no morir de hambre.

—Buena fortuna hay vacante

—¿A quién irá á parar el castillo de Santa Gilda?

—El castillo de Santa Gilda y la mitad del país que pertenecía á la señorita de Fonterose.

—Si existiera algun Trelan, heredaría parte de esos bienes.

La señora Jacut prestó atención.

Su huésped era Trelan, y por consiguiente tendría su parte de herencia.

Cláudio, que estaba á su lado, no sabía nada de lo que pasaba.

La señora Jacut temía que Cláudio perdiera la cabeza al conocer el nuevo crimen de su hermano.

El ruido de las conversaciones cesó como por encanto al saber que llegaban los gendarmes.

Se hubiera podido oír volar una mosca.

—Cerveza, dijo Michaud sentándose en una mesa.

—¿Venís solo?

—No.

—¿Dónde vais?

—A Vannes.

La señora Jacut, si la hubiera sido posible, habría confundido con una mirada á Michaud.

—¿Es verdad lo que se cuenta, señor Michaud? le preguntó.

—Es verdad.

—La señorita de Fonterese...

—Ha muerto.

—¡Ah!

—Ha sido asesinada. ¡Pobre joven!

—¿Por quién?

—¿Por quién ha de ser? Por los demonios de Penhoet. Por Jacobo ó por Corentin.

—¿O por los dos?

—Lo mismo dá. Yo no estaba allí. Quien lo ha visto todo ha sido Juan.

—¡Juan!

—Sí.

—¿Y los ha denunciado él?

—Sí por cierto.

—¿Y después?

—Después... después ha desaparecido el cadáver.

—¿Dónde pueden haberle escondido...?

—Si yo lo supiera, no necesitaría preguntarlo.

Probablemente le habrán llevado á Penhoet.

—¿Para qué?

—Ellos lo sabrán. Yo no soy brujo para adivinar las cosas.

—Trás ese crimen, señor Michaud, debe haber

una historia de amor. No hay quien me lo quite de la cabeza.

—Buen amor el amor que asesina.

—Los celos son malos consejeros. Es cosa sabida.

¿Y qué harán con Jacobo y Corentin?

—Primeramente, enjaularlos.

—¿Cuándo?

—De eso venimos.

—¿Dónde están?

—¿Dónde? dijo Greluche tomando parte en la conversación. En su casa, con la mayor tranquilidad.

—¡En su casa! exclamó uno de los circunstantes.

¿Y la vindicta pública? ¿Y la fuerza armada?

—¡Buen caso hacen ellos de la fuerza pública! añadió Greluche. Todos vosotros no conseguiríais prenderlos.

—¡Si yo fuese militar! dijo un campesino.

—Cuando les intimamos la órden de seguirnos, nos dieron con la puerta en las narices.

—¡La echaríais abajo!

—No hicimos tal cosa. No éramos mas que siete. Penhoet es una verdadera fortaleza, y Corentin y Jacobo valen por un ejército.

Michaud no prestaba atención á lo que se decía á su alrededor.

La imagen de Santa estaba siempre delante de él.

—¿Y qué pensais hacer ahora, señor Michaud? le preguntó la señora Jacut.

—Voy á dar parte al señor procurador de lo que pasa.

Se levantó, y Greluche, le imitó bien á pesar suyo.

En cuanto salieron Michand y Greluche, los parroquianos de la señora Jacut empezaron á desfilar.

La señora Jacut subió al cuarto de la enferma.

—¿Cómo sigue? preguntó la buena mujer á Cláudio.

—Mejor, la constestó Cláudio.

—¿Duèrme?

—Sí. Creo que está fuera de peligro.

—Y tú, ¿no piensas recogerte, Cláudio?

—Estoy rendido; pero tengo que ir á Penhoet á ver á mi madre.

—Segun las noticias que tengo de Penhoet, tus cuidados serán inútiles. No te reconocerá.

—¡Ah!

—Voy á hacer que te preparen una cama en la habitación inmediata. Es preciso que termines tu obra. Eres mi prisionero.

—¿Qué han venido á hacer los gendarmes á la posada?

—Van de pase para Vannes.

Cláudio, después de pulsar á Juana, siguió á la señora Jacut.

Cláudio pasó toda la noche en un sueño.

XXI.

Velar las armas

En cuanto salieron los gendarmes, se restableció la calma en Penohet.

La luna bañaba las altas murallas de la mansión señorial de los Kerandal.

Pero en cambio, en el interior todo era tristeza y oscuridad.

Jacobo y Corentin hicieron toda clase de esfuerzos para que Ibo se pusiera en salvo.

El no podía ser responsable de los crímenes de los demás.

Corentin le expuso con una elocuencia conmovedora su invariable resolución de morir.

—Pero tú, ¿por qué has de morir? Tienes la conciencia limpia de toda mancha. Defiéndete. Ningún juez puede condenarte.

Y para animarle á vivir, le hizo á grandes rasgos el cuadro de la ventura que le esperaba con la herencia de la fortuna de los Fonterose.

Catalina unió sus súplicas á las de Corentin.

Todo fué inútil.

La resolución de Ibo era irrevocable.

La fortuna, adquirida á precio de tanta sangre, le espantaba.

—Voy á dar parte al señor procurador de lo que pasa.

Se levantó, y Greluche, le imitó bien á pesar suyo.

En cuanto salieron Michand y Greluche, los parroquianos de la señora Jacut empezaron á desfilar.

La señora Jacut subió al cuarto de la enferma.

—¿Cómo sigue? preguntó la buena mujer á Cláudio.

—Mejor, la constestó Cláudio.

—¿Duèrme?

—Sí. Creo que está fuera de peligro.

—Y tú, ¿no piensas recogerte, Cláudio?

—Estoy rendido; pero tengo que ir á Penhoet á ver á mi madre.

—Segun las noticias que tengo de Penhoet, tus cuidados serán inútiles. No te reconocerá.

—¡Ah!

—Voy á hacer que te preparen una cama en la habitación inmediata. Es preciso que termines tu obra. Eres mi prisionero.

—¿Qué han venido á hacer los gendarmes á la posada?

—Van de pase para Vannes.

Cláudio, después de pulsar á Juana, siguió á la señora Jacut.

Cláudio pasó toda la noche en un sueño.

XXI.

Velar las armas

En cuanto salieron los gendarmes, se restableció la calma en Penohet.

La luna bañaba las altas murallas de la mansión señorial de los Kerandal.

Pero en cambio, en el interior todo era tristeza y oscuridad.

Jacobo y Corentin hicieron toda clase de esfuerzos para que Ibo se pusiera en salvo.

El no podía ser responsable de los crímenes de los demás.

Corentin le expuso con una elocuencia conmovedora su invariable resolución de morir.

—Pero tú, ¿por qué has de morir? Tienes la conciencia limpia de toda mancha. Defiéndete. Ningún juez puede condenarte.

Y para animarle á vivir, le hizo á grandes rasgos el cuadro de la ventura que le esperaba con la herencia de la fortuna de los Fonterose.

Catalina unió sus súplicas á las de Corentin.

Todo fué inútil.

La resolución de Ibo era irrevocable.

La fortuna, adquirida á precio de tanta sangre, le espantaba.

—Aquí he nacido, dijo Ibo, y aquí moriré. No he dado motivo para que nadie me arroje de casa de mis padres, y si alguien lo intentare, moriré defendiéndome.

Santa estaba animada de iguales sentimientos, y dejándose llevar por la sangre de su raza, ayudó á Jacobo á preparar las municiones y poner la casa en estado de guerra.

Su semblante no revelaba la menor inquietud.

Los movimientos de su corazón eran acompasados é iguales.

De vez en cuando brillaba en sus ojos un rayo de alegría.

Pensaba en el capitán.

Era imposible que faltara al espectáculo de unos criminales que en vez de huir se defendían contra la justicia, decididos á morir.

Jacobo cogió una carabina, y dándosela á Santa, la dijo:

—Esta te vengará.

Santa no quería vengarse.

Llamaron á la puerta.

El perro, que estaba en el patio, empezó á ladrar furiosamente.

Catalina salió á ver lo que ocurría.

Era Caussac que iba á preguntar á sus vecinos y amigos si podía serles útil en algo.

—Cuando se acerquen los gendarmes, dijo, vendré á decíroslo.

En cuanto terminaron los preparativos, Jacobo se echó delante de la puerta, como un soldado que espera la señal del ataque.

Ibo y Catalina se retiraron á sus respectivas habitaciones.

—Sálvate tú, la dijo Ibo.

—¿No me amas ya? le preguntó Catalina.

Santa fué á sentarse á la cabecera del lecho de su madre, que seguía durmiendo letárgicamente.

Allí pasó la noche, abismada en su dolor.

Al día siguiente, los tres hermanos se reunieron al lado del lecho de su madre y se abrazaron.

Santa se inclinó sobre María Ana y la dió un beso en la frente.

Catalina contemplaba desde el dintel de la puerta aquel cuadro desgarrador, llorando en silencio.

Jacobo y Corentin se retiraron para terminar los preparativos del sitio.

Tampoco José quiso abandonarlos jamás.

Cuando Catalina le dijo que de un momento á otro llegarían los gendarmes, la contestó:

—Aquí nos encontrarán á todos.

Y se fué á la cuadra á cuidar del caballo y de las vacas.

XXII.

La justicia

El señor procurador no recibió la noticia de lo que pasaba en Penhoet con el asombro que esperaba Michaud.

—¿De manera que se han negado á facilitaros la entrada en su casa? preguntó á Michaud.

—Resueltamente.

—¿No habeis podido echar la puerta abajo, ni escalar las murallas, ni entrar por las ventanas?

—El señor procurador no debe saber que la casa de los Kerandal es una verdadera fortaleza.

—Razon de mas para no despreciar esa ocasión de hacer una heroicidad.

—Además, añadió Greluche, Jacobo y Corentin valen por una brigada de gendarmes. Cuando se asomaron á la ventana para preguntar lo que queríamos, se asomaron con ellos sus escopetas.

—¿Es un sitio en regla lo que van á sostener?

—La toma de la Bastilla.

—¿Cuánta gente hay en Penhoet? preguntó el señor de Buxieres.

—Son tres, pero verdaderamente no se debe contar mas que con dos, contestó Michaud. Ibo es un hombre pacífico.

—No me parece la guarnición de Penhoet tan respetable como á vosotros.

—Dentro de Penhoet, cada Kerandal vale por ciento, señor procurador, observó Greluche. Jacobo y Corentin son los mejores tiradores del pais. Cada disparo suyo será una baja en nuestras filas.

—¡Diablo! exclamó el señor de Buxieres. ¿No se rendirán?

—Es muy dudoso.

—¿Ni atenderán á buenas razones?

—Antes se convencería una roca de la necesidad de que el sol la fundiera.

—¡Buenos bretrones! exclamó el señor de Buxieres.

—De la antigua raza, añadió Greluche.

—Cuando se les pone una idea en la cabeza...

—No hay quien les haga desistir de ella.

—¿Se ha encontrado el cadáver de la señorita de Fonterose?

—No, señor procurador. Pero yo creo saber dónde está.

—¡Ah!

—En Penhoet.

—De manera que, como yo suponía, se trata de una historia de amor. Julieta y Romeo, Francesca y Paolo.

—Soy de vuestra misma opinión, señor procurador.

—Eso puede atenuar el crimen que perseguimos. Pero de todas maneras, es preciso apoderarse de los

Kerandal sin pérdida de tiempo. Y no es cosa de pedir al gobierno una división al mando de un general para tomar á Penhoet. ¿Tendréis bastante con treinta gendarmes, señor Michaud?

—No es mucho, señor procurador, contestó Greluche.

El señor de Buxieres no podía creer que la resistencia de los Kerandal fuese tan grande.

Al fin comprenderían la necesidad de entregarse.

—Mañana, si es necesario, dijo, pondré sobre las armas á media Bretaña; pero antes recurriré á mi elocuencia para convencerles. La ley me impone este deber, y le cumpliré, suceda lo que suceda. La justicia también tiene sus mártires.

Y con una seña despidió á Michaud y Greluche.

Cuando se quedó solo, se frotó las manos y se dijo:

—El sitio de Penhoet! Es una desgracia que no he buscado, pero á cuya gloria no puedo renunciar; ella me hará célebre.

Cogió el Código y se puso á hojearlo.

Es un caso raro, una rebelión armada contra la justicia y sus agentes.

En general, es fácil prender á los criminales.

Lo que no siempre se consigue es descubrirlos.

Los Kerandal no se ocultaban.

Antes al contrario, decían:

—Aquí estamos. Venid á prendernos si os atrevéis.

Se creían todavía en la Edad Media, cuando los grandes señores decían al rey lo mismo:

—Venid á prendernos, si os atrevéis.

Todo era novelesco en aquel asunto.

¡Nicolasa asesinada y robado su cadáver para enterarle en una cueva de bandidos!

Y esto pocos días antes de su boda.

Los periódicos tendrían asunto para escribir una semana.

Pero lo que le interesaba al señor de Buxieres era desplegar la mayor habilidad posible en la instrucción de aquel proceso.

De su éxito dependía su porvenir.

El comandante de gendarmes de Vannes se pasaba el día en el café.

El señor de Buxieres cerró el Código, se vistió y se dirigió al café, donde efectivamente halló al jefe de la fuerza pública del distrito.

Este, después de enterarse de lo que ocurría, contestó al señor de Buxieres:

—No es tan grave el asunto como suponéis, señor procurador. Dejadle á mi cuidado. Yo me encargo de hacer entrar en razón á esas gentes.

Se convino en que él mismo mandaría las fuerzas encargadas de tomar á Penhoet.

Los Kerandal serían presos sin que costara una gota de sangre.

En Santa Gilda, la noche fué terrible.

La marquesa expió todas las faltas de su vida en aquellas horas de angustia.

Además de haber perdido á su hija, se veía privada del consuelo de abrazar su cadáver y humedecerlo con sus lágrimas.

Todos los guardas del castillo, dirigidos por Máximo, Roger y el capitán, registraron los bosques y las landas sin poder hallar los restos mortales de la desventurada jóven.

Aquella noche nadie durmió en el castillo.

A las dos de la madrugada llegó Cahussac á Santa Gilda con un recado del rector de Penhoet para la señora marquesa.

El cadáver de Nicolasa había sido retirado por Co-rentín y conducido á Penhoet.

Una vez resuelto á morir, Co-rentín había querido morir al lado de los restos mortales de su amada.

El rector de Penhoet había sido llamado para verle.

La marquesa de Fonterose se arrojó á los piés de un Crucifijo y pasó la noche llorando.

Cuando el señor procurador se separó del comandante de las fuerzas de gendarmes, éste se puso á meditar.

No podía dudar de los medios que tenía para reducir á los delincuentes.

Pero al mismo tiempo pensó si sería digno de él

dar importancia á un hecho de armas provocado por tres bandidos.

Pero al fin su amor propio venció de sus escrúpulos, decidiéndose á hacer un castigo ejemplar en aquellos imitadores serviles de los antiguos chuanes.

Y al efecto hizo llamar al capitán Balignan, un buen oficial, aunque seguramente no hubiera ganado las batallas de Marengo ni de Austerlitz.

—Capitán, le dijo el comandante, se trata de tres bandidos que han asesinado á una jóven de la más alta nobleza á quien estaban ligados por vínculos de parentesco. En todas las familias puede haber un drama. Se sabe dónde están; nuestros hombres han ido á prenderlos y se resisten á entregarse.

—¡Ah! exclamó el capitán.

—Es preciso apoderarse de ellos, muertos ó vivos, para que caiga sobre ellos todo el rigo de la ley.

El flaco del comandante era hacer frases.

—Después de una breve pausa, continuó:

—Si en vez de ser tres, fueran quince ó veinte, yo me pondría al frente de la expedición, pero como no llegan á este número, os dejo la iniciativa en este asunto. Se os presenta una ocasión de ascender.

El capitán hizo un gesto de disgusto.

Conocía á su jefe y desconfiaba de él.

—¿Habéis dicho que se han hechos fuertes en Penhoet? preguntó.

—Sí.

—¿Se trata de los Kerandal?

—Precisamente.

Son los mejores tiradores del país. ¿Cuántos hombres pensáis poner á mis órdenes?

—Los que queráis.

—¿Cuarenta?

—Cincuenta, si os parece.

—No es mucho.

—¿Conocéis el terreno?

Palmo á palmo.

—Es verdad. Ahora recuerdo que hemos cazado juntos en los bosques de Santa Gilda, con permiso de la señora marquesa. Llevad sesenta hombres.

—Como gustéis, mi comandante.

—Pasad por el castillo y haced que los guardas de la señora marquesa os sirvan de guías. Antes de partir, entendedos con el señor procurador. La gloria ó la responsabilidad de la expedición son vuestras, ¿lo entendéis? Ved, pues, lo que hacéis. No creo necesario recomendaros que economiceis la sangre de nuestros soldados.

El capitán salió del café, dejando á su jefe delante de la quinta ó sexta botella de cerveza que apuraba todos los días.

—El negocio es delicado, pensó. Pero si no lo fuera, no me lo habría cedido el comandante.

El señor procurador estaba conferenciando con el juez de instrucción, señor Aubertin.

¡Una rebelión! ¡Y tendría que asistir él á su desenlace!

El señor Aubertin se arrepintió por primera vez de haber seguido la carrera de la judicatura.

—Como veis, le dijo el señor procurador, este negocio está llamado á tener eco en toda Francia.

—El ruido de la pólvora se oye desde muy lejos, observó el señor Aubertin bajando la cabeza, como si oyese ya el silbido de las balas.

XXIII.

Fuera de la ley

La noticia de la muerte de la señorita de Fontenose, circuló por toda Bretaña con la rapidez del rayo.

Y en toda la Bretaña no hubo más que un grito de reprobación contra los Kerandal.

Pero cuando se supo que Michaud había estado con sus hombres en Penhoet, y que los Kerandal se habían negado á entregarse, se operó una reacción en su favor.

El valor de los Kerandal era una tradición del país y todos los pueblos aman sus tradiciones.

Para los Bretones su bandera debe flotar siempre sobre la de Francia.

—¿Se trata de los Kerandal?

—Precisamente.

Son los mejores tiradores del país. ¿Cuántos hombres pensáis poner á mis órdenes?

—Los que queráis.

—¿Cuarenta?

—Cincuenta, si os parece.

—No es mucho.

—¿Conocéis el terreno?

Palmo á palmo.

—Es verdad. Ahora recuerdo que hemos cazado juntos en los bosques de Santa Gilda, con permiso de la señora marquesa. Llevad sesenta hombres.

—Como gustéis, mi comandante.

—Pasad por el castillo y haced que los guardas de la señora marquesa os sirvan de guías. Antes de partir, entendedos con el señor procurador. La gloria ó la responsabilidad de la expedición son vuestras, ¿lo entendéis? Ved, pues, lo que hacéis. No creo necesario recomendaros que economiceis la sangre de nuestros soldados.

El capitán salió del café, dejando á su jefe delante de la quinta ó sexta botella de cerveza que apuraba todos los días.

—El negocio es delicado, pensó. Pero si no lo fuera, no me lo habría cedido el comandante.

El señor procurador estaba conferenciando con el juez de instrucción, señor Aubertin.

¡Una rebelión! ¡Y tendría que asistir él á su desenlace!

El señor Aubertin se arrepintió por primera vez de haber seguido la carrera de la judicatura.

—Como veis, le dijo el señor procurador, este negocio está llamado á tener eco en toda Francia.

—El ruido de la pólvora se oye desde muy lejos, observó el señor Aubertin bajando la cabeza, como si oyese ya el silbido de las balas.

XXIII.

Fuera de la ley

La noticia de la muerte de la señorita de Fontenose, circuló por toda Bretaña con la rapidez del rayo.

Y en toda la Bretaña no hubo más que un grito de reprobación contra los Kerandal.

Pero cuando se supo que Michaud había estado con sus hombres en Penhoet, y que los Kerandal se habían negado á entregarse, se operó una reacción en su favor.

El valor de los Kerandal era una tradición del país y todos los pueblos aman sus tradiciones.

Para los Bretones su bandera debe flotar siempre sobre la de Francia.

El Morbidan es uno de los puntos de Bretaña mas inaccesibles á las ideas modernas.

La impresión producida por el crimen, desapareció ante la impresión de la audacia de los asesinos.

Se buscaron explicaciones para disculparles y atenuar su odiosidad.

—Ese es el resultado de los ódios de familia, decían los viejos.

—Lo mismo hicieron los Portrieux. Por una mala repartición de una herencia entre hermanos, los unos se exterminaron á los otros.

Los Fonterose eran ricos; los Kerandal pobres. La injusticia no podía ser más patente.

Generalmente, la culpa se hizo recaer sobre los antepasados mas bien que sobre los actores de aquel drama sangriento.

La palabra amor circuló también en todos los grupos.

Corentin amaba á su prima y la señorita de Fonterose iba á casarse.

De aquí provenía la desgracia.

Así iba formándose la leyenda, favorable á los criminales.

Las mujeres eran decididamente partidarias de Corentin, «el hermoso Kerandal,» como le llamaban.

—Si quisieran, decían, se ocultarian en las landas y allí nadie podría apoderarse de ellos; entre otras razones, porque todo el pais les protegería.

—Los muros de Penhoet son inexpugnables, añadían otros.

—Si quiere defenderse Jacobo...

—Si Corentin le ayuda...

Cuando se conoció el testamento de Nicolasa, las simpatías por los Kerandal aumentaron.

A las diez de la mañana, la carroza del procurador de Vannes atravesó las calles de Elven.

La mujer del señor Aubertin le había dicho al despedirse:

—¡No te expongas, Hipólito, no te expongas!

Estas palabras resonaban sin cesar en los oídos del juez de instrucción, aumentando el miedo cerval que le inspiraba la idea de asistir á un sitio.

—Cumpliré con mi deber, había contestado el señor Aubertin á su mujer.

Aristides Cesaire iba, por el contrario, como quien va á una diversión.

El sueño predilecto de toda su vida había sido asistir á una batalla.

Cuando el capitán Balignan pasó por delante de Santa Gilda, las fuerzas de su mando presentaban un aspecto imponente.

Sumaban un total de treinta infantes y veinticinco caballos, sin contar la brigada de Michaud, que debía unirse al capitán en Penhoet.

Los criados y los guardas del castillo se perdían en toda clase de conjeturas.

¿Por qué había sido asesinada su joven ama?

En los alrededores de la Piedra de las Hadas se habían encontrado los fragmentos del vale de quinientos mil francos, roto por Corentin.

Si los Kerandal estaban decididos á morir no habían cometido aquel crimen por apoderarse de la fortuna de los Fonteroses.

Su voluntad de perecer, era irrevocable.

¿Cómo vencer contra la fuerza armada de un país?

Lo mismo que la marquesa, sus criados y guardas veían en el fondo de aquel horrible drama una historia de amor.

La marquesa abrió su corazón al general.

—¿Hay algún medio de evitar los desastres que van á resultar de esta lucha? le preguntó.

Las simpatías del general por Corentin, el bello mosquetero, no habían desaparecido completamente.

El general llamó al capitán Estrelles.

—A la orden, mi general, dijo este.

—¿Queréis acompañarme?

El capitán vaciló.

—El caso es, mi general...

—¿Teneis miedo?

—¡General!

—Pero la misión no es de vuestro agrado. Lo comprendo. Teneis cuentas pendientes en Penhoet. ¿Y Santa?

—No sé qué ha sido de ella; probablemente estará encerrada con sus hermanos en Penhoet.

Binic se acercó al general.

—Mi general, si me lo permitís, yo os acompañaré á Penhoet. Pero no conseguiremos nada. Esos hombres son de hierro. Han dicho que nadie entrará en su casa, y nadie traspasará sus umbrales.

El capitán y su fuerza atravesaban en aquel momento el bosque.

Parecía un destacamento de soldados de la primera república que iba á sorprender un castiilo defendido por los realistas.

Mientras el general conferenciaba con el capitán y Binic, José daba la voz de alerta á los defensores de Penhoet.

—¡Ahí están los gendarmes! gritó.

Jacobo se asomó á la ventana de la torrecilla de Penhoet y los contó.

—Cincuenta, murmuró con voz sorda. Son pocos. No moriremos hoy.

Y dirigiéndose á José, le dijo.

—Sálvate; aún es tiempo.

—No me muevo de aquí, le contestó José. Quiero ver todo lo que pasa.

—Pues ponte en sitio seguro. Me irás dando escopetas á medida que las descargue.

—Pero, en resumidas cuentas, ¿qué puede suceder? preguntaba entre tanto el general á Binic.

—Cosas horribles, mi general. Los Kerandal son valientes como leones y están bien armados.

—Suceda lo que Dios quiera, repuso el general. Esperemos.

Eran las doce de la mañana

La carroza de los magistrados llegó á las inmediaciones de Penhoet, donde esperaba ya la fuerza de gendarmes con su capitán.

En aquel mismo momento se abrió un postigo de la cerrada puerta de Penhoet para dar paso al señor rector del pueblo.

El pobre viejo había ido á suplicar á sus antiguos amigos que no prolongaran una resistencia que en último término sería inútil, proponiéndoles que huyeran, en la inteligencia de que todo el país los protegería.

Pero su amistad de veinticinco años se estrelló contra el irrevocable propósito de los Kerandal de morir defendiéndose.

Ibo parecía el mas decidido.

—¡No dejaré que un gendarme ponga la mano sobre mí!, exclamó.

El señor rector participó á los magistrados el *ultimatum* de los Kerandal.

Los esfuerzos para sacar de Penhoet á las mujeres y ponerlas en salvo, fueron tambien infructuosos.

Santa se abrazó á Corentin.

Catalina se abrazó á Ibo.

En cuanto á María Ana, no sabía lo que pasaba.

Vivia ya en otro mundo.

El general apareció cuando el señor rector daba cuenta al señor de Buxieres del resultado de sus gestiones.

Por consiguiente, su mision de paz había concluido.

El señor procurador mandó hacer á los rebeldes las tres intimaciones de ordenanza.

No tuvieron respuesta.

Penhoet continuó cerrado á piedra y lodo.

El procurador entonces, volviéndose hácia el capitán de gendarmes, le dijo:

—Cumplid con vuestro deber.

Un momento después se abrió una ventana de Penhoet y apareció en ella Ibo y detrás Catalina.

—¡Fuego! gritó el capitán.

Los gendarmes obedecieron, y en medio del estrépito de la descarga, se oyó un grito terrible.

Ibo cayó á los pies de Catalina con el pecho atravesado por una bala.

Su última mirada fué para la mujer que le amaba tanto, que queria morir con él.

Un movimiento de cólera agitó aquella alma sensible y cariñosa.

Abrazó á Catalina y la besó en la frente.

Mientras tanto Jacobo y Corentin sostenian el fuego contra los gendarmes.

Cada descarga de los sitiados causaba un hueco en las filas de los sitiadores.

No era posible prolongar el sitio.

Michaud se puso prudentemente fuera de la línea de ataque.

—Ya os dije, señor Michaud, exclamó Greluche, que el asunto sería difícil.

La situación de los defensores de la ley no podía ser mas crítica.

Dos veces intentaron el asalto de Penhoet, y dos veces fueron rechazados con grandes pérdidas.

El capitán se creyó en el caso de ir á consultar al señor procurador.

—Señor capitán, le dijo el señor de Buxieres, yo no entiendo de asuntos militares. Si creéis que la batalla está perdida, repleguémonos, imitando, si es posible, la retirada de los Dos Mil. Supongo que no se atreverán á perseguirnos. Tantos prisioneros les embarranzarian.

El señor rector fué enviado á Penhoet en calidad de parlamentario.

Catalina había muerto.

Las baías habían respetado hasta entonces á Jacobo y á Corentin.

José se había cubierto de gloria.

Cuando el señor rector le vió con las manos ennegrecidas de pólvora, exclamó:

—¡Tú también! Lávate esas manos, muchacho.

El armisticio se pactó sin dificultad.

No había en el pueblo más que un carro, y éste pertenecía á los Kerandal.

Jacobo y Corentin no tuvieron inconveniente en facilitarle á los sitiadores para que trasportaran sus heridos.

La columna del capitán Balignac efectuó su retirada sin ser molestada por sus enemigos.

La magistratura y el ejército habían sido derrotados por tres descendientes de heroes, convertidos en asesinos.

Cuando los gendarmes entraron en Elven se dió otro espectáculo no menos singular.

Cláudio Kerandal, el hermano de los sitiados, fué llamado para prodigar los primeros cuidados á los heridos.

El desgraciado Cláudio supo al mismo tiempo la muerte de la señorita de Fonterose, la resolución de sus hermanos y los primeros efectos de sus desesperados proyectos.

Cahussac le comunicó, de parte del señor rector, todo lo que ocurría, suplicándole que no fuera á Penhoet.

Su madre había sido trasladada á casa del señor rector y estaba en seguridad.

Después que partieron los magistrados y los gendarmes, Claudio se encerró en el cuarto de Juana y rompió á llorar amargamente.

Su primera determinación fué huir para siempre de Bretaña.

Pero la señora Jacut se opuso tenazmente.

—No saldrás de aquí, le dijo.

Juana estaba fuera de peligro.

Oyó llorar á Claudio, é incorporándose en la cama, le preguntó:

—Cláudio, ¿qué tenéis?

—Nada.

—¿Por qué llorais?

—Muchas veces no sabemos por qué estamos tristes.

—No me decís la verdad.

Cláudio se acercó á Juana.

—Lloro, le dijo, porque tengo que abandonaros.

Juana le cogió la mano.

—Si me abandonáis, Cláudio, le dijo, me moriré.

Sin vos no quiero vivir.

—¡Ah! exclamó Cláudio, ¡por qué os habré conocido!

Quiso referirle la terrible desgracia que le amenazaba, pero no se atrevió.

—Cláudio, añadió la criolla, me ocultais vuestras penas. ¿No soy ya vuestra amiga? ¿Dónde vais? Hablad.

—No puedo.

En aquel momento entró la señora Jacut

Oyó la pregunta de Juana y la respuesta de Cláudio.

—Se va, dijo á Juana, porque os ama y está desesperado. En su familia, como en la vuestra, pasan cosas extraordinarias. Dicen que sus hermanos han asesinado á la señorita de Fonterose ¿Por qué? Nadi lo sabe. Dicen que la justicia quiere prenderlos y que se han hecho fuertes en Penhoet. Esto debe ser verdad, porque Cláudio acaba de hacer la primera cura á algunos gendarmes heridos. Yo conozco á los Kerandal. Si se han propuesto no entregarse, tendrán que hacerlos pedazos para que cedan. Lo tienen en la masa de la sangre. Cuando dicen una cosa, la hacen. Todos estas calamidades tienen triste á Cláudio. Y la verdad es que el motivo no puede ser más justificado.

Juana unió sus lágrimas á las de Cláudio.

—No lloreis, exclamó la señora Jacut. Sobre todo, tú. Los hombres nunca lloran, ¿No es verdad, señorita Juana?

La señora Jacut estrechó entre sus brazos á Cláudio, como pudiera haberlo hecho su madre.

—¡No, no saldrás de aquí! exclamó. Te lo prohibo.

—¡Quiero ir á morir con ellos! repuso Claudio. Quiero, al menos, verlos por última vez.

—En esto obran tus hermanos con mas cordura que tú. Lee la carta que me enviaron ayer.

Cláudio desdobló un papel que le dió la señora Ja-cut y leyó:

«Señora Jacut:

»Estamos perdidos. No volveremos á vernos. Si alguien nos acusa, defendednos. No podemos vivir bajo el peso de lo que se dice de nosotros. La señorita de Fonterose ha muerto, no para que su fortuna fuera nuestra, sinó para que no fuera de otro. Yo prefiero verla muerta á verla casada con el hombre á quien la destinaba su madre, y á quien ella no amaba. Lo he sabido demasiado tarde.

»Dad un abrazo á Cláudio en nuestro nombre y no le dejéis salir de vuestra casa.

»Decidle que no nos maldiga y que piense alguna vez en nosotros.

»Vuestro.

»CORENTIN.»

»P. D. Decid á Cláudio, que Penhoet será destruido. En el jardín, y debajo de una piedra, encontrará una carta que le explicará las fatalidades que pesan sobre nuestra casa. El será rico. El último favor que esperan de él sus hermanos, es, que indemnice á la señorita Trelan de los perjuicios que la han causando los Kerandal. Si puede, le agradeceríamos también que reuniese nuestros cadáveres en una misma tumba.»

—¿Y Santa? murmuró Cláudio.

—Supongo que también estará en sitio seguro. Los Kerandal tienen muchos amigos.

—¿Y mis hermanos? ¿Están heridos? ¿Han muerto?

—No. Pero cuenta que la primer herida será la última. Han dicho que no los prenderán vivos. ¿No conoces á tus hermanos?

Una mirada de Juana hizo mas que todos los argumentos de la señora Ja-cut.

Cláudio no salió de Elven.

XXIV.

La expiación.

El comandante de gendarmes estaba furioso.

Al saber que sus fuerzas habían sido rechazadas por los sublevados, se impresionó de tal manera, que estuvo á punto de morir de un ataque de apoplejía.

El capitán contestó á sus apóstrofes:

—Allí os hubiera querido ver mi comandante.

—Allí me vereis, le contestó secamente el comandante. ¡Qué vergüenza! ¡Ser rechazados por tres hombres encerrados en una mala granja! Cuando no se sabe vencer, se debe saber morir. ¿Son graves las heridas de nuestro hombres?

—Esos tres hombres, á quien teneis tan en menos,

Cláudio desdobló un papel que le dió la señora Ja-cut y leyó:

«Señora Jacut:

»Estamos perdidos. No volveremos á vernos.» Si alguien nos acusa, defendednos. No podemos vivir »bajo el peso de lo que se dice de nosotros. La señorita de Fonterose ha muerto, no para que su fortuna »fuera nuestra, sinó para que no fuera de otro. YO »prefiero verla muerta á verla casada con el hombre »á quien la destinaba su madre, y á quien ella no »amaba. Lo he sabido demasiado tarde.

»Dad un abrazo á Cláudio en nuestro nombre y no »le dejéis salir de vuestra casa.

»Decidle que no nos maldiga y que piense alguna »vez en nosotros.

»Vuestro.

»CORENTIN.»

»P. D. Decid á Cláudio, que Penhoet será destruido. »En el jardín, y debajo de una piedra, encontrará »una carta que le explicará las fatalidades que pesan »sobre nuestra casa. El será rico. El último favor que »esperan de él sus hermanos, es, que indemnice á la »señorita Trelan de los perjuicios que la han causa- »ndo los Kerandal. Si puede, le agradeceríamos tam- »bién que reuniese nuestros cadáveres en una misma »tumba.»

—¿Y Santa? murmuró Cláudio.

—Supongo que también estará en sitio seguro. Los Kerandal tienen muchos amigos.

—¿Y mis hermanos? ¿Están heridos? ¿Han muerto?

—No. Pero cuenta que la primer herida será la última. Han dicho que no los prenderán vivos. ¿No conoces á tus hermanos?

Una mirada de Juana hizo mas que todos los argumentos de la señora Jacut.

Cláudio no salió de Elven.

XXIV.

La expiación.

El comandante de gendarmes estaba furioso.

Al saber que sus fuerzas habían sido rechazadas por los sublevados, se impresionó de tal manera, que estuvo á punto de morir de un ataque de apoplejía.

El capitán contestó á sus apóstrofes:

—Allí os hubiera querido ver mi comandante.

—Allí me vereis, le contestó secamente el comandante. ¡Qué vergüenza! ¡Ser rechazados por tres hombres encerrados en una mala granja! Cuando no se sabe vencer, se debe saber morir. ¿Son graves las heridas de nuestro hombres?

—Esos tres hombres, á quien teneis tan en menos,

se han contentado con herir en vez de matar. Hacían baja la puntería con intención. Es público y notorio que son los mejores tiradores del país.

—Había un medio, capitán, en el cual sin duda, no habéis pensado.

—¿A qué medio os referís, mi comandante?

—El sitio.

—¿Por hambre?

—Justamente.

—Se me ocurrió, pero lo rechacé por impracticable.

—¿Por qué?

—Tienen provisiones para un año.

—Entonces hay que recurrir á la artillería para arrasar á Penhoet.

—Tened en cuenta que es imposible acercarse sin exponerse á perder los hombres que quieran matar.

—Es una mala nota para vuestra hoja de servicios, capitán. ¡Veintiocho hombres fuera de combate en el ataque de una miserable cabaña!

—En cuanto veáis la cabaña, cambiareis de opinión, mi comandante.

—Iré, repuso lacónicamente el comandante. Sin embargo, no fué.

Era un valiente; pero no quería exponer su fama á un fracaso, y confiaba á sus subalternos las misiones difíciles.

La casa solariega de los Kerandal estaba acribillada á balazos.

José empezaba á ver las cosas de un color demasiado negro.

Comprendía que la batalla estaba ganada, pero la muerte de Ibo y de Catalina le preocupaba hondamente.

Por otra parte, el espectáculo de Corentin velando el cadáver de Nicolasa no era un espectáculo agradable.

El rector se había llevado á María Ana.

Pero Santa, á pesar de sus súplicas, se había negado á seguirle.

—Es un suicidio, le dijo el señor rector.

Santa levantó los ojos al cielo.

—¡Dios me juzgará! contestó.

A las diez de la noche Jacobo dijo á Corentin que iba á salir para terminar un negocio y que antes de amanecer estaría de vuelta.

Nadie se atrevió á preguntarle dónde iba.

Estaba tan sereno como si fuera á una partida de caza.

Corentin notó que al salir cogió una larga cuerda con una argolla pendiente de uno de sus extremos.

A las tres de la madrugada volvió á Penhoet como había prometido, y sentándose al lado de la chimenea, se quedó profundamente dormido.

Dos horas más tarde, los hombres del campo que se dirigían á sus faenas, distinguieron desde lejos un objeto singular pendiente de la puerta del señor Lesguidou.

El señor Lesguidou vivía en una casa que había en el camino de Vannes á Perninguez, sin más acompañamiento que una criada vieja.

El objeto que había pendiente de la puerta del señor Lesguidou, era el mismo señor Lesguidou, colgado de una cuerda.

En la pared de la casa se leía este letrero escrito con carbón:

JACOBO KERANDAL

No se podía dudar de quién era el autor de aquel nuevo crimen.

A las dos de la tarde, el señor rector volvió á Penhoet, acompañado del general Chamberlot.

Salió á abrirles Corentin.

El general suplicó á Corentin que entregara el cadáver de Nicolasa á su familia y desistiera de su resistencia á la justicia.

—No me separaré del cadáver de Nicolasa hasta exhalar el último suspiro, le contestó Corentin.

El general trató de convencerle de que al fin tendrían que sucumbir ante las fuerzas que asediaban la casa.

—Estamos resignados, mi general, le contestó Corentin.

—¿Y esta niña? preguntó el general señalando á Santa. Yo me la llevaré. Yo cuidaré de su porvenir.

Santa se arrojó en los brazos de Corentin.

—¡No me separaré de mis hermanos! exclamó. Quiero morir con ellos.

Jacobo se asomó á una ventana para examinar la fuerza y los movimientos del enemigo.

En sus ojos brilló un rayo de alegría.

En un grupo de artilleros, estaba el capitán Estrelles.

—¿Veis aquel grupo, mi general? dijo Jacobo.

—Sí.

—¿Veis aquel oficial de caballería que hay en medio de él?

—Sí.

—Ha hecho mal en venir aquí.

—¿Por qué?

—Porque no volverá al castillo de Santa Gilda. Después morirá tranquilo. Ya no tendrá nada que hacer en el mundo.

El general comprendió que Estrelles estaba perdido.

—¡Esperad un momento! exclamó.

Jacobo le contestó echándose la escopeta á la cara.

—Es un infame y debe morir.

Hizo fuego, y el capitán cayó mortalmente herido.

La artillería, ante aquella provocación, rompió el fuego.

Dos horas después, aquella fortaleza que había resistido el embate de los siglos, estaba en el suelo.

Los defensores de Penhoet se refugiaron en las cuevas.

Al penetrar en ellas la fuerza pública, le hicieron frente Jacobo y Corentin.

Corentin, despues de una lucha desesperada, cayó muerto al lado del cadáver de Nicolasa.

Jacobo le sobrevivió algunos momentos. Santa había huido.

Al día siguiente se encontró su cadáver flotando sobre las aguas del río.

A media noche, los vecinos de Penhoet vieron vagar una sombra entre las [humeantes ruinas de la casa solariega de los Kerandal.

Era la loca.

María Ana, burlando la vigilancia del señor cura, se había escapado de la rectoría.

No sobrevivió á sus hijos más que dos días, muriendo entre los brazos de Cláudio.

XXV.

El testamento de Nicolasa

La grandeza del desastre de los Kerandai borró el recuerdo de su crimen.

No se hablaba en toda Bretaña mas que de su heroica defensa y de su indomable valor.

Nadie pensaba ya en la lúgubre historia de Noel Trelan.

La trágica muerte de la señorita de Fonterose se convirtió en una leyenda de amor.

Para los mismos magistrados era motivo de asombro el abonar de quinientos mil francos que se había encontrado en la Piedra de las Hadas hecho pedazos.

El señor rector entregó al señor de Buxieres el pliego que le había confiado Nicolasa.

En virtud del testamento de Nicolasa, Cláudio, el único Kerandal inocente de los crímenes de su familia, era el heredero de la fortuna de los Fonterose.

El mismo señor de Buxieres fué á comunicarle esta noticia, diciéndole que nada tenía que temer de los tribunales, porque de nada era responsable.

Cláudio, aterrado por tantos horrores, se encerró en el cuarto de Juana, no queriendo ver á nadie mas que á la señora Jacut.

Algunas veces salía al cerrar la noche para ir á llorar sobre las ruinas de la casa de sus padres.

María Ana y sus hijos fueron enterrados en el camposanto de Penhoet.

La voluntad de Corentin fué cumplida.

Todos los suyos yacían bajo una misma losa.

Nicolasa de Fonterose recibió sepultura en la capilla de Santa Gilda.

La marquesa de Fonterose había significado su de-

seo de abandonar á Santa Gilda en cuanto se terminasen los asuntos de la testamentaria de su hija.

Declaró que respetaría su voluntad.

Juana estaba fuera de peligro, gracias á su vigorosa naturaleza y á los cuidados de Cláudio, que habia pasado á la cabecera de su lecho todo el tiempo que duró la gravedad de su dolencia.

Una mañana, de vuelta de su viaje á Penhoet, donde habia pasado la noche arrodillado delante de la tumba que encerraba á toda su familia, se encerró en su cuarto y se puso á escribir.

Después fué á ver á Juana.

Juana le acogió con el mismo júbilo que siempre.

Cláudio estaba muy pálido.

—Juana, dijo á su prima, mis negocios me llaman á Vannes. Ya estais completamente restablecida; pero debeis permanecer algun tiempo aquí, porque el aire del campo completará vuestra curación. La vida os ofrece nuevos horizontes. Yo estaré ausente... dos ó tres días.

Juana, mirándole fijamente, le contestó:

—Cláudio, me engañáis. Partís para no volver.

Cláudio procuró tranquilizarla diciéndola que no podía vivir sin verla.

—¿De manera que volveréis?

—Sin duda.

—Lo decís de un modo...

—Lo digo naturalmente

—¿Por qué estais tan triste?

Una lágrima rodó por las pálidas mejillas de Cláudio.

—Estoy triste y lo estaré siempre, dijo. Nunca podré olvidar á los que he perdido ni las circunstancias terribles en que los he perdido.

Juana le cogió una mano.

—¿No os quedo yo? le preguntó.

—¡Vos! exclamó amargamente Cláudio.

—¿No me amais ya? Yo creía que me amaríais siempre.

—Esa es la causa de mi desesperación: lo mucho que os amo.

—Entonces no os comprendo.

—Os amo tanto, que el mayor suplicio á que pudiera condenarme es separarme de vos.

—Cláudio, teneis un secreto que me ocultais.

—Hay confesiones que no pueden hacerse más que á Dios. Juana, ¿quereis dispensarme un favor?

—Mandad y obedeceré.

—Tomad esta carta. En ella está mi confesión. Prometedme que no la abriréis hasta las seis de esta tarde.

—Si me lo exigís, os lo prometo. ¿Puedo yo negaros nada? Os lo debo todo. Pero, en cambio, voy yo á exigir os una promesa.

—Hablad.

—Estais triste. Lo veo. Sois muy desgraciado. Lo

sé. Juradme que no atentareis á vuestra vida. Si no me lo prometeis, no os dejaré salir de aquí.

—¡Os lo jure! exclamó Claudio con acento solemne.

—La vida os reserva inefables consuelos. ¡Sois tan bueno!

Claudio se sonrió tristemente.

—No lo espero.

Y levantándose, añadió:

—Adios, Juana.

Hasta que estuvo en el dintel de la puerta no se atrevió á levantar los ojos para mirar á Juana.

Antes de montar á caballo, dió un abrazo á la señora Jacut.

—¿Volverás? le preguntó la buena mujer.

—Sí, le contestó Claudio.

Al llegar á Vannes se hizo conducir á casa de un notario.

Fué recibido inmediatamente.

—Soy Cláudio Kerandal, dijo al notario después de tomar asiento.

El notario se puso los anteojos para ver mejor á Cláudio.

—¡Cláudio Kerandal! repitió con asombro.

—Sí, señor. Soy el único heredero de la familia que tan trágicamente ha acabado. No me extraña que mi nombre os haya causado tan honda impresión. Vengo á haceros una consulta. Sin duda habreis oido hablar del testamento de la señorita de Fonterose.

—Sí, señor. Le tengo en mi estudio. Y debo haceros saber que la señora marquesa quiere que se cumpla la voluntad de su hija.

—¿En virtud de la última voluntad de la señorita de Fonterose heredo todos sus bienes?

—Todos

—Comprenderéis que no puedo aceptar la fortuna de la víctima de mis hermanos. Está manchada de sangre y me quemaría las manos.

—Vos no la habeis derramado.

—Es verdad.

—Sin embargo, vuestros escrúpulos no me sorprenden.

—Mi resolución es irrevocable.

—Pensad que se trata de quince ó veinte millones.

—Lo he pensado ya.

—Esa delicadeza os honra; pero el sacrificio es enorme, observó el notario.

—No importa. Quiero que todo el mundo me olvide, y pienso desaparecer para siempre de un país donde mi nombre deja tan tristes recuerdos. La parienta mas próxima de la señorita de Fonterose, una vez eliminado yo, es mi prima Juana Trelan, que en este momento se halla en Elven, convaleciendo de una enfermedad. ¿Qué tengo que hacer para que Juana Trelan sea la heredera de la señorita de Fonterose?

—¿Estáis decidido á trasmitirla la herencia?

—Completamente decidido.

—Pues basta que renunciéis en ella vuestros derechos.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Pues extended el documento en que conste así y lo firmaré.

—El notario insistió.

—Ya os he dicho que mi resolución es irrevocable, le contestó Cláudio.

El notario extendió el acta de cesión.

Y una vez terminada, dijo á Cláudio:

—Todavía no habéis firmado. Ved lo que haceis.

—Lo sé.

—Sois jóven, teneis porvenir... La gloria de los Kerandal puede hacer olvidar sus faltas. Vuestros hermanos han obedecido á rencores que se explican. ¿Dónde vais?

—Donde me lleve el destino .

—¿Sois pobre?

—Como todos mis hermanos.

—¿Qué medios teneis para ganar el pan de cada día?

—Soy médico, cambiaré mi nombre é iré á ejercer mi profesión, lejos, muy lejos de aquí.

—¿Con la bolsa vacía?

—Tengo cuatrocientos ó quinientos francos.

—Permitid á un paisano vuestro, á un viejo breton, que añada á esa cantidad algunos billetes de Banco. Ya me los devolvereis cuando podais.

El notario estaba profundamente conmovido.

Cláudio resistió en vano: le hizo aceptar siete mil francos.

—Siendo vuestro acreedor, supongo que me dareis noticias vuestras frecuentemente.

Cláudio estrechó en silencio la mano del notario y se alejó.

Eran las doce.

El tren de París debía salir de Vannes algunos momentos después.

Cláudio se dirigió á la estación, pidió un billete y tomó asiento en un wagon de tercera, donde tenía la seguridad de que nadie le conocería.

El tren partió.

¡Pobre Cláudio! ¡Qué mucho que al alejarse de Vannes se le llenaran ojos de lágrimas?

Detrás de sí lo dejaba todo.

Su familia, su nombre, la mujer á quien amaba.

Juana, al dar la última campanada de las seis, abrió la carta de Cláudio y leyó lo siguiente:

XXVI.

El adios

«Mi querida Juana:

»Nada nuevo os diría diciéndoos que os amo con todo mi corazón y que la idea de separarme de vos me despedaza el alma.

—Pues basta que renunciéis en ella vuestros derechos.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Pues extended el documento en que conste así y lo firmaré.

—El notario insistió.

—Ya os he dicho que mi resolución es irrevocable, le contestó Cláudio.

El notario extendió el acta de cesión.

Y una vez terminada, dijo á Cláudio:

—Todavía no habéis firmado. Ved lo que haceis.

—Lo sé.

—Sois jóven, teneis porvenir... La gloria de los Kerandal puede hacer olvidar sus faltas. Vuestros hermanos han obedecido á rencores que se explican. ¿Dónde vais?

—Donde me lleve el destino .

—¿Sois pobre?

—Como todos mis hermanos.

—¿Qué medios teneis para ganar el pan de cada día?

—Soy médico, cambiaré mi nombre é iré á ejercer mi profesión, lejos, muy lejos de aquí.

—¿Con la bolsa vacía?

—Tengo cuatrocientos ó quinientos francos.

—Permitid á un paisano vuestro, á un viejo breton, que añada á esa cantidad algunos billetes de Banco. Ya me los devolvereis cuando podais.

El notario estaba profundamente conmovido.

Cláudio resistió en vano: le hizo aceptar siete mil francos.

—Siendo vuestro acreedor, supongo que me dareis noticias vuestras frecuentemente.

Cláudio estrechó en silencio la mano del notario y se alejó.

Eran las doce.

El tren de París debía salir de Vannes algunos momentos después.

Cláudio se dirigió á la estación, pidió un billete y tomó asiento en un wagon de tercera, donde tenía la seguridad de que nadie le conocería.

El tren partió.

¡Pobre Cláudio! ¡Qué mucho que al alejarse de Vannes se le llenaran ojos de lágrimas?

Detrás de sí lo dejaba todo.

Su familia, su nombre, la mujer á quien amaba.

Juana, al dar la última campanada de las seis, abrió la carta de Cláudio y leyó lo siguiente:

XXVI.

El adios

«Mi querida Juana:

»Nada nuevo os diría diciéndoos que os amo con todo mi corazón y que la idea de separarme de vos me despedaza el alma.

»Se me figura que se separa de mi cuerpo para perderse en la noche de la eternidad.

»Ojalá se realizara esta ilusión y mi cuerpo, solo é inanimado, reposara en el cementerio de Penhoet, al lado de mi madre y de mis hermanos, á quienes amo, á pesar de todo, especialmente á Santa, á mi infortunada Santa.

»Sufriría menos que sufro, y no me amenazaría la série de dolores y de humillaciones que me esperan en este mundo.

»Vos no sabeis mas que una parte de la verdad.

»Os la han ocultado cuidadosamente.

»Estábais demasiado débil para soportar este nuevo dolor.

»Hoy, que vuestra juventud ha triunfado de la muerte, podeis saberlo todo.

»Se ha cometido un crimen horrible.

»Mi hermano Jacobo ha asesinado á la señorita de Fonterose, que era un ángel de bondad y de hermosura como vos.

»El capitán Estrelles, uno de los huéspedes del castillo de Santa Gilda, ha sido también muerto por mi hermano.

»El notario Sr. Lesguidou ha aparecido ahorcado delante de la puerta de su casa.

»Y como si esto no fuera bastante, se ha reñido un combate fratricida en el que han perecido todos los míos.

»Penhoet no es ya mas que un monton de ruinas.

»Unico heredero de un nombre justamente execrado, abandono el pais donde he nacido y donde tendría que humillarme delante del último mendigo.

»Me voy, no sé dónde, sin recursos, pero con la conciencia tranquila.

»Dejaré mi nombre y tomaré otro.

»Todos los lazos que me unían al mundo se han roto.

»Siento tener que hablaros de asuntos de dinero.

»La fortuna que vais á heredar es muy considerable. El notario de Vannes, que es un hombre inteligente y probo, segun me aseguran, os dirá su importe total y os aconsejará el empleo que podeis darla.

»La señorita de Fonterose ha dejado hecho su testamento.

»Hoy, en virtud de ese testamento, vos sois su única heredera.

»El notario os explicará por qué.

»Vais á ser rica, mi querida Juana.

»Haced todo el bien que podais, para que la reparación sea tan completa como puede serlo en el mundo.

»Hago en este sentido un llamamiento á vuestro corazón.

»Vos también sois Kerandal.

»Voy á pedir os el último favor.

»Reunid en una misma tumba, en el cementerio de Penhoet, á mi madre y á mis hermanos. Jacobo y Corentin me lo han pedido así.

»Los Kerandal han tenido la virtud de amarse entrañablemente.

»Elevad también un monumento á Nicolasa de Fonterose, para perpetuar su nombre y su desgracia.

»He concluido.

»Adios, mi querida Juana. Os llevo dentro de mi corazón. Adios, para siempre. ¡Qué felices hemos podido ser!

»No nos volveremos á ver; pero... no me olvidéis, Juana, y compadecedme.

»CLÁUDIO KERANDAL.»

Mientras Juana leía la carta, la señora Jacut la contemplaba fijamente.

Cuando Juana acabó de leerla, la dejó caer y rompió á llorar.

La señora Jacut se acercó á ella y la preguntó dulcemente:

—¿Por qué llorais?

—¡Nos engañabal murmuró Juana.

—¡Ha partido!

Juana dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—¡Desgraciado! exclamó la señora Jacut, Ya lo temía yo. Todo lo que sucede de algunos días á esta parte es espantoso. Pero, si os ama, volverá.

—No.

De repente, Juana irguió la cabeza.

—Yo le encontraré, aunque tenga que recorrer toda Europa de un extremo al otro. ¡Pobre Cláudio! No. Me has salvado y no sufrirás por mí. Sé lo que te debo y te lo pagaré. ¡Lo juro por la memoria de mis padres!

—¡Le amais tanto como él os ama á vos! exclamó la señora Jacut abrazando á Juana.

En aquel momento se alzó la puerta del cuarto y Marta anunció:

—El señor Roger de Ambares desea hablaros.

—Dejadle entrar, contestó Juana resueltamente. Y volviéndose hácia la señora Jacut, añadió:

—Dejadnos, pero no os alejeis mucho.

Roger se acercó á su antigua querida, pero no sin visible turbación.

Juana le señaló con la mano una silla.

—¿Qué pensáis hacer despues de lo que ha ocurrido? la preguntó Roger.

—No lo sé, contestó Juana.

—Yo regreso á París, repuso Roger, y antes de partir necesito hablaros. Tengo que haceros mi confesión.

—¿Para qué? replicó Juana. Lo pasado no puede volver.

Roger protestó de esta sentencia.

—No es vuestro corazón quien habla, dijo. Yo

nunca he dejado de amaros. Sólo la pérdida de mi fortuna nos ha separado. Me propusieron un matrimonio ventajoso y lo acepté para pagar mis deudas y recobrar mi posición en la sociedad.

Juana no desplegó los labios.

—¿Cuándo volveré á veros en vuestro hotel? la preguntó Roger.

—¿En mi hotel de la calle de Atenas?

—Sí.

—Nunca.

—¿Para mí?

—Para nadie. No volveré á poner los pies en él.

—¿Dónde nos veremos?

—No lo sé. No haré más que pasar por París. Sin embargo, necesito hablaros.

—Para decirme...

—Ya sabreis lo que tengo que deciros.

—De manera que puedo esperar...

—No se trata de eso.

—Tomais cruelmente vuestro desquite, Juana.

La muerte de la señorita de Fonterose ha hecho fracasar un proyecto que acariciaba.

—¿Vuestro matrimonio?

—Sí. Pero no con la mujer que suponeis.

—¿Con quien?

—Con vos.

—No os comprendo.

—Leed esta carta.

Roger dió á Juana la carta que le había escrito Nicolasa, recobrando su libertad y pagándola al mismo tiempo.

—¿Y hubiérais seguido el consejo de mi prima? le preguntó Juana.

—¿Por qué no? Con verdadero entusiasmo.

—Me lo explico. Dos millones pueden mucho.

—¡Estais hoy terrible!

—¿Porque os digo la verdad?

—¡Bien cruelmente os vengais!

—Tal vez.

—¿Me odiais?

—No es ese el sentimiento que me inspirais. Es otro.

Roger palideció, pero se contuvo.

—Yo en cambio, dijo, os amo cada día mas. Os he ofendido cruelmente es verdad. Pero muchas veces las apariencias engañan. ¡Si hubiérais podido penetrar en el fondo de mi corazón, habrais visto que estaba más lacerado que el vuestro!

—Entonces engañabais á la generosa joven que iba á hacer el sacrificio de daros su mano. ¡Engañar á dos mujeres á la vez es demasiado!

—Sois implacable.

—No, pero con el mismo derecho que vos habeis dispuesto de vuestro corazón, he dispuesto yo del mio. Vuestra traicion me justifica.

—¡Teneis un amante!

—No. Tengo un amigo leal y generoso. Me ha cedido la fortuna de los Kerandal, sin exigirme nada en cambio, y despues ha desaparecido.

—¿Quién es ese hombre?

—Claudio Kerandal.

—¿El médico que os ha asistido?

—El médico á quien debo la vida y la fortuna. Sería muy ingrata si no le amara.

—¿No sabeis dónde está?

—Lo ignoro.

—Es una verdadera novela.

—Es la verdad, y si conseguís encontrarle, os ofrezco una fortuna.

—¡Tanto le amais!

Juana contestó con acento solemne:

—Sí. ¡Tanto le amo! ¿Por qué he de ocultarlo?

—¿Os casaríais con él?

—No lo sé. Sólo puedo aseguraros que no me casaré con otro.

—¿Es esa vuestra voluntad?

—Mi voluntad irrevocable.

—No lo creo. Los lazos que nos unen no se pueden romper tan fácilmente.

—Vos sois quien los ha roto.

—Quereis mi desesperación... mi muerte.

—Nadie se muere de amor, y vos menos que nadie. Hasta la vista, Roger.

—¿En París?

—Sí, en París.

Roger se levantó, y acercándose á Juana, la dijo en voz baja.

—Cuando me oigas, me perdonarás.

Juana se sonrió desdeñosamente.

—¿Me hablais así porque soy rica?

—Te hablo así porque eres hermosa y el fue-go de tus ojos me abrasa el corazón y me trastorna la cabeza. ¿Has olvidado nuestros dias de inefable ventura? Te amo tanto, que te mataria si te viera en brazos de otro hombre.

—Dos palabras para concluir. Yo os juro que no seré vuestra jamás. ¡Jamás! ¿No habeis comprendido de qué materia están formados los Kerandal? La lección no ha podido ser mas elocuente. Están formados de hierro. Yo soy tambien Kerandal.

—No conseguirás irritarme, repuso Roger cogiendo una mano á Juana y llevándosela á los labios. Serás mi mujer.

—Habeis recordado muy tarde vuestras promesas, señor de Ambares. Ahora es cuando debeis olvidarlas.

—No las olvidaré. Adios. Hasta que nos veamos en París.

XXVII.

El hotel de Ambares

La calle de Aguesseau es una calle propia de una provincia, cuya fisonomía no ha cambiado en medio siglo.

Los hoteles que hay en ella se parecen á las casas de las prefecturas de tercer orden, lo cual no impide que pertenezcan á las familias mas aristocráticas de París.

El aspecto del hotel Ambares es igual que el de los demás.

Consta de dos cuerpos y se eleva en medio de un jardincito.

El 15 de Noviembre estaba casi desierto.

Aunque hacia quince dias que Roger estaba en París, no había aumentado el personal de sus servidores.

Un buen fuego ardía en la chimenea.

Roger estaba sentado en un sillón al lado de la chimenea, fumando un rico habano.

De repente se abrió la puerta.

—¡Ah! ¿Eres tu, Máximo? exclamó Roger volviendo la cabeza, para ver quién era el osado que penetraba en su habitación sin hacerse anunciar.

—El mismo.

—Al menos tú no me abandonas.

—Vengo á anunciarte mi matrimonio.

—¿Con quién te casas?

—Con la señora de Reville.

—¿Un matrimonio por amor?

—No, Un matrimonio de conveniencia. El general ha ido más deprisa que yo.

—¿Se ha casado también?

—Sin que lo sienta la tierra.

—¿Con la señora Simonet? Así no tendrá que educar á los hijos de los demás.

—Supongo que los suyos no la darán mucho que hacer. ¿Y tú? ¿Qué haces? ¿Qué piensas?

—Mi presente es triste; mi porvenir incierto ..

—Ayer ví á la señora de Fonterose. Me ha causado verdadera lástima No ha sabido lo que valía su hija hasta que la ha perdido. Piensa retirarse á su pueblo natal. ¿Sabes quién ha heredado á tu prometida?

—Sí. Juana Trelan.

—Es verdad.

—¡Terribles contrastes de la vida!

—En efecto. Aquella desgraciada, que no tenía sobre qué caerse muerta, es hoy uno de los mejores partidos de Francia. Y tú...

Roger no contestó.

—Pero la verdad es que lo merece, prosiguió Máximo. Es una mujer encantadora.

—¿A quién se lo cuentas!...

—En Bretaña la ama todo el mundo y su nombre es bendecido por los pobres. Ha hechizado al procurador de Vannes, que es ya su consejero íntimo y su amigo. El notario, señor de Desrozieres, está loco por ella. El encanto ha sido general. ¿Pienzas todavía en Juana?

—Pienso... que no podré vivir sin ella. La buscaré, me arrojaré á sus piés, y si me rechaza... la mataré ó me mataré.

—Ya te lo había advertido. Es peligroso correr dos liebres á la vez. La sabiduría de las naciones se ha pronunciado contra este sistema. ¿Qué dice tu hijo de Judea, Moisés Blunner?

—Está furioso. Todos los días, á estas horas, me da un escándalo. Me extraña que no haya venido hoy. En aquel momento se oyó la campanilla.

Y un momento despues anunció el ayuda de cámaras:

—El señor Blunner pregunta si el señor de Ambares recibe.

—Dejadle entrar, contestó Roger.

Y dirigiéndose á Máximo, añadió:

—No te vayas. Estoy decidido á todo. Al fin tendré que levantarme la tapa de los sesos. Esta es la liquidación de cuentas que preparo á ese miserable.

—De seguro no contaría con que le pagases en esa moneda. ¡Mira lo que haces!

El judío entró.

Al ver al conde de Presle se quitó el sombrero.

Pero, recordando que era el amo de aquella casa, no tardó en recobrar su habitual aplomo.

—¿Venís á que arreglemos nuestras cuentas? le preguntó Ambares.

—A eso vengo.

—Pues sentaos y encended un cigarro, que la operación será larga.

—Muchas gracias, dijo el judío tomando el cigarro que le daba Roger.

—Empezad, señor Blunner, dijo Roger. ¿Cuánto os debo?

—Setecientos treinta y cuatro mil francos y diez céntimos, más los intereses correspondientes desde el 15 de Noviembre último. Un año justo.

—¡Bonita cantidad!

—¿Cómo pensais reintegrármela?

—El problema no puede ser más claro, objetó Máximo. Pero hay otro problema que resolver. ¿Qué cantidad te ha entregado este caballero, Roger?

—En este momento lo ignoro, repuso Blunner.

—¿En cuánto has vendido tu hotel á este caballero? siguió preguntando Máximo.

—En cuatrcientos mil francos, á retroventa.

—Vale el doble.

—El señor Ambares puede recuperarle entregándome los cuatrocientos mil francos. Hasta mañana puede hacerlo. Pasado el día de mañana, el hotel es mío.

—Tenemos, pues, como primera partida...

—Cuatrocientos mil francos, añadió Blunner.

—¿Tus demás bienes están hipotecados?

—Por su valor.

—Puedes venderlos, y con la diferencia vivir modestamente.

—¿Y cómo tratáis de pagarme los setecientos treinta y cuatro mil francos y diez céntimos?

Máximo se sonrió ligeramente.

Evidentemente sabía algo que los demás ignoraban.

—Hubiérais debido acudir á la fortuna cuando la teníais á vuestro lado, en vuestras manos, repuso Blunner dirigiéndose á Roger. ¿No sabéis que Juana Trelan ha heredado todos los bienes de su prima? Juana debió ser vuestra gallina de los huevos de oro. Habéis cometido una verdadera necesidad, Sr. Ambares.

—Creo que tenéis que arreglar hoy otras cuentas, dijo Máximo interrumpiendo á Blunner. Son las nueve y treinta y cinco minutos y á las diez estais citado en el hotel Maurice. ¿No es verdad?

—Os engañais, contestó Blunner con asombro.

—Estoy seguro de ello, repuso Máximo. Ved esta carta en que me lo anuncian.

A medida que el judío leía la carta, cambiaba de color.

—¡Cosa más singular! exclamó.

Y poniéndose el sombrero salió bruscamente.

En cuanto se cerró la puerta detrás de Blunner, Máximo dió otra carta á Roger.

Roger, al verla, palideció, murmurando:

—¡De Juana!

Juana le citaba en aquella carta, para aquel mismo día, á las once de la mañana.

XXVIII.

Liquidación de cuentas

Moisés Blunner tomó el primer coche que halló al paso y dijo al cochero:

—Al hotel Maurice.

Durante el camino leyó la carta que le había dado Máximo.

«Caballero:

»Me pedisteis permiso para volver á verme. Hoy soy yo quien os ruega que me veais en el hotel Maurice, donde estoy alojada provisionalmente. Se trata de asuntos de mi padre, acerca de los cuales quiero conocer vuestra opinión.

»Os espero á las diez en punto.

»Recibid la seguridad, etc.

»JUANA TRELAN.»

Cuando penetró en la habitación de Juana Trelan,

—Tenemos, pues, como primera partida...

—Cuatrocientos mil francos, añadió Blunner.

—¿Tus demás bienes están hipotecados?

—Por su valor.

—Puedes venderlos, y con la diferencia vivir modestamente.

—¿Y cómo tratáis de pagarme los setecientos treinta y cuatro mil francos y diez céntimos?

Máximo se sonrió ligeramente.

Evidentemente sabía algo que los demás ignoraban.

—Hubiérais debido acudir á la fortuna cuando la teníais á vuestro lado, en vuestras manos, repuso Blunner dirigiéndose á Roger. ¿No sabéis que Juana Trelan ha heredado todos los bienes de su prima? Juana debió ser vuestra gallina de los huevos de oro. Habéis cometido una verdadera necesidad, Sr. Ambares.

—Creo que tenéis que arreglar hoy otras cuentas, dijo Máximo interrumpiendo á Blunner. Son las nueve y treinta y cinco minutos y á las diez estais citado en el hotel Maurice. ¿No es verdad?

—Os engañais, contestó Blunner con asombro.

—Estoy seguro de ello, repuso Máximo. Ved esta carta en que me lo anuncian.

A medida que el judío leía la carta, cambiaba de color.

—¡Cosa más singular! exclamó.

Y poniéndose el sombrero salió bruscamente.

En cuanto se cerró la puerta detrás de Blunner, Máximo dió otra carta á Roger.

Roger, al verla, palideció, murmurando:

—¡De Juana!

Juana le citaba en aquella carta, para aquel mismo día, á las once de la mañana.

XXVIII.

Liquidación de cuentas

Moisés Blunner tomó el primer coche que halló al paso y dijo al cochero:

—Al hotel Maurice.

Durante el camino leyó la carta que le había dado Máximo.

«Caballero:

»Me pedisteis permiso para volver á verme. Hoy soy yo quien os ruega que me veais en el hotel Maurice, donde estoy alojada provisionalmente. Se trata de asuntos de mi padre, acerca de los cuales quiero conocer vuestra opinión.

»Os espero á las diez en punto.

»Recibid la seguridad, etc.

»JUANA TRELAN.»

Cuando penetró en la habitación de Juana Trelan,

Moisés Blunner, estaba verdaderamente preocupado.

¿Qué objeto podía tener aquella conferencia?

Juana le esperaba vestida de negro.

Un momento después de entrar Blunner, llegó el procurador de Vannes, señor de Buxieres.

—Señor Blunner, dijo Juana al judío, os presento al señor de Buxieres, procurador de la república, mi consejero y mi amigo.

Blunner saludó, pero, á juzgar por la cara que puso, la presencia del magistrado contribuyó á aumentar su preocupación.

El señor de Buxieres tomó la palabra.

—En 1870 desapareció el padre de esta señorita, Noel Trelan, llevándose consigo el secreto de su fortuna, y dejando á su hija pobre, sin amigos, en la tierna edad de diez años. Un día, en el colegio en que se educaba, recibió tres mil seiscientos francos para pagar un trimestre de pensión. Se ignora quién se los remitió.

—No fui yo, ciertamente, se apresuró á contestar el señor Blunner.

—No he querido aludiros. La señorita Trelan se encontró á la vez sin familia, y como he dicho, sin recursos. Sin embargo, su padre era rico, y si no era precisamente rico, al fin estaba en una posición desahogada. Vos sosteníais relaciones de amistad con él en aquella época. ¿Podeis darnos alguna noticia acerca del paradero de su fortuna?

Esta pregunta revelaba que el señor de Buxieres y Juana no sabían nada.

Y esta seguridad le tranquilizó algún tanto.

—No, contestó resueltamente. Noel Trelan no me consultaba sus asuntos.

—Pensadlo bien... Reunid vuestros recuerdos... añadió el señor de Buxieres.

—¡Hace tanto tiempo!...

—¿No le debíais personalmente alguna cantidad?

—Me había prestado algunas sumas para establecerme; pero recuerdo perfectamente que se las devolví. La fortuna que poseo está ganada por mí, franco á franco y honradamente.

—¡Honradamente! repitió el magistrado.

—En materia de créditos, repuso Blunner, yo no reconozco más que los títulos y las buenas firmas. Si me presentais alguna, la haré el honor que se merezca.

—Voy á complaceros, señor Blunner, contestó el procurador. Pero, tened la bondad de sentaros.

Blunner se enjugó la frente, que tenía cubierta de sudor.

El señor de Buxieres sacó del bolsillo un legajo de papeles.

—¿Conoceis estas letras? preguntó al judío.

Blunner quiso cogerlas.

—Podeis verlas desde ahí, le dijo el señor de Buxieres.

—¿A cuánto ascienden? preguntó Blunner.

—A cincuenta mil francos.

—Deben estar pagadas, y si no lo han sido, habrán prescrito.

—Pero si estas letras han prescrito, no está en el mismo caso este talon girado á nombre de los señores Rotschild en Agosto de 1870.

Blunner se puso rojo como la grana.

—Todas las infamias acaban por descubrirse, señor Blunner, añadió el procurador.

Después de un momento de silencio, dijo el judío.

—Quién debe cumple con pagar. Liquidemos.

—Debeis esta cantidad mas sus intereses desde Agosto de 1870. Transijamos. ¿Cuánto os debe el señor de Ambares? Dicen que está arruinado.

—El señor de Ambares es un miserable.

—Moderad vuestro lenguaje. Se os compran los créditos del señor de Ambares.

—¿En cuánto?

—Vais á cederme la escritura de venta de su hotel por cuatrocientos mil francos en un bono contra el Banco.

—Sea.

—Está convenido.

—Escribid.

El señor de Buxieres dictó el documento de cesión de los créditos contra Ambares, y Moisés Blunner escribió.

—Ahora, dijo éste, devolvedme mis papeles

A vos no os sirven para nada y yo tengo la costumbre de conservar esta clase de documentos.

—Como gustéis. Podeis retiraros ya.

El procurador acompañó al banquero hasta la antesala.

En el momento de salir, Blunner se volvió.

—Todavía debo de estaros agradecido. Habeis podido perderme. Si alguna vez me necesitais, contad conmigo.

—Muchas gracias, le contestó el procurador sonriéndose.

En la escalera se cruzó Blunner con Ambares y él conde de Presle.

—¿Ann teneis buenos amigos, dijo Blunner á Roger.

Al entrar en la habitación de Juana, la criolla dió la mano á Máximo, y volviéndose hácia Roger, le suplicó que se sentara.

—He querido hablaros por última vez, le dijo, en presencia de vuestro amigo el señor conde de Presle, para daros algunas explicaciones que os conviene conocer. La señora de Fonterose y yo nos hemos impuesto la obligación de la situación embarazosa en que os encontrais. Por esta escritura vuelve á vuestro poder el hotel que poseeis en la calle de Aguesseau, y por este documento aparecen canceladas todas vuestras deudas. Además la señora marquesa de

Fonterose os compra todas vuestras tierras, entregándoos seiscientos mil francos como excedente.

—Juana, exclamó Roger, ya sabéis que lo que quiero no es mi fortuna perdida.

—Todo ha concluido entre nosotros, le contestó Juana solemnemente. Es inútil que insistáis. He consagrado mi vida á una misión que cumpliré. Salid de aquí.

Y salió de la habitación despues de dar la mano á Máximo.

XXIX.

El fin de un jugador

Despues de su última entrevista con Roger de Ambares, Juana se dirigió á casa del médico que había protegido á Cláudio dirigiendo sus estudios y haciéndole su ayudante

El célebre doctor dispensó la más cordial acogida á Juana, pero nada pudo decirle acerca del paradero de Cláudio.

Ignoraba lo que había sido de él.

De paso hizo el más cumplido elogio de Cláudio, como hombre y como médico.

Cláudio había vivido en una casa de la calle de Hautefeuille.

Tampoco allí supieron decir á Juana dónde encontraría á su salvador.

Pasaron seis meses.

Juana vivía en la calle de Berry, en una casa que había pertenecido al marqués de Fonterose.

Roger se había valido de toda clase de medios para reconquistar el amor de su antigua querida.

Desesperanzado de conseguirlo, buscó el olvido en el juego.

En poco tiempo perdió una parte de la fortuna que debía á la generosidad de la marquesa de Fonterose y de Juana Trelan.

Un día, llevado de la desesperación y del amor de Juana, consiguió penetrar en el hotel de la calle de Berry.

En las habitaciones que atravesó no halló ningún criado.

Solo halló allí una mujer que le dijo que Juana había salido de París con dirección á Saboya.

En la habitación de Juana, y encima de un velador, vió el sobre de una carta, que decía:

«Señorita Trelan.

»En Thonen.

•(Alta Saboya)»

Juana había partido despues de recibir una carta cuya lectura la había llenado de júbilo.

Hé aquí lo que había sucedido.

El señor de Buxieres desesperaba ya de dar con el paradero de Cláudio, cuando una casualidad le puso en camino de descubrirlo.

Un antiguo amigo suyo y compañero de guerra le escribió participándole de haber salido felizmente de una operación quirúrgica, á la cual había tenido que someterse para salvarse de una muerte segura.

Debía este resultado á un joven médico establecido recientemente en Thonen.

Este doctor se llamaba Cláudio y en todo el país se le creía victima de una gran desgracia, por el aislamiento en que vivía y la tristeza que le consumía.

El señor de Buxieres se apresuró á comunicar estas noticias á Juana.

Juana se puso inmediatamente en camino, y al día siguiente llegó á Thonen.

Pocas horas después llegó al mismo hotel en que se alojó Juana un caballero de aspecto distinguido, pero cuyas facciones revelaban los extragos del vicio.

Preguntó si estaba en el hotel una señora cuyas señas respondían á las de Juana, y la contestación del dueño del hotel fué afirmativa.

Juana, en cuanto llegó á Thonen, preguntó por un médico que recientemente se había establecido en aquel punto.

La contestaron que estaba en el campo, pero que volvería al día siguiente.

Al día siguiente hizo que fuera un criado del hotel á llamarle, so pretexto de que tenía que hacerle una consulta.

Apenas salió el criado, se presentó Roger de Ambares en la habitación de Juana.

Juana, al verle, hizo un gesto de sorpresa.

—¡Vos aquí! le dijo.

—Sí, la contestó Roger. He sido muy culpable con vos, pero vos habeis sido más cruel conmigo. Sé á lo que habeis venido aquí. No puedo resignarme con la idea de que ameis á otro hombre. Es un sacrificio superior á mis fuerzas. He buscado en el juego el aturdimiento y la locura para olvidaros. No le he encontrado. He hecho mas. He descendido hasta la embriaguez. También ha sido inútil. Estoy arruinado y envilecido y os amo. ¡Os amo todavía!

—¿Qué quereis de mí? le preguntó Juana.

Roger dió un paso hácia su antigua querida.

Les separaba un velador.

La habitación de Juana constaba de dos habitaciones separadas por un tapiz de alfombra.

—Vas á saber lo que quiero, la contestó Roger. Has sido mía, y el hombre á quien tú has pertenecido no puede amar á otra mujer. No quiero tu fortuna. Te quiero á tí. Lo mismo te amaría si estuvieras cubierta de andrajos y muerta de hambre. Te he conocido demasiado tarde. Tienes razon para

rechazarme. Pero estoy dispuesto á afrontar tu ódio y tu desprecio.

—¿Y qué pensais hacer?

—Matarme en tu presencia. Pero antes te mataré á tí.

—¡Habeis perdido el juicio!

—Sí, estoy loco de amor, y, sobre todo, loco de celos. Tus desdenes me exasperan.

Se dejó caer á los pies de Juana y quiso cogerla una mano.

Juana retrocedió.

—No os acerqueis á mí, le dijo. Os lo prohibo.

—¡Ah! exclamó Roger fuera de sí. No quieres oírme... No quieres recordar nuestros dias de ventura...

Tienes razón. Estás formada de hierro como todos los tuyos. Eres una Kerandal. Te juro que serás la única mujer á quien ame... Te juro que seré tu esclavo... Te juro...

—Es tarde para todo eso.

—Es decir, que prefieres al hijo de los asesinos.

—Le amo, contestó resueltamente Juana.

Roger se levantó.

—Si te conduces como una Kerandal, debes morir como una Kerandal.

Y sacando una pistola del bolsillo apuntó á Juana.

Juana no se movió.

Partió la bala.

Pero una mano de hierro, apoderándose del brazo de Roger, hizo variar la puntería.

Cláudio había llegado á tiempo.

—Ya veis, dijo á Roger, que no solamente hay asesinos en mi familia.

Roger quiso revolverse contra Cláudio, pero Cláudio le rechazó violentamente.

—Si teneis corazon, exclamó Cláudio, haceos justicia vos mismo.

Roger desapareció detrás del tapiz que separaba las dos habitaciones.

Un momento después sonaba un segundo disparo.

Juana se arrojó en los brazos de Claudio.

—¡Te buscaba, exclamó, y al fin te encuentro!

—¡Y el pasado míol... murmuró Cláudio.

XXX.

Un año despues

Santa Gilda no está ya huérfana de sus amos.

Todos los antiguos servidores de la marquesa y de Nicolasa ocupan sus puestos.

Cláudio Kerandal ha recobrado su nombre y es la Providencia del país.

El y Juana hacen olvidar con sus beneficios los crímenes de Jacobo y Coentin.

rechazarme. Pero estoy dispuesto á afrontar tu ódio y tu desprecio.

—¿Y qué pensais hacer?

—Matarme en tu presencia. Pero antes te mataré á tí.

—¡Habeis perdido el juicio!

—Sí, estoy loco de amor, y, sobre todo, loco de celos. Tus desdenes me exasperan.

Se dejó caer á los pies de Juana y quiso cogerla una mano.

Juana retrocedió.

—No os acerqueis á mí, le dijo. Os lo prohibo.

—¡Ah! exclamó Roger fuera de sí. No quieres oírme... No quieres recordar nuestros dias de ventura...

Tienes razón. Estás formada de hierro como todos los tuyos. Eres una Kerandal. Te juro que serás la única mujer á quien ame... Te juro que seré tu esclavo... Te juro...

—Es tarde para todo eso.

—Es decir, que prefieres al hijo de los asesinos.

—Le amo, contestó resueltamente Juana.

Roger se levantó.

—Si te conduces como una Kerandal, debes morir como una Kerandal.

Y sacando una pistola del bolsillo apuntó á Juana.

Juana no se movió.

Partió la bala.

Pero una mano de hierro, apoderándose del brazo de Roger, hizo variar la puntería.

Cláudio había llegado á tiempo.

—Ya veis, dijo á Roger, que no solamente hay asesinos en mi familia.

Roger quiso revolverse contra Cláudio, pero Cláudio le rechazó violentamente.

—Si teneis corazon, exclamó Cláudio, haceos justicia vos mismo.

Roger desapareció detrás del tapiz que separaba las dos habitaciones.

Un momento después sonaba un segundo disparo.

Juana se arrojó en los brazos de Claudio.

—¡Te buscaba, exclamó, y al fin te encuentro!

—¡Y el pasado míol... murmuró Cláudio.

XXX.

Un año despues

Santa Gilda no está ya huérfana de sus amos.

Todos los antiguos servidores de la marquesa y de Nicolasa ocupan sus puestos.

Cláudio Kerandal ha recobrado su nombre y es la Providencia del país.

El y Juana hacen olvidar con sus beneficios los crímenes de Jacobo y Coentin.

La señora Jacut sigue al frente de la posada de *El Condestable*.

Cuando Cláudio está triste, procura consolarle.

El día 10 de Julio último, la marquesa de Fonterose, fué al castillo á hacer una visita á Cláudio y á Juana.

La pérdida de su hija la ha metamorfoseado.

La roca se ha fundido como la cera al fuego.

El amor de Juana la ha reconciliado con la vida.

Entre las ruinas de la casa solariega de Penhoet nacen ya flores.

FIN.

GORDAL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ANDRÉ THEURIET

GORDAL

VERSIÓN CASTELLANA

DE

EL COSMOS EDITORIAL



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

EL COSMOS EDITORIAL

Arco de Santa María, núm. 4, bajo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ALFONSO RIVERA

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

DIRECCIÓN GENERAL

Imprenta de F. Nozal, Jesús, 3 (esquina á la de las Huertas).

GORDAL⁽¹⁾

Era la época en que se construía la Casa-galera. Habiendo resuelto la administración de las prisiones, separar el personal de uno y otro sexo existente en la Cárcel de Cl, trasladando para ello las mujeres allí detenidas á otra localidad, un inspector general manifestó que los edificios de la antigua abadía de Auberive, respondían á las mil maravillas á los propósitos del ministro. Por consecuencia de este informe, el Estado había adquirido el antiguo dominio de los Cisternienses, y lo estaban reconstruyendo con arreglo á los planos levantados para su nuevo destino, con gran desesperación de los vecinos de la villa, á

(1) *Bigarreau*, cereza gordal ó garrafal, es el apodo con que el autor presenta al protagonista de esta narración. Nosotros le designaremos en ella con la palabra *Gordal*, tan solo, por parecernos más breve (*N. del T.*)

quienes hacía muy poca gracia el tener una casa de corrección en su vecindad.

El director de la cárcel de Cl..., impaciente por desentenderse cuanto antes de sus detenidas, apresuraba los trabajos con febril actividad, y como Cl..., no distaba más que unas ocho leguas de Auberive, pasaba la mitad del tiempo en los talleres de las construcciones, comenzadas ya, examinando las gruesas paredes, hostigando al arquitecto, molestando á los contratistas de las obras y haciendo desesperarse á los obreros.

Este director era un hombre fornido y rechoncho; su cara de negrero, encendida como la grana y maltrecha por las viruelas, estaba coronada por un verdadero casquete de cabellos crespos, é iluminada por ojos grises, huraños y fríos como el acero, pero singularmente enérgicos.

Hasta tanto que los edificios estuviesen en estado de recibir á las mujeres, habíase dispuesto que se trasladasen allí unos cincuenta muchachos, detenidos en la cárcel de Cl..., á fin de emplearlos en los trabajos de terraplenar y se les esperaba aquella tarde en Auberive.

Paseando por el camino que domina el valle del Aube, explicaba el director las ventajas de esta decisión á Mr. Ivert, guarda general de bosques, de quien era compañero de mesa en la única posada de Auberive.

—Van á llegar—le decía con cierto orgullo profesional;—antes de un cuarto de hora estarán aquí... Vienen de Cl... á pié, custodiados por sus celadores. Ya vereis como maniobran esos mozos.. ¡Son encantadores.. y felices.

Una amable sonrisa entreabrió sus finos labios, hendididos por tremenda cisura, al propio tiempo que sacudía con su roten de puño do marfil, los cardos del camino.

Poco tiempo después, mirando en dirección á la aldea de Bay, se vió, á favor del sol que se ponía, una nube de polvo que cubría el camino.

El director, sirviéndose de su ancha mano á guisa de pantalla, exclamó con acento de triunfo:

—¡Allí vienen!

No se engañaba; se les distinguió bien pronto envueltos en no pequeña polvareda. Iban formados de cuatro en cuatro; los mayores delante, á la cabeza, los pequeños detrás de los mayores y los celadores en fila exterior. Era una especie de procesión que avanzaba por entre los verdes zarzales del campo, claramente iluminada por los oblicuos rayos del sol, aproximándose á los muros de la antigua Abadía. Cuando estuvieron al alcance de la voz, á una señal del jefe de los celadores, entonaron una canción en la cual se ensalzaban las alegrías del trabajo y las bellezas de la naturaleza. Encerrados en su chaqueta de uniforme, cubriendo la gorra, metida hasta

las orejas, sus peladas cabezas, levantaban á compás los empolvados piés y desfilaban militarmente ante el director y su acompañante. Todos llevaban, respetuosamente, los ojos bajos y gritaban, por decirlo así, casi automáticamente, su virtuosa canción.

Al primer golpe de vista, todas aquellas figuras infantiles parecían cortadas por un mismo patron; todas tenían la misma mirada humilde y desconfiada, mirada semejante á la del perro á quien se ha castigado y que no se atreve á rebelarse por temor á ser castigado de nuevo; la misma palidez y abotagamiento resaltaba en sus rostros, notándose en todos ellos los mismos gestos mecánicos y la misma fingida jovialidad.

—¿No es verdad que son airosos?—exclamó el director golpeando el suelo con la contera de su baston; —han andado ocho leguas y parece que acaban de salir de la prisión... ¡Ahí los teneis, ágiles, frescos como rosas y alegres como pinzones!

¡Ágiles! era posible; pero algunos arrastraban trabajosamente los piés. En cuanto á su alegría, M. Ivert supo pronto á qué atenerse. Mientras que el director hablaba con el jefe de los celadores, uno de los detenidos se quedó algo rezagado, como tratando de reconocer al guarda-bosque. Su cara, salpicada de manchas rojas expresó la alegría y sus azules ojos se iluminaron por un momento.

—¡Número veinticuatro!—gritó el jefe de los cela-

dores—¿por qué os quedais atrás, como un haragan? ¡A la fila, pronto, pronto!

La picaresca fisonomía del muchacho se oscureció y Mr. Ivert, que le miraba de frente en aquel momento, se asombró de la expresión terrible é hipócritamente sumisa que adquirió de pronto el amarillo y pintado rostro del adolescente.

Siguiendo su cántico penetró la columna de los detenidos en el patio de la abadía y las verjas de hierro de la puerta principal se cerraron con estrépito tras ellos; pero el recuerdo de aquella amarilla y movable fisonomía, pintada de manchas rojas, entrevista un momento en el desfile, quedó grabado en la imaginación del guarda general.

Por la noche, al acostarse, volvió á pensar involuntariamente en ella. Le parecía haber visto en alguna parte un rostro semejante al del *número veinticuatro*; pero era su recuerdo tan vago, que no pudo asignar un nombre á aquella fisonomía. La cosa tenía para él poca importancia y al día siguiente ni se acordaba ya de ella.

Algunos días después, cuando M. Ivert, completamente solo, se hallaba sentado á la mesa desayunándose, su patrona, que era bastante loquaz, le dijo al servirle:

—A propósito, Mr. Ivert, ¿habeis visto á los niños que trabajan en la prisión?

—Sí: ¿qué quereis decir con eso?

—¿Qué? que hay uno que es de vuestro país y que os ha reconocido al pasar.

Mr. Ivert se acordó de nuevo de aquellos ojos azules, desmesuradamente abiertos y de la azorada fisonomía del número veinticuatro. Es seguro que su patrona se refería á este. Pero por mucho que revolvió en su memoria, no pudo recordar quien sería aquel muchacho de su país, que había ido á parar á la casa de corrección. La aventura no dejaba, sin embargo, de intrigarle y le entraron deseos de ver de cerca á su joven y precoz paisano. La cosa era fácil; la patrona había conquistado al jefe de los celadores y ella prometió á Ivert, que, valiéndose de él, le llevaría allí al día siguiente al detenido en cuestión.

A la hora de comer llegó el director, encantado de la buena conducta de «sus hijos», como él decía. No sabía hablar más que de ellos.

—¡Son admirables!— repetía constantemente.— Y sin embargo señores, constituyen la hez de la sociedad. Hay entre ellos asesinos é incendiarios, que han llegado á ser dóciles como corderos. ¡Ese es el resultado de nuestra disciplina física y moral!... De esas criaturas perversas, formamos nosotros trabajadores útiles, como de mala borra se fabrica buen paño. ¡La solución de la cuestión social está ahí, señores, y... tal vez la solución de la cuestión económica! Mis muchachos cuestan al Estado cincuenta céntimos

por día y por cabeza, y remueven la tierra como obreros á quienes tendríamos que pagar tres francos... ¡Reducción del coste de la mano de obra y moralización de la especie!... ¡Hé ahí el verdadero progreso humanitario!

El guarda general estuvo á punto de pedir algunas noticias acerca del número veinticuatro; pero el director, de mirada dura y lábios partidos, le inspiraba muy poca confianza, á pesar de las teorías humanitarias de que tanto blasonaba. Temiendo atraer sobre su desconocido paisano la atención de aquel terrible apóstol del progreso, por la disciplina y el trabajo á precio reducido, resolvió esperar y juzgar por sí mismo.

Al día siguiente, la puntual patrona introdujo en la habitación de M. Ivert á un muchacho de unos quince años de edad, con el cual le dejó solo. Era el número veinticuatro. Un tanto amarillo y grueso, oprimido en su traje de trabajo, permanecía con la gorra en la mano ante el guarda general. Su cabeza, de rubios cabellos cortados á punta de tijera, tenía todo el aspecto de una bola; sus ojos, azules y de astuta mirada, se levantaban y bajaban alternativamente fijándose en el guarda general como si su dueño quisiera estudiar á su interlocutor ántes de confiarse á él.

—¿No me reconocéis, señor?—preguntó con acento tímido, á la vez que burlon;—sin embargo, yo os

he servido de recadero muchas veces cuando estabais en Villotel

Estas palabras despertaron el recuerdo del guarda general:

—¡Gordal!— exclamó con viveza.

Entonces se acordó de un galopin de ocho años, de enmarañados cabellos de color de paja, que vagabundeaba por las calles de su aldea, llevando por todo traje una mala camisa y un pantalón hecho girones y lleno de remiendos, que el muchacho ostentaba con indiferencia y travesura encantadoras. Sus mejillas llenas y sonrosadas, y sus labios de color de cereza, le habían valido el extraño apodo de Gordal, con el cual había sido bautizado por las gentes de la comarca. Hijo de padre desconocido y de una pordiosera que le había abandonado, vivía bajo el dominio público, y ejercía para vivir, cien industriosos oficios, de los cuales el más honroso consistía en llevar las cartas amorosas de los jóvenes á las grisetas del barrio.

En el verano, en la época de los baños, guardaba la ropa de los bañistas, sentado á la sombra de los árboles, ó á la orilla del río, fumando y riendo á mandíbula batiente, cuando un nadador novel perdía las vejigas que le sostenían en el agua, y sumergiéndose en ella de repente creía ahogarse.

En el invierno se refugiaba en la barraca de un castaño, partía la leña para asar las castañas y

cuidaba de sostener constantemente un fuego lento bajo la agujereada sartén: atrapaba de cuando en cuando alguna castaña asada, que empezaba por quemarle los dedos y concluía por calmar las imperiosas exigencias de su vacío estómago. Todos estos detalles acudieron de pronto á la memoria de Mr. Ivert, que examinaba aquella fisonomía abotagada, de la cual habían desaparecido los sonrosados colores y en la que la estancia en la prisión había marcado ya, alrededor de los ojos y al extremo de los labios, una depravación precoz.

Se preguntaba, si al encargar en otro tiempo á aquel muchacho de llevar cartas amorosas, alimentando así sus vagabundas costumbres, no había sido el primero en lanzarle al camino que conduce al correccional.

Se creía responsable en parte de esta corrupción y, presa de un sentimiento de piedad, miraba casi afectuosamente á aquel pillete, que se entretenía en dar vueltas, distraidamente, á su gorro entre los dedos.

—¡Cómo! ¿eres tú, Gordal?—repetía.

—Sí yo soy,—respondió el muchacho, al propio tiempo que en su rostro se pintaba una pícarasca sonrisa y sus ojos se animaban.

—Pobre muchacho, ¿cómo es que te hallas preso?

—¡Ahí teneis!—replicó Gordal con el mayor desbarazo; —¡no he tenido suerte!... Ya sabeis que yo guardaba en el verano la ropa de las gentes que

iban á bañarse á La Breche .. Un día, sacudiendo un pantalon, cayó de uno de sus bolsillos una moneda de cinco francos... ¡Yo no había visto jamás tanto dinero junto; la moneda me quemaba los dedos!... Perdí la cabeza y eché á correr con ella en la mano. Os digo la verdad; apenas la hube metido en el bolsillo, cuando quise volver atrás para colocarla de nuevo en el pantalon... ¡Desgraciadamente había sido visto, me echaron mano y me llevaron preso, y después ante el tribunal, el cual me condenó á permanecer *enjaulado* hasta que tenga veintiun años... Esto se llama no tener suerte, ¿no es verdad, señor?

Contaba esto con voz ya ronca y con mezcla de indiferencia y de desvergüenza.

Ivert le preguntó, que como se encontraba con el tan decantado régimen del director. Entonces el labio inferior del muchacho se contrajo, su cara adquirió un sombrío tinte y haciendo una significativa mueca:

—Desgraciadamente—contestó—no es nada divertido... Nos han hecho venir desde Cl... á pie y con una mala sopa en el estómago; desde que hemos llegado, trabajamos en terraplenar cerca del bosque, en lo que va á ser el cementerio de la prisión, sin descansar un momento. ¡Diez horas de remover tierras en pleno sol! Y como si esto no fuera bastante, estamos mal alimentados: no nos dan más alimento que habichuelas á todas las comidas, y patatas á guisa

de postre. ¡Los celadores golpean como sordos! ¡Ah, señor, cuanto me acuerdo de aquel tiempo en que yo ganduleaba por las orillas del río de nuestro pueblo, viendo cómo se lanzaban á la corriente las arañas de agua!... ¡También yo quisiera lanzarme á la corriente como ellas; pero el director no quiere comprender lo mucho que se aburre uno en su *caja!*... «Frescos como rosas y alegres como pinzones»... Quiere que cantemos para hacer creer á las gentes que somos muy felices. ¡Qué farsa! ¡Y pensar que aun tengo para cinco años!... ¡Pero quereis creer que á pesar de todo esto, no siento deseos de morirme?

Su mirada se animaba y sus párpados se entrecebraban con aire misterioso. Concluyó su relación diciendo á su paisano algunos sueldos para tabaco.

Ivert le dió un franco, acompañando su regalo de un buen consejo. Gordal introdujo la moneda entre el forro de la gorra, escuchó el sermón con sonrisa irónica, y so pretexto de que iba á sonar la hora de entrar en el taller, se despidió con una reverencia del guarda general.

II.

El nuevo cementerio de mujeres debía ocupar un terreno baldío inmediato á los bosques de Montgeraud. Desde el lugar en que los detenidos trabajaban

iban á bañarse á La Breche .. Un día, sacudiendo un pantalon, cayó de uno de sus bolsillos una moneda de cinco francos... ¡Yo no había visto jamás tanto dinero junto; la moneda me quemaba los dedos!... Perdí la cabeza y eché á correr con ella en la mano. Os digo la verdad; apenas la hube metido en el bolsillo, cuando quise volver atrás para colocarla de nuevo en el pantalon... ¡Desgraciadamente había sido visto, me echaron mano y me llevaron preso, y después ante el tribunal, el cual me condenó á permanecer *enjaulado* hasta que tenga veintiun años... Esto se llama no tener suerte, ¿no es verdad, señor?

Contaba esto con voz ya ronca y con mezcla de indiferencia y de desvergüenza.

Ivert le preguntó, que como se encontraba con el tan decantado régimen del director. Entonces el lábio inferior del muchacho se contrajo, su cara adquirió un sombrío tinte y haciendo una significativa mueca:

—Desgraciadamente—contestó—no es nada divertido... Nos han hecho venir desde Cl... á pie y con una mala sopa en el estómago; desde que hemos llegado, trabajamos en terraplenar cerca del bosque, en lo que va á ser el cementerio de la prisión, sin descansar un momento. ¡Diez horas de remover tierras en pleno sol! Y como si esto no fuera bastante, estamos mal alimentados: no nos dan más alimento que habichuelas á todas las comidas, y patatas á guisa

de postre. ¡Los celadores golpean como sordos! ¡Ah, señor, cuanto me acuerdo de aquel tiempo en que yo ganduleaba por las orillas del río de nuestro pueblo, viendo cómo se lanzaban á la corriente las arañas de agua!... ¡También yo quisiera lanzarme á la corriente como ellas; pero el director no quiere comprender lo mucho que se aburre uno en su *caja!*... «Frescos como rosas y alegres como pinzones»... Quiere que cantemos para hacer creer á las gentes que somos muy felices. ¡Qué farsa! ¡Y pensar que aun tengo para cinco años!... ¡Pero quereis creer que á pesar de todo esto, no siento deseos de morirme?

Su mirada se animaba y sus párpados se entrecebraban con aire misterioso. Concluyó su relación diciendo á su paisano algunos sueldos para tabaco.

Ivert le dió un franco, acompañando su regalo de un buen consejo. Gordal introdujo la moneda entre el forro de la gorra, escuchó el sermón con sonrisa irónica, y so pretexto de que iba á sonar la hora de entrar en el taller, se despidió con una reverencia del guarda general.

II.

El nuevo cementerio de mujeres debía ocupar un terreno baldío inmediato á los bosques de Montgeraud. Desde el lugar en que los detenidos trabajaban

en los cimientos de la prisión se dominaba el valle del Aube. Se veía desde allí, como en el fondo de un valle, la pequeña iglesia y las dos calles de aldea enclavadas en montuosos bosques. Los tejados de pizarra de la antigua Abadía brillaban entre una gran alameda de pinos; el tortuoso y plateado Aube corría entre floridos prados en dirección de Boy, en donde un nuevo horizonte de colinas y bosques detenía la mirada. Las alondras gorjeaban en las alturas, adonde llegaba de seguro el ruido de las esclusas, el cántico de los gallos y las voces de los niños de la aldea. Era un alegre espectáculo el de aquel valle, bañado por el sol de las mañanas del estío. Pero los pobres muchachos que trabajaban en el desierto erial, gozaban poco de él.

Bajo el ojo avizor del jefe de los celadores, Seurrot, movían la tierra y no tenían tiempo para tales contemplaciones. Los mayores manejaban el azadón y los pequeños se unían, de dos en dos, para empujar los carretones. Con las espaldas cubiertas por gruesa tela y las cabezas por sombrero de paja, en continuo movimiento, parecían sobre el pardusco y pedregoso suelo, un hormiguero de blancas hormigas. Cuando se relevaban para enjugarse la frente, el lumíneo aspecto del verdoso valle, lejos de producir en ellos la calma y la alegría, despertaba en sus pechos juveniles sorda irritación. Aquella invitación á la alegría, que flotaba en el aire, tenía para ellos algo de

irónico y de cruel. El libre vuelo de las alondras, las rápidas excursiones de las golondrinas, tocando al agua con sus alas, les hacía pensar con más amargura en su forzado trabajo, en los golpes de los celadores y en los cerrojos de la prisión y les inspiraba deseos de rebelarse y de hacer novillos.

Entre los menos disciplinados y más impacientes, se encontraba nuestro amigo *Gordal*.

La víspera, al salir de la casa del guarda general, se había apresurado á emplear una parte de su dinero en comprar un paquete de cigarros y una caja de cerillas. Sus nuevas adquisiciones estaban ocultas en los bolsillos de su pantalon y desde por la mañana las tocaba, de cuando en cuando, con paternal solicitud prometiéndose *quemar* un cigarro tan luego como Seurrot volviera la espalda.

La tarea del día se interrumpía por un descanso de media hora, y, en el descanso, el guardían abandonaba un poco su meticulosa vigilancia. Seurrot era tierno de corazón, y los chispeantes ojos de la dueña del *Leon de Oro*, le arrastraban invenciblemente hacia el jardín de la posada, situada en la parte baja de los talleres. Gordal acechaba este momento. Tan luego como el jefe de los celadores tomó el camino del jardín, el número veinticuatro se deslizó como una culebra entre los enebros del talud, ganó el soto y eligiendo entre los árboles un roble, se lanzó á él, trepando por su tronco como una ardilla.

A horecadas en la horquilla de altas ramas y oculto en lo más espeso del follaje, sacó sus cigarros, encendió uno y saboreó lentamente las delicias del fruto prohibido. Se estaba bien allá arriba entre el verde ramaje y su frescura. Se percibían, por entre las ramas los tejados de la aldea y el reflejo del Aube en la pradera, y, más lejos, sobre las dos vertientes del valle, anchos campos de avena y de centeno, plagados de pipirigallos y rosado trébol, formando abigarrado conjunto, se agitaban al soplo de la brisa. Los mirlos silbaban en los bosques, las currucas en los sauces del río y un viento fresco le mecía como si estuviera en una hamaca. Se estaba tan bien allí, que Gordal se olvidó de todo. Cuando Seurrot volvió, llevando entre los dientes una rosa y pasó revista á su pequeña tropa, echó de ver en seguida que uno de los detenidos faltaba á la lista.

—¿Dónde está el número veinticuatro?—exclamó.

Los muchachos cambiaron entre sí una mirada burlona y su contestación fué el encogerse de hombros.

El jefe de los celadores creyó en un principio que se habría evadido, y se puso pálido. Sus inquietas miradas registraron el espesor de los bosques; de pronto distinguió en la copa de un árbol, ligeras aspirales de un humo azulado. Aquello no era natural y el delincuente debía estar allí guarecido. Seurrot saltó sobre el talud y en un abrir y cerrar de

ojos, estuvo al pie del roble; no le costó gran trabajo descubrir las colgantes piernas de Gordal.

—¡Ah! infame,—exclamó— ¿estás dándote tono y fumando, á pesar de prohibirlo el reglamento? ¿Vas á bajar, vergante?

Gordal había sido cogido infraganti, pero tenía ventaja sobre Seurrot por la posición en que se encontraba, y pensaba abusar de ella.

—Con mucho gusto— respondió— pero antes me prometeréis no castigarme.

—¿Me impones condiciones?—gritó Seurrot.—¡Baja voluntariamente, ó lo harás á la fuerza!

—Entonces me quedo,— respondió el testarudo muchacho.

El árbol era muy delgado y muy alto de copa y Seurrot no poseía condición alguna de trepador: entonces movió violentamente el árbol, pero Gordal permaneció impasible.

—¡Ah! te resistes á la autoridad, bandido! ¡Hola, muchachos, traedme un hacha! ¡vivo! A esta orden, lanzada con voz de trueno, dos de los detenidos se apresuraron á obedecer. Seurrot cogió lleno de rabia el hacha que le presentaban y sin que le preocupara la comisión de un delito forestal, atacó al árbol por el pié. A los primeros golpes el árbol se movió de alto abajo: pero Gordal continuó impasible. Los hachazos se sucedían, la corteza y la madera del roble saltaban en pedazos y el sudor corría por la

frente del celador. Los dos detenidos, á quienes este espectáculo divertía prodigiosamente, seguían con interés el progreso del corte. Se oyó un crugido brusco y entónces Gordal, reflexionando que de dos males es prudente evitar el peor, se deslizó por entre las ramas y cayó como un fardo al suelo, felizmente cubierto por blando musgo.

—¡Granujal yo te enseñaré á mofarte de mí— exclamó Seurrot cogiéndole por el brazo — Seurrot había sido polizonte y sus dedos oprimían como tenazas el brazo del muchacho, mientras que con la otra mano le golpeaba en los riñones, al propio tiempo que le empujaba hacia el taller.

—¡Ah! fumas á escondidas!—continuó el celador, acompañando cada palabra de un fuerte golpe; registró los bolsillos del detenido, le sacó los cigarros y los arrojó entre los escombros —¿Dónde has robado el dinero para comprar esto?

—¡Me lo han dado!—contestó Gordal.

—¡Silencio!... ¡A coger la azada, semilla de presidiario!... Mañana aclararemos este asunto cuando venga el director... El te enviará á que te pudras en un calabozo... ¡Entretanto cenarás esta noche pan seco!

Gordal pasó muy triste aquella tarde. Cuando á eso de las nueve de la noche pudo acostarse con el estómago vacío y el cuerpo dolorido por los golpes, principió á reflexionar con amargura acerca de las mise-

rias de aquel día y de lo que ocurriría al día siguiente. No habían acabado allí las cosas. El director debía llegar muy de mañana y era aún más cruel que los celadores.

Gordal conocía por experiencia la manera con que este terrible jefe castigaba las menores infracciones de la disciplina.

—¡No—pensaba revolviéndose en su hamaca,—es bastante lo que he sufrido, no esperaré su llegada!

Ideas de evasión bullían de nuevo en su cabeza. El dormitorio, improvisado para los detenidos estaba mal cerrado y los celadores tenían el sueño pesado; á eso de la media noche podría acaso escapar, y escalando la muralla ganar los bosques.

En todo caso, debía intentar esta aventura. Llegada la noche, oyó á uno de los celadores hacer su ronda, desnudarse después y arrojarse pesadamente en su camastro. Muy pronto sus ronquidos resonaron en el dormitorio.

Agil como un gato, Gordal saltó de la hamaca, cogió el pantalón y la chaqueta y colgó de su cuello los zapatos, atados el uno al otro con un bramante; después, descalzo, conteniendo la respiración, se deslizó hacia una ventana, que habían dejado abierta para ventilar la sala, que estaba situada en el primer piso. Una vez llegado á la ventana, sacó la cabeza hacia afuera para enterarse del peligro que pudiera correr. Debajo, en la semi-oscuridad de la noche,

distinguió tan solo campos de legumbres. El terreno, recién regado, debía estar blando, Gordal se descolgó de la ventana y fué á caer sobre un montón de coles, que amortiguó la caída. Se levantó palpándose y escuchó —ni un ruido, más que el claro murmullo del Aube deslizándose á través del jardín.— Siguió á lo largo del río hasta la salida del parque; después, lanzándose con decisión al agua, que no le llegaba más que hasta las rodillas, siguió la corriente y salió con ella á campo raso.

III.

En aquel tiempo, el correo que llevaba la correspondencia á Chatillon sur Seine, salía de Auberive á las tres de la mañana. En el momento en que el pesado vehículo, tirado por dos caballos, daba vuelta á la antigua fragua para entrar en el camino que conduce á Recey-sur-Ource, un muchacho, que llevaba los zapatos al hombro, subió á la carrera hasta la baca del coche y agarrándose á las cuerdas que sujetaban los equipajes, se sentó en la parte trasera con las piernas colgando. El ruido de las ruedas y el trote de los caballos, impidieron al conductor, que iba medio dormido, darse cuenta de la irrupción del incógnito viajero. El vehículo continuó rodando entre una nube de polvo, hasta la cima de la pendiente; atravesó con rapidez la aldea de Germaine, silenciosa y

dormida aún, subiendo luego con lentitud por la pendiente de los bosques de Colmiers.

Eran ya las cuatro y el sol empezaba á asomar tras de los bosques de Auberive, entre un semillero de ligeras y rosadas nubes. Los primeros rayos, rompiendo la oscuridad de los bosques, salpicaban,—acá un espeso tapiz de hiedra, allá un macizo de clematidas, mientras que en la parte baja del camino proyectaban azulada sombra entre dos taludes cubiertos de húmedos espinos é hipericones en flor.

Los pájaros sacudían sus alas jorgeando en la espesura y cántico de un gallo resonaba como un punto de corneta en lejano caserío.

Habían llegado á la cima de la meseta. Gordal (ya se habrá adivinado que era él), que continuaba agarrado á las cuerdas de la baca, pensó que era muy aventurado arriesgarse en el llano, cuando los vecinos bosques le ofrecían un asilo seguro, al par que fresco.

En un sitio en que las ruedas rozaban al talud, se dejó caer sobre la húmeda hierba, abandonando sin ser visto, como lo había hecho al subir, el coche, que entrando entonces en el camino llano, desapareció bien pronto entre el polvo. Después de haber seguido con la vista por largo espacio aquella aureola de polvo, que aumentaba y disminuía á la rojiza luz del sol saliente, Gordal, retirándose del camino, se puso los zapatos y se aventuró en el bosque.

Ebrio por la reconquista de su libertad, saboreaba

distinguió tan solo campos de legumbres. El terreno, recién regado, debía estar blando, Gordal se descolgó de la ventana y fué á caer sobre un monton de coles, que amortiguó la caída. Se levantó palpándose y escuchó —ni un ruido, más que el claro murmullo del Aube deslizándose á través del jardín.— Siguió á lo largo del rio hasta la salida del parque; después, lanzándose con decisión al agua, que no le llegaba más que hasta las rodillas, siguió la corriente y salió con ella á campo raso.

III.

En aquel tiempo, el correo que llevaba la correspondencia á Chatillon sur Seine, salía de Auberive á las tres de la mañana. En el momento en que el pesado vehículo, tirado por dos caballos, daba vuelta á la antigua fragua para entrar en el camino que conduce á Recey-sur-Ource, un muchacho, que llevaba los zapatos al hombro, subió á la carrera hasta la baca del coche y agarrándose á las cuerda que sujetaban los equipajes, se sentó en la parte trasera con las piernas colgando. El ruido de las ruedas y el trote de los caballos, impidieron al conductor, que iba medio dormido, darse cuenta de la irrupción del incógnito viajero. El vehículo continuó rodando entre una nube de polvo, hasta la cima de la pendiente; atravesó con rapidez la aldea de Germaine, silenciosa y

dormida aún, subiendo luego con lentitud por la pendiente de los bosques de Colmiers.

Eran ya las cuatro y el sol empezaba á asomar tras de los bosques de Auberive, entre un semillero de ligeras y rosadas nubes. Los primeros rayos, rompiendo la oscuridad de los bosques, salpicaban,—acá un espeso tapiz de hiedra, allá un macizo de clematidas, mientras que en la parte baja del camino proyectaban azulada sombra entre dos taludes cubiertos de húmedos espinos é hipericones en flor.

Los pájaros sacudían sus alas jorgeando en la espesura y cántico de un gallo resonaba como un punto de corneta en lejano caserío.

Habían llegado á la cima de la meseta. Gordal (ya se habrá adivinado que era él), que continuaba agarrado á las cuerdas de la baca, pensó que era muy aventurado arriesgarse en el llano, cuando los vecinos bosques le ofrecían un asilo seguro, al par que fresco.

En un sitio en que las ruedas rozaban al talud, se dejó caer sobre la húmeda hierba, abandonando sin ser visto, como lo había hecho al subir, el coche, que entrando entonces en el camino llano, desapareció bien pronto entre el polvo. Después de haber seguido con la vista por largo espacio aquella aureola de polvo, que aumentaba y disminuía á la rojiza luz del sol saliente, Gordal, retirándose del camino, se puso los zapatos y se aventuró en el bosque.

Ebrio por la reconquista de su libertad, saboreaba

con avidez el placer de vagabundear á su albedrío, sin preguntarse dónde iría, ni de qué iba á vivir. Lo importante por el momento, era despistar á los celadores; por de pronto les llevaba dos horas de ventaja y podía desafiarles á que adivinaran la dirección que había tomado. Así anduvo una legua por el monte, buscando siempre la espesura y huyendo de los claros; al cabo de la hora, el declive del terreno se hizo sensible, y después de haber bajado rápidamente á lo largo de una zanja, se encontró en el fondo de una garganta por la cual corría un arroyo. El lugar era muy solitario; de ambos lados, las pendientes, cubiertas de árboles, se elevaban como cortadas á pico, cubriendo con su sombra la estrecha banda de pradera en que corría el arroyo, á través de esbeltos juncos y verdosas zarzas.

Dos ó tres mirlos, únicos huéspedes de aquel valle, estaban ocupados en bañarse en la corriente, cuando Gordal desembocó en la orilla. No se molestaron por su presencia, y el placer que parecía producirles aquel baño matinal, indujo al fugitivo á imitarles. Desnudóse en dos segundos y se lanzó con delicia á aquella límpida agua, perfumada por los aromas de las plantas de menta y de violeta en flor. Cuando se hubo lavado á su gusto, se secó dando vueltas sobre la soleada alfombra de blanda hierba, vistiéndose después con lentitud. Mientras se ponía el pantalón se le ocurrió una ingeniosa idea. En lugar de ponerse

la chaqueta de uniforme, la escondió bajo una gran piedra que había al pié de un árbol. Esta parte de su uniforme llevaba una marca numerada que oía á la legua á prisión; esta marca hubiera podido venderle, mientras que en mangas de camisa y con pantalón de dril, podía pasar por un aldeano.

Una vez tomadas estas prudentes precauciones, lanzó á su alrededor hambrienta mirada. Había cenado mal la noche anterior, y el baño había venido á aumentar la debilidad de estómago que sentía. Después de algunas investigaciones, descubrió fresas maduras entre la hierba de un talud y frambuesas silvestres entre los zarzales inmediatos al arroyo. El desayuno era frugal, pero exquisito: y después de haberse comido todas las fresas y frambuesas que hubo á mano, nuestro buen Gordal se encontró un tanto satisfecho. Tendióse sobre la hierba, con la cabeza á la sombra y los pies al sol, y, mecido por el murmullo del arroyo, se quedó agradablemente dormido.

Este dulce sueño duraba hacía una hora, cuando fué turbado por ligero ruido de ramas y, sobre todo, por una fresca voz femenina, cuya canción creyó Gordal en el primer momento, que era un sueño. Entreabrió los ojos; pero con la prudencia que había adquirido durante su estancia en la prisión, y que se había hecho en él una segunda naturaleza, no se movió, á fin de ver, en lo posible, sin ser visto. Pre-

caución inútil, porque hacía ya algunos minutos que era objeto de observación.

Vió, á unos diez pasos de donde él se hallaba, á la cantora cuya voz le había despertado. Era una muchacha de unos quince años. Con una cesta llena de fresas en una mano, y un pedazo de pan casero en la otra, se había detenido á la orilla del arroyo, dejando de comer para examinar á aquel muchacho que le era desconocido. Gordal, inmóvil, fingía continuar su sueño, á fin de pensar lo que había de decir y hacer en aquel trance, y, sin dejar de reflexionar, espíaba á la recién llegada.

La muchacha iba vestida con una simple camisa, sujeta al cuello por una cinta, y un zagalejo de lana, bastante corto y deshilachado, que dejaba ver casi hasta la rodilla, dos piernas desnudas, llenas de rasguños, y unos pies calzados con anchos brodequines. Sus desnudos y delgados brazos estaban bronceados por el aire y el sol, lo mismo que su cara, cuyas mejillas se habían, no obstante, coloreado por el movimiento y el calor. Sus castaños cabellos, muy abundantes y mal contenidos por un peine de cuerno, caíanla en rizados mechones sobre la nuca y la frente, y hasta sobre sus negros ojos, muy abiertos, que miraban con mezcla de curiosidad y de desconfianza á Gordal, tendido sobre la hierba. El resultado del examen no pareció ser demasiado favorable. El ex-número veinticuatro no era una figura que se des-

pegase de aquel cuadro de verdor. El baño parecía haberle purificado de las manchas de la prisión; sus mejillas y sus labios habían vuelto á adquirir los vivos colores á que debía el apodo de Gordal, y su actitud de abandono le daba el aspecto de un buen muchacho. La desconocida, un poco tranquilizada después de su examen, dió algunos pasos hácia él, que por su parte, juzgó llegado el momento de sacudir su fingida soñolencia.

Estiró los brazos, como quien se despierta, se frotó los ojos y se incorporó sobre los codos.

Una maliciosa sonrisa entreabrió la boca bastante grande, de la muchacha.

— ¡Teneis el sueño pesado, eh! — exclamó.

— Diantre. — contestó Gordal, — cuando se está cansado se... — iba á decir se *sorna* pero contuvo en la garganta este término del *caló* — duerme como un tronco.... ¡Quien duerme, come!

— Sin embargo, no habeis ayunado del todo, — replicó la muchacha dirigiendo una mirada irónica á las plantas de frambuesa, holladas en la recolección hecha por el muchacho; — todo esto estaba lleno de frambuesas y de fresas y no queda ni señal de ellas.

Al concluir de decir esto, se echó á reir á carcajada y su acceso de buen humor inspiró confianza á Gordal.

— Esa es carne de poca sustancia, — suspiró, sin qui-

tar la vista del pedazo de pan que la muchacha llevaba en la mano—eso no llena el estómago.

La muchacha pareció comprender la elocuencia de aquella egoísta mirada.

—Si tenéis hambre—replicó con viveza—decidlo... Yo os daré gustosa la mitad de mi pan.

—No lo rechazo, porque no he comido nada desde ayer por la noche.

La muchacha partió en dos pedazos el pan y se lo presentó graciosamente á Gordal, acompañándolo del cesto de fresas.

—No penseis en mí, yo ya he comido bastante—se apresuró á decirle.

Gordal no se hizo rogar, y principió á comer. ¡Devoraba! La muchacha se había sentado sobre la hierba y contemplaba, embobada y sonriente, cómo tragaba el pan y las fresas su desconocido.

El fugitivo concluyó por avergonzarse de su voracidad y después de haber humedecido la colación con un trago de agua, sirviéndose para ello de la cavidad de la mano:

—¡Uf!—murmuró—¡esto es otra cosa!... ¡Gracias! ¡Ya era tiempo, me caía de hambre!

—¿De veras?... ¿No comeis en vuestra casa?

—No siempre—respondió lacónicamente el muchacho.

—¿Sois de Colmiers?

—No.

—¿Del Val-Serveux, acaso?

Gordal la examinó de nuevo, lleno de perplegidad. La franqueza de los límpidos y nada tímidos ojos de la muchacha, le predisponía á la confianza.

—Soy—la respondió—de un lugar de cerca de Auberive. ¿Conoceis aquel país?

—No he estado nunca en él; pero mi padre lo conoce... ¿No es en Auberive donde hay presos?

A esta inesperada pregunta, la perplegidad del muchacho aumentó.

—Sí... según creo—balbució evasivamente.

Su turbación no había escapado á la muchacha. Le miraba con una atención inquieta, y él comprendió que se ponía colorado por la obstinada mirada de aquellos jóvenes é inquisidores ojos. Para cortar esta enojosa conversación, la preguntó á su vez:

—¿Qué es vuestro padre?

—Es fabricante de almadreñas... Ahora trabajamos en la venta del Val-Serveux.. El año pasado teníamos el taller en los bosques de Gurgis.

—¿Sois muchos en vuestro taller?

—No; mi padre y yo, y un *Champañés* compañero nuestro.

—¿Cómo os llamais?

—Honorina... Honorina Vincart... pero me llaman Norina... ¿Y vos?

—¿Yo?... Gordal.

La boca de la muchacha se abrió de nuevo para dar paso á una sonora carcajada.

—¡Ese es un nombre de cereza, no es nombre de cristiano!

—Es un apodo—replicó el fugitivo con viveza.

—¡Ah! bien... ¿Cuál es el nombre de vuestro padre?

—¿Mi padre?... No lo he conocido.

—¿Y á vuestra madre?

—Murió—replicó el muchacho, con áspero tono.

—La mía también—dijo con dulzura Norina;—murió cuando yo no tenía más que diez años.

Hubo algunos minutos de silencio, Gordal masticaba nerviosamente un tallo de menta; la muchacha había mojado una de las manos en el agua y se entretenía en hacer rodar brillantes gotitas á lo largo de su desnudo brazo. Lanzó una penetrante mirada á su interlocutor, y después, volviendo á sus preguntas:

—¿Estábais sirviendo en Auberive?—dijo.

—Sí.

—Y os habeis marchado de casa de vuestros amos, ¿eh?

—Lo habeis adivinado—se apresuró á contestar Gordal, esperando que terminaría de este modo tan enojoso interrogatorio.

Pero no había contado con la tenaz curiosidad de la hija del almadreñero.

—¿Cómo se llamaban vuestros amos?—preguntó Norina.

Gordal, cogido de improviso, buscó sin encontrarlo, un nombre en su imaginación; luego pensó que si nombraba por casualidad á alguno de Auberive, corría el riesgo de que fuera descubierta su mentira, por aquel juez instructor en zagalejo y camisa. Se apoderó de él la impaciencia y replicó excitado:

—A fe mía que ya no me acuerdo.

Una mueca sospechosa plegó los labios de Norina.

—Poca memoria teneis—dijo con sequedad.

Frunció las cejas, levantó un dedo en alto y mirando frente á frente al desgraciado Gordal:

—¡Tened cuidado—prosiguió,— con las mentiras que me decís! Se me antoja que salís de la prisión de Auberive, de donde os habeis marchado con el permiso de las suelas de vuestros zapatos.

Se había levantado al propio tiempo, retrocediendo precipitadamente tres ó cuatro pasos, en tanto que Gordal, desconcertado, se ponía también en pié.

—¡Oh!—continuó Norina, mirando de alto á bajo al fugitivo, que había vuelto á tomar su aspecto ferroz.—¡No me mireis como si quisiérais tragarme!... No me meteis miedo y no tengo más que gritar para que acuda mi gente.

—¡No griteis!—suplicó Gordal con voz apagada,— prefiero deciros toda la verdad... Sí, me he escapado de la prisión; pero no teneis por qué tener miedo... ¡Yo no quiero mal á nadie y á vos menos que á cualquiera otro... ¡Os ruego que no me delateis!

Entonces, apresuradamente, la contó su historia, sin omitir la aventura de la víspera. Habló del régimen de la prisión y de los malos tratamientos de que había sido objeto de parte de los celadores, y la enseñó las manos, hinchadas aún por los golpes.

Norina se había ido acercando poco á poco, concluyendo por ponerse de rodillas sobre la hierba. Escuchaba con creciente interés el relato de las desgracias de Gordal; sus negros ojos se humedecían unas veces, destellando otras gran indignación. Cogió una de las manos del fugitivo y examinó con atención las violáceas manchas, prueba fehaciente de los malos tratamientos de los celadores.

—¡Qué salvajes!— exclamó,—¿os pegaban? ¡Es una cobardía pegar á un muchacho indefenso!... ¿Qué edad teneis?

—Diez y seis años.

—Como yo. ¿Y os habeis escapado?... ¡Habeis hecho muy bien, yo hubiera hecho lo mismo en vuestro lugar!... ¿Qué pensais hacer ahora?

Gordal dijo que temía que le cogieran de nuevo, porque entonces, el castigo sería terrible. Que tenía intención de ocultarse en los bosques durante el día, y caminar durante la noche, hasta que estuviera muy lejos de la prisión... Que entonces procuraría encontrar trabajo en alguna fábrica.

—Soy fuerte,—añadió mostrando sus robustos bra-

zos,— podré ganar fácilmente mi pan. Nome intimida el trabajo.

Norina se había quedado pensativa. Sentada sobre la hierba, cuyos tallos rozaban su pecho, tenía los codos sobre las rodillas y los dedos hundidos entre los cabellos; los verticales pliegues que marcaban el nacimiento de sus cejas casi unidas, indicaban que se había entregado á profunda meditación.

—Oid,—dijo al cabo de algunos momentos,— creo haber encontrado una solución que tal vez os convenga... Mi padre piensa tomar un aprendiz... Sobre todo, ahora que *el Champañés* ha ido á pasar unos dias á su pais... No os gustará aprender el oficio de almadreñero?

—¿Por qué no? ¡He tenido ya tantos oficios, que me importa poco tener uno más!

—En mi casa estareis bien oculto... ¡Es tan raro encontrar alli otras gentes que los leñadores del valle del Val-Serveux! Excepto en el otoño, cuando la caza está abierta, y entonces nosotros nos marchamos.. Con seguridad que los gendarmes no irán á buscaros alli.

—Si. Pero vuestro padre no querrá tener á su lado á un fugado de la prision.

—¡Eso es cuenta mía!—respondió Norina con tono decidido, dándose cierta importancia, no desprovista de coquetería.—Venid conmigo.

Le cogió una de las manos y le condujo por la ori-

lla del arroyo hasta una revuelta, desde la cual se velan, la falda de los bosques y el aduar de los almadreñeros.

Norina hizo sentar á su protegido detrás de unos sauces, y le encargó que permaneciera oculto hasta que ella le llamara.

—Voy á hablar al padre Vincart—dijo—No os movais... Si oís cantar tres veces seguidas imitando el canto del cuco, es que el asunto está arreglado. Entonces dirigiros hacia la choza, yo os saldré al encuentro,

La muchacha atravesó el arroyo, saltando de una á otra, sobre las grandes piedras colocadas en él, á guisa de puente, y se encaminó hacia la choza.

La instalación de los almadreñeros se componía de una ancha choza de forma cónica, cubierta con tierra musgosa, y de una barraca de madera con cubierta de refama, en donde descansaban los zuecos hechos, sobre un lecho de virutas. El taller, propiamente dicho, estaba al aire libre, y en el momento en que llegó Norina, el tío Vincart, á caballo sobre su banco, cortaba con la azuela unos zuecos del tronco de una haya. Su entreabierta camisa dejaba ver el ya grisáceo vello de su pecho. El tío Vincart era un hombrecillo encorvado, de unes cincuenta años, muy vivo, de nariz larga y ojos alegres.

Al sentir los pasos de Norina, levantó la cabeza y

acogió á su hija con socarrona sonrisa que circundó de arruguitas todo el cerco de sus ojos.

—¡Hola, ¡golondrina mía! —dijo.—Sin que esto sea reponderos, os haré notar que habeis empleado mucho tiempo en almorzar.

Norina se puso seria, y replicó con tono de niño mimado:

—No os incomodeis; he estado ocupándome de vuestros asuntos.

—¡Caramba! ¿De qué asuntos?

—¿No dijisteis el otro día que os alegraríais de tener un aprendiz?

—El caso es que el *Champañés* me falta grandemente y que de buena gana hubiera tomado á otro cualquiera para que me ayudase... Pero los aprendices no nacen en los bosques como las setas.

—Sin embargo, yo he encontrado uno en la Fontenelle, y lo he tomado para vos...

—¡Cómo!—exclamó el almadreñero turbado;—me parece que habeis obrado con ligereza, querida! No es cosa de admitir al primer advenedizo, á cualquiera.

—No es cualquiera—dijo crudamente Norina;—es un muchacho fornido y que trabajará mucho.

—¿Y de dónde viene ese muchacho?

Norina bajó la cabeza un momento, y levantándola después con decisión:

—Es un muchacho—dijo—que estaba sirviendo en

casa de unos fabricantes de cestas, le pegaban y les ha dejado plantados. Yo le he encontrado en la Fontenelle, tenía hambre y le di mi pan y unas fresas que llevaba en la cesta.

El tío Vincart movió la cabeza con aire de admiración.

—¡Buena recomendación! — murmuró — es muy vuestro, Norina, eso de apiadarse de los fugitivos.

—Me ha dado lástima, sí, y después de pensarlo mucho, lo he dicho que le tomaréis como aprendiz, y estoy segura de que tendréis en ello una satisfacción... Ahora, si no os fiáis de mí, sois libre de no tomarle... Cometeríais una tontería, he ahí todo, y el pobre muchacho irá a morir de hambre por esos mundos de Dios.

Norina pronunció estas últimas palabras con acento conmovido, acompañándolas de un gesto de mal humor. Conocía bien a su padre y sabía el medio de conseguir siempre lo que se proponía.

—¿Quién habla de no admitirle?—respondió el almadrero, medio convencido ya.—No digo que no, solo que no me gusta admitir en nuestra casa gente desconocida y quisiera verle antes de recibirle... ¿Dónde está *tu* muchacho?

—Voy a enseñároslo... Además, no os vais a casar con él, cuando el Champañés venga, estareis siempre a tiempo de despedir... á Claudio Pinson, si no os conviene su trabajo.

Durante esta conversación en la cual se decidía su suerte, Gordal esperaba impaciente sentado detrás de los sauces. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan emocionado. El encuentro con Norina y la manera con que le había socorrido, constituían para aquel adolescente, hasta entonces tan desgraciado, acontecimientos completamente nuevos, que rayaban en lo maravilloso. Tenía miedo de que tan inesperada fortuna desapareciera de repente, como las libélulas azules que había visto revolotear su pensamiento al borde del arroyo y que luego desaparecían para no volver. Los minutos le parecían inmensamente largos y aunque no hacía más que un cuarto de hora que estaba esperando, empezaba ya á descorazonarse.

—¡Ea!—pensó—es que no quieren nada conmigo...

En aquel momento se oyó la voz de Norina que repitió tres veces, con cierta sonoridad:

—¡Cu... cu! ¡Cu... cu! ¡Cu... cu!

Se levantó de un salto, y saliendo de su escondite, se lanzó en dirección al lugar de donde había partido la señal convenida.

Bien pronto distinguió á Norina, que corría hacia él.

—¡Venid!—dijo toda sofocada, al llegar á su lado—mi padre consiente en tomaros y probar si le servís... Le he dicho que os llamis Claudio Pinson y que estábais sirviendo en casa de unos cesteros que os cas-

tigaban .. Retened bien todo esto en la memoria, á fin de no cortaros cuando os interrogué.

Se detuvo para tomar aliento, y sus lípidos ojos permanecieron fijos en los de Gordal.

—Me ha visto obligada—continuó—á engañar á mi padre para dulcificarle, y eso me causa mucha pena... Tratad de que no me arrepienta de haberlo hecho.

Por primera vez en su vida se daba cuenta Gordal de lo que [podía ser la bondad, y, por primera vez en su vida también, sus ojos se inundaron de lágrimas que ni el sufrimiento ni la cólera habían podido arrancar.

El fondo de sensibilidad que existe en el corazón de todo ser humano, y que hasta entonces había estado oculto para él, se revelaba bruscamente.

En un arranque de gratitud cogió la mano de Norina y la estrechó entre sus gruesos y doloridos dedos.

La muchachuela retuvo la mano del fugitivo entre la suya, y así cogidos se dirigieron hácia el taller al aire libre, en que el tío Vincart continuaba su tarea, interrumpida por la presencia de su hija.

—Aquí teneis á Claudio Pinson,—dijo Norina.

El almadreñero miró de arriba abajo á Gordal, que frotaba con aire confuso la mano contra el pantalón.

—¡Es un buen mozo!—murmuró por fin con tono

satisfecho,—y si tiene tan buenos deseos de trabajar, como buena es su presencia, podremos arreglarnos .. Muchacho, Norina me ha hablado de tí y te tomaré por vía de ensayo; vamos á ver lo que sabes hacer... Aquí es preciso trabajar de firme, pero aquí no pagamos á nadie... ¿Te conviene esto?

—Sí, señor.

—Pues bien, para hoy, la muchacha va á ponerte al corriente de lo que tienes que hacer, porque ella se arregla para el trabajo como un hombre y no tiene quien la iguale en manejar el escoplo y dar forma á un zueco... Mañana te pondré una herramienta en la mano y sabremos para lo que sirves.

IV.

Son las dos. El momento en que el bosque, bajo el sol del estío, parece como abrasado y adormecido. Sobre una gruesa piedra que hay encima del arroyo de la Fontenelle, muy estrecho y rápido en este sitio, están sentados Honorina Vincart y Gordal, dejando que la corriente agite sus pies. Están descalzos y el agua, en su rápida corriente, baña sus pies con ligero murmullo. Hacía ya más de quince días que el falso Claudio Pinson servía de aprendiz al tío Vincart, quien le empleaba en cortar y aserrar los troncos de haya, y como era robusto y dispuesto, desempeñaba á las mil maravillas este cometido. En aquella quin-

tigaban .. Retened bien todo esto en la memoria, á fin de no cortaros cuando os interrogué.

Se detuvo para tomar aliento, y sus lípidos ojos permanecieron fijos en los de Gordal.

—Me ha visto obligada—continuó—á engañar á mi padre para dulcificarle, y eso me causa mucha pena... Tratad de que no me arrepienta de haberlo hecho.

Por primera vez en su vida se daba cuenta Gordal de lo que [podía ser la bondad, y, por primera vez en su vida también, sus ojos se inundaron de lágrimas que ni el sufrimiento ni la cólera habían podido arrancar.

El fondo de sensibilidad que existe en el corazón de todo ser humano, y que hasta entonces había estado oculto para él, se revelaba bruscamente.

En un arranque de gratitud cogió la mano de Norina y la estrechó entre sus gruesos y doloridos dedos.

La muchachuela retuvo la mano del fugitivo entre la suya, y así cogidos se dirigieron hácia el taller al aire libre, en que el tío Vincart continuaba su tarea, interrumpida por la presencia de su hija.

—Aquí teneis á Claudio Pinson,—dijo Norina.

El almadreñero miró de arriba abajo á Gordal, que frotaba con aire confuso la mano contra el pantalón.

—¡Es un buen mozo!—murmuró por fin con tono

satisfecho,—y si tiene tan buenos deseos de trabajar, como buena es su presencia, podremos arreglarnos .. Muchacho, Norina me ha hablado de tí y te tomaré por vía de ensayo; vamos á ver lo que sabes hacer... Aquí es preciso trabajar de firme, pero aquí no pagamos á nadie... ¿Te conviene esto?

—Sí, señor.

—Pues bien, para hoy, la muchacha va á ponerte al corriente de lo que tienes que hacer, porque ella se arregla para el trabajo como un hombre y no tiene quien la iguale en manejar el escoplo y dar forma á un zueco... Mañana te pondré una herramienta en la mano y sabremos para lo que sirves.

IV.

Son las dos. El momento en que el bosque, bajo el sol del estío, parece como abrasado y adormecido. Sobre una gruesa piedra que hay encima del arroyo de la Fontenelle, muy estrecho y rápido en este sitio, están sentados Honorina Vincart y Gordal, dejando que la corriente agite sus pies. Están descalzos y el agua, en su rápida corriente, baña sus pies con ligero murmullo. Hacía ya más de quince días que el falso Claudio Pinson servía de aprendiz al tío Vincart, quien le empleaba en cortar y aserrar los troncos de haya, y como era robusto y dispuesto, desempeñaba á las mil maravillas este cometido. En aquella quin-

cena todo había sido para él felicidad. El tío Vincart, aunque gruñon é impaciente, no era mal hombre; en cuanto á Norina, había tomado cariño á su protegido, y como en su calidad de niña mimada y voluntariosa, hacía lo que quería de su padre, había hecho al recién llegado muy agradable su estancia allí. Le había hecho poner una blusa vieja de almadreñero, arreglada á su estatura, y le había instalado una cama en la habitación que les servía para almacenar las almadreñas, al lado del jergón de paja y de helechos, reservado al compañero ausente. Allí, envuelto en una manta, el exdetenido dormía á pierna suelta hasta el alba; al oír cantar los tordos y escuchar la voz de la madrugadora Norina, se levantaba descansado y dispuesto para el trabajo.

Aunque se trabajaba mucho en el taller del tío Vincart, tenía también sus ratos de ocio y de distracción. El trabajo principiaba al amanecer y duraba hasta la hora de almorzar, que era á mediodía. Durante las horas de más calor, el tío Vincart dormía la siesta y no se volvía á empezar el trabajo hasta las cuatro. Norina y Gordal aprovechaban este tiempo para correr juntos por los bosques vecinos. La muchacha, flexible como una culebra y viva como una ardilla, iniciaba á su compañero en los goces de la vida en la floresta. Ella sabía poner lazos á los conejos y pescar á mano truchas y cangrejos. Conocía entre la maleza y á lo largo de los senderos, cubiertos de

hierba, los sitios donde había buenas setas y donde estaba segura de hacer una recolección de ellas. Esta existencia solitaria en medio de los saludables bosques, aquellos días de trabajo al aire libre, habían metamorfoseado rápidamente á Gordal.

Ya no era aquel detenido, socarrón y malo, sobre cuyas espaldas llovían los golpes de los celadores, ya no era aquel galopin pervertido por los años de holganza y la influencia corruptora de la prisión. Gracias al trato diario con aquella pequeña hada salvaje, que había llegado á ser su inseparable compañera, se descubrían ahora en él, gérmenes de delicadeza y sensibilidad de que él mismo se admiraba.

En aquel momento, Gordal mojaba con delicia sus pies en la corriente del Fontenelle, al mismo tiempo que todo su ser se bañaba en una dicha más fresca aún que el agua del manantial.

—¡Vamos, á ver Claudio!—dijo Norina mirándole cariñosamente;—¿os ha quitado el calor la gana de hablar? Estais mudo como un pez.

—No es el calor lo que me la ha quitado, sino la alegría. Me parece que sueño y tengo miedo despertar. Antes cuando dormía en mi hamaca en la prisión, me ocurría soñar que era libre; luego, al despertar, me daba cuenta de que aquello no había sido más que un sueño é intentaba volverme á dormir para prolongarlo... Ahora me ocurre lo mismo; no me atrevo á moverme, de miedo á ver desaparecer como el humo,

el Fontenelle, el taller y á vos misma Norina y encontrarme de nuevo entre las garras del jefe de los celadores.

—De vos solo depende el que esto dure... Mi padre está satisfecho y asegura que tenéis disposición para llegar á ser un hábil obrero en nuestro oficio... ¡El os conservará á su lado con el mayor placer, á menos—añadió guiñando maliciosamente los ojos,—que os aburrais de estar con nosotros!

—¡Ah! Norina, ¿cómo podéis decir eso? Yo no estoy contento más que á vuestro lado.

—¡En ese caso, estad tranquilo—dijo con decidido tono Norina—y no os martiriceis pensando en lo que tal vez no llegue á suceder!... Mi padre no volverá del mercad hasta ya de noche; hasta entonces somos completamente libres... Yo me voy á aprovechar de esta libertad echando un sueño sobre la hierba.

Se puso de pie sobre la piedra, estiró los brazos, enjugó al sol sus encarnados y relucientes pies, y recorriendo con una mirada los alrededores del arroyo, distinguió en una pendiente en que daba la sombra, un gran espacio cubierto de brezos, y fué á tenderse allí, con las piernas recogidas entre el zagalejo y los brazos formando arco alrededor de su desnuda cabeza. Gordal la siguió y se arrodilló á pocos pasos de su protectora. Mientras el sueño se apoderaba de ella, Norina, en su lecho de brezos, con los ojos entrecerrados y ligera sonrisa en los labios, contemplaba pere-

zosamente, mirando á través de sus largas pestañas, á su silencioso compañero, los inmóviles árboles y á la parte de cielo que podía descubrir por entre las ramas. Poco á poco, sus oscuras pupilas fueron ocultándose hasta dejarse de ver por completo, sus párpados se cerraron y, haciendo una mueca, se durmió.

Gordal, siempre de rodillas, habíase acercado á su joven amiga, y quitándose la larga blusa, había cubierto cuidadosamente con ella sus desnudos pies; luego, valiéndose como de un abanico, de una hoja grande de helecho, trató de impedir que las moscas turbasen su sueño. ¡Trabajo, le había de costar el conseguirlo! Las moscas, cada vez más molestas por el calor, revoloteaban alrededor de Norina con monótono zumbido, obstinándose en posarse unas veces sobre sus brazos y otras sobre su cuello ó sus sonrosadas mejillas; de cuando en cuando el aprendiz de almadreñero suspendía su tarea para contemplar estasiado á Norina, verdaderamente encantadora en su rústica belleza semi-formada.

Las juguetonas é impertinentes moscas parecían detenerse apropósito sobre los más delicados contornos de la dormida, como para acentuar más los detalles de aquel hermoso cuerpo de muchacha, próxima á convertirse en mujer. Tocaban ligeramente con sus negras alas los párpados, de largas pestañas, su desnudo y bronceado brazo y el blanco y apenas modelado pecho, cuyo nacimiento dejaba ver la ca-

misa, mal sujeta por la cinta que llevaba al cuello.

La atmósfera en que Gordal viviera hasta entonces, no había contribuido por cierto á inculcarle principios de moderación y honestidad; corrompido desde su infancia, arrojado muy pronto en el cieno de la prisión, en donde los vicios bullen como sanguijuelas en pantano, á los quince años, Gordal no ignoraba ni respetaba ya nada.

Sin embargo, la vista de Norina, dormida y medio desnuda, no despertaba en él ningún mal pensamiento ni ningún brutal deseo. La emoción que sentía tenía algo de instintivo respeto y de dulce admiración.

Aquel vagabundo, que había crecido entre precoces viciosos, cínicamente depravados, comprendía á la vez, al contemplar á su amiga, la revelación de la gracia femenina y el encanto virginal. Y esta nueva percepción, unida á un sentimiento de gratitud, le sumía en un éxtasis voluptuoso y casto. Contemplaba á Norina con admiración y timidez y esta contemplación bastaba para hacerle feliz. Alrededor de ambos, el espeso bosque elevaba su follaje como para protegerlos con su pacífica y verdosa seguridad.

Esta paz no era turbada más que por el murmullo del arroyo, que huía bajo los árboles con rapidez, y por las palomas torcaces, cuyo arrullo tenía siempre las mismas amorosas notas. Los helechos, enrojecidos por el sol, exhalaban un penetrante perfume, pa-

recido al de la grosella madura. Los tallos de las retamas mostraban sus negras fundas y sus doradas flores; una azulada mariposa saliendo de la espesura de los bosques, se posaba de cuando en cuando sobre un salicario de color púrpura, emprendiendo de nuevo su silencioso vuelo.

Esto duró algunas horas, al cabo de las cuales Norina sacudió sus cabellos, llenos de florecitas de brezo, desunió los brazos y una sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Habéis despertado?—preguntó Gordal.

—¡Ah! ¡Hace largo rato que no dormía ya!... Os espantaba.

—¿Y no decíais nada?

—¡Quí! Os hubierais levantado, y me gustaba veros de rodillas cerca de mí.

—¿De veras?—exclamó el muchacho poniéndose muy colorado.

—Sí; me mirábais con tan buenos ojos, que me gustaba permanecer sin moverme, sintiéndooos tan cerca de mí... No tengo miedo á vuestro lado; no me sucede lo mismo con el Champañés.

—¡El Champañés!

—Sí; el obrero de mi padre... Le tengo siempre tras de mí, pisándome los talones. Cuando voy al bosque me persigue por todas partes...

—¿Vendrá pronto?

—Creo que sí; al ménos no ha ido más que por

quince días á su país... ¡Si se quedára por allá, no sería yo quien lo sintiera!... Pero volverá. Mi padre tiene interés en que vuelva, porque es buen obrero.

La fisonomía del muchacho se había oscurecido. Sin conocer al Champañés, le detestaba ya por lo que acababa de oír á Norina y temía que su vuelta fuera causa de disgusto.

— Escuchad Claudio—continuó Norina— cuando esté de vuelta, será preciso que desconfieis de él y procureis hacer os amigo suyo. Es envidioso y taimado y si os toma ojeriza, es capaz de jugaros alguna mala pasada.

Habían echado á andar hacia el taller. El sol descendía en el horizonte, ensanchando las sombras de los árboles sobre el plano inclinado de la cortadura, cuyos espinos y abrojos parecían despedir dorado polvo.

El tío Vincart debía llegar ya entrada la noche. Después de haber ido á buscar agua á la fuente, mientras que Gordal encendía fuego al aire libre, Norina se ciñó un delantal azul y se puso á preparar la comida que se componía de patatas y de rábanos. El aprendiz se ocupaba entre tanto en partir astillas, mirando de reojo á la muchacha, muy absorta en su faena. Sentada en el tronco de un árbol, con el pelo suelto, despachaba su tarea, y cortando los rábanos y las patatas en pedazos, tarareaba una canción. El sol se escondía cada vez más entre las nubes. Su

enorme globo, de un color rojo vivo, aparecía por segmentos entre las altas ramas, y la hierba y el agua del arroyo se teñían del mismo color rojo. En el cénit, el cielo muy límpido, tomaba tonos de turquesa; entre el ramaje, los pajarillos le despedían con suaves gorjeos; en tanto que los grajos graznaban en la espesura. Poco á poco llegó el crepúsculo; el sol había desaparecido por completo, las altas campánulas floridas, no ofrecían ya á la vista más que un ténue color lila y un vapor blanquecino indicaba el caprichoso curso del Fontenelle, cuyo ruido se oía claramente á través del silencioso bosque.

La marmita, colocada sobre las brasas, hervía suavemente. Gordal abandonó su asiento y fué á sentarse sobre un montón de hierba seca, á los pies de Norina, al lado del fuego, que azuleaba sobre las cenizas. Los dos guardaban silencio: con la cabeza levantada hacia el cielo, contemplaban las estrellas, que se destacaban en el azul más sombrío.

—¿Por qué—exclamó bruscamente Gordal—no somos los dos solos á trabajar en el taller? Sería tan bueno trabajar juntos, Norina! .. ¡Preparar la comida entre los dos y esperar la noche así, el uno al lado del otro!

En aquel momento se oyeron, aunque algo lejanas y en dirección á la entrada de la cortadura, algunas voces. A los pocos instantes resonó en la misma dirección un sonoro «¡Eh!»

—Ahí viene mi padre—dijo Norina levantándose:—pero me parece que no viene solo. .

En efecto, el tío Vincart llegaba acompañado de un mezo, con el cual hablaba gesticulando. Cuando estuvieron á unos veinte pasos, los penetrantes ojos de Norina conocieron al recién llegado, á pesar de la distancia.

—¡Ah! ¿eres la mala pieza del Champañés?

—¡Hola, muchachos!—gritó el tío Vincart—¿está dispuesta la cena?... Traigo refuerzo. Al dejar el camino de Gorgis me he encontrado á éste, que se encaminaba hacia acá.

—¡Buenas noches!—dijo Norina con tono de mal humor.—Tened un poco de paciencia; la comida va á estar en seguida.

—¡Buenas noches, Norina!—dijo á su vez con melosa entonación el Champañés, quitándose el morral.

—¿Va bien?

Al mismo tiempo examinó curiosamente á Gordal, quien por su parte sostuvo con serenidad el examen del recién llegado. A los últimos albores del crepúsculo, el aprendiz pudo ver que era un muchacho rechoncho, de maneras cautelosas, de fea boca y torcida mirada. Una barba rala y mal cuidada adornaba su rostro; tenía las mejillas relucientes, y, por encima de sus ojos, dos líneas rojas parecían querer indicar que tenía cejas.

—Este es Claudio Pinson, el aprendiz de que te he

hablado—dijo el tío Vincart, contestando á la muda interrogación de su acompañante.— Claudio, aquí tienes al Champañés; él es quien continuará tu instrucción y á quien debes obedecer como á mí... Ahora que ya os habeis conocido, sentémonos y demos trabajo á los dientes.

Norina habia llevado dos escudillas de porcelana blanca, llenas de sopa. Durante largo rato no se oyó otro ruido que el de las cucharas al chocar sobre las escudillas

Un tanto reforzados los estómagos, el tío Vincart se volvió hacia el Champañés, preguntándole:

—¿Qué hay de nuevo por tu país?

—¡Nada!... Al volver, me he detenido en Auberive: allí sí que hay novedades. Uno de los muchachos que trabajan en la nueva prisión se ha fugado, y esto hace que ande allí todo revuelto.

Gordal tembló en su asiento, y Norina le pellizcó violentamente para recomendarle prudencia.

La noche estaba demasiado oscura para que se pudiera notar la alteración de la fisonomía del aprendiz. Pero éste, en su emoción, dejó caer la escudilla, que al chocar sobre una piedra se hizo pedazos.

—¡Torpe!—exclamó el tío Vincart.—¿Es esa la manera que tienes de tratar mis cacharros?

—¡Ya veremos—dijo sonriendo el Champañés—si es diestro con una herramienta en la mano!... Pues sí, patron; uno de los presos ha tomado las de Vi-

lladiego, pero le straparán... Han enviado á todas partes su filiación, y los gendarmes le siguen los pasos.

V

—¡Tened mucho cuidado!— murmuró al día siguiente Norina, dirigiéndose á Gordal, que pasaba á su lado conduciendo unos troncos en la carretilla. — ¡Ayer, cuando dejásteis caer nuestra escudilla, me disteis muy mal rato!... Si os aturdis así desde luego, el Champañés, que es astuto como una garduña, olfateará nuestro secreto y no dejará de servirse de él en contra vuestra.

—No puedo ver ya á ese hombre; le detesto, contestó Gordal.

—No importa; es preciso presentarle buena cara... Es mejor para amigo que para enemigo.

Gordal prometió ser prudente y hasta halagar al Champañés, por ser el encargado de dirigirle en el oficio. Pero se hubiera creído que el Champañés estaba prevenido en contra del nuevo huésped del taller. Buscaba siempre el medio de cogerle en falta. Aunque sabía muy bien que Gordal era aún nuevo en el oficio, le confiaba lo más difícil del trabajo, y cuando el desgraciado echaba á perder un trozo de madera, ó daba mal el corte con la herramienta, el Champañés llamaba al tío Vincart y le mostra-

ba lo que el muchacho había hecho, diciéndole que aquel aprendiz no dejaría nunca de ser torpe.

Norina, por su parte, á fin de suavizar el mal humor del Champañés, se había propuesto mostrarse menos áspera con él y no acoger como antes, con sofiones, las impertinentes galanterías de aquel á quien ella llamaba *el bizco*. Pero esto no dió resultado alguno en provecho de su protegido. Viendo que no se le rechazaba como antes, el Champañés atribuyó este cambio á su linda cara y se imaginó que Norina principiaba á suavizarse. Entonces se mostró más atrevido en sus persecuciones, llegando bien pronto á hacerse insoportable. Norina no podía encontrarse á solas con él sin exponerse á sus brutales propósitos. Un día se le acabó la paciencia y se incomodó, tratando con sequedad al odioso bizco, volviendo desde entonces á sus ásperos y despreciativos tratamientos. Este cambio irritó violentamente al vengativo Champañés y despertó sus sospechas, un momento adormecidas.

Los celos desarrollan en aquellos de quienes se apoderan una sutil perspicacia y dan á los sentidos de la visión y del oído una agudeza propia de los tísicos. El Champañés percibía en el taller del tío Vincart una atmósfera amorosa que le ponía fuera de sí. Expiaba á los dos muchachos y adivinaba antes que ellos la naturaleza del sentimiento, aun inconsciente, que les inclinaba el uno hácia el otro. A partir

de este momento, sus deseos frustrados, su vanidad herida, engendraron en él el odio del cual fué la víctima el infortunado Gordal.

El oficial del almadreñero, aguzando el ingenio para hacerle la vida insoportable, no escaseaba ni las calumnias ni los malos tratamientos.

Gordal, acostumbrado desde hacía ya mucho tiempo, al régimen de la prisión y á los golpes de sus guardianes, soportaba en un principio con bastante filosofía, el mal humor y el injustificado proceder de su compañero. A pesar de esto, se le subía á veces la sangre á la cabeza y se veía obligado á ahogar su cólera, cosa que le costaba mucho trabajo, á fin de evitar una euestion que no hubiera dejado de redundar en perjuicio suyo y que indudablemente le hubiera costado el ser despedido del taller.

—¡Ya no aguanto más!—dijo una mañana á Norina, en ocasión en que estaban juntos pescando cangrejos en el arroyo del Fontenelle,—si *el bizco* continúa así, concluiré un día por cojerlo por la garganta y extrangularlo.

—Tened paciencia, amigo Claudio,—le dijo la muchacha sacando fuera del agua sus húmedos brazos y echándose á la espalda los rebeldes cabellos que le caían sobre los ojos,—eso pasará pronto... El *Champañés* no estará mucho en nuestra casa... Yo encontraré medio de que riña con mi padre y que éste le despida... Hasta entonces es preciso ser cautos, por-

que él es muy malicioso y mientras estemos en este país debemos temer que llegue á averiguar de donde habéis venido.

Levantó la cabeza, y vuelta hacia Gordal, trató de animarle con cariñosa y sonriente mirada.

Estaba en aquel momento casi á la orilla del arroyo, con el zagalejo recojido hasta las rodillas y los cabellos flotando sobre sus hombros, cubiertos apenas por ajustada chaqueta, cuya descosida tela dejaba ver su blanca epidermis. Los inclinados árboles, que entrecruzaban sus ramas por encima de la corriente, la envolvían en una suave oscuridad, en cuyo fondo sus negros ojos brillaban como diamantes.

—Desgraciadamente—añadió bajando la voz—me temo que ese [bribon esté ya sobre la pista... A propósito, ¿no me habéis dicho que ocultastéis cerca de aquí vuestra chaqueta de uniforme?

—Sí, bajo una piedra, en el recodo que forma el Fontenelle.

—Si me hicieráis caso, os aconsejaria que fueráis á sacarla de allí y ocultarla en cualquier agujero. ó mejor aún, quemarla, lo cual sería más seguro.

—¿Creeis que el bizco la encontrará allí?

—Lo temo todo de hombre tan mal intencionado como el Champañés.

—¡Bah!—replicó con indiferencia Gordal,—si la mala fortuna quiere que yo sea descubierto, lo seré aunque me esconda bajo tierra... En mi vida he te

nido suerte más que el día en que me dirigí hacia aquí.

—Razon de más para que os quedéis—exclamó Norina frunciendo las cejas y saliendo de un salto fuera del agua.—¡No pensáis más que en vos!—continuó en tono de reconvención.

Había ido á sentarse al sol, entre la hierba del talud, y se había tendido con visible mal humor, con los codos apoyados en el suelo, la cabeza entre las manos y los dedos entre los cabellos.

Gordal fué á colocarse á su lado.

—¿Os habéis incomodado, Norina?—preguntó.

—Sí—replicó la muchacha con despecho:—os empeñáis en no hacer caso de nada y nada de lo que á los demás atormenta os inquieta á vos.

El muchacho la cogió de un brazo y se esforzó en descubrir su cara, que ella se obstinaba en tener oculta entre las manos.

—Perdon, querida Norina—balbuceó con suplicante entonación;—no ha sido mi ánimo afligiros... Si no pienso más que en mí, es por una mala costumbre que he adquirido, porque nadie, hasta que os he conocido á vos, se había inquietado jamás por lo que á mí pudiera ocurrirme. Pero sería preciso no tener corazón para olvidar vuestras bondades.

Había conseguido cojerla las manos y ella las había dejado entre las suyas. Los dos guardaban silencio y el bosque les mecía maternalmente en su rega-

zo, con sus zumbidos de insectos, sus ruidos de agua corriente y sus lejanos arrullos de palomas. Los floridos tallos de la serpoleta y de la mejorana, esparcían alrededor de ellos un grato perfume que se les subía á la cabeza, y Gordal experimentaba una deliciosa turbación que le cortaba la palabra y casi la respiración.

Norina levantó lentamente sus ojos, sobre el aprendiz cuyas negras pupilas se habían humedecido como las moras con el rocío.

—Me prometéis estar alerta, ¿no es verdad?—murmuró con voz tierna.—Me parece que el Champañés fragua algo contra vos.

—¿Por qué?

—Porque es muy celoso... y está conmigo más rabioso que nunca.. Esta mañana cuando estábamos en el taller, quiso abrazarme y le di un bofetón; entonces, lleno de cólera, me dijo mirándome con muy malos ojos: «Si ese canalla de aprendiz estuviera en mi lugar, no serías tan arisca.» Se me acabó la paciencia y le dije en su misma cara: «¡Si, es verdad, le querría más que á un feo y bizco como vos!»

Gordal se había puesto muy colorado.

—Y... ¿es verdad eso, Norina?

—Yo no miento jamás—balbuceó Norina, escondiendo la cara entre la hierba y prosiguiendo con voz casi ahogada por esta.—¡Os quiero más que vos me queréis á mí!... He visto hace un momento que

os acostumbrarais á la idea de abandonarme, mientras que yo... si os marcháseis...

Se interrumpió para deshacerse en lágrimas.

—¡Norina, mi querida Norina, no llores!...

Levantó la cabeza de la muchacha, y trastornado por verla llorar, había acercado su cara á la de su amiga. Tierna, fraternalmente, trataba de enjugar sus lágrimas besándola en los ojos. Elia echó sus brazos bruscamente alrededor del cuello de su amigo y, por la primera, por la única vez, los labios de Gordal tocaron los virginales labios de Norina. La sensación de aquel primer beso penetró en las venas de los dos adolescentes como un filtro y les dejó por un momento aturcidos, trastornados. Un ruido de ramas, producido acaso por algún ciervo que iba á beber á la Fontenelle y que se había asustado á la vista de aquellos enamorados, les sacó de su éxtasis... Norina se puso en pie de un salto y, muy colorada, á la vez que alegre y confusa, se escondió á su vez desapareciendo por entre las plantas de al pie del arroyo.

Gordal quedó solo, con el corazón palpitante: sentía aún sobre sus labios la impresión deliciosa y húmeda de los de Norina; le parecía que los árboles daban vuelta á su alrededor, y que hasta el sol al ocultarse se deslizaba insensiblemente hácia el arroyo, cuyo ruido le parecía que aumentaba. Poco á poco volvió en sí y acordándose de la promesa hecha á Norina,

quiso aprovechar la ocasión de estar próximo á la piedra, bajo la cual había ocultado su comprometedora chaqueta y deshacerse de ella para siempre. Medio vacilante aún se dirigió hacia el ribazo del arroyo. Levantaba ya la piedra, cuando volviendo prudentemente la cabeza, vió al otro lado de la Fontenelle, hacia la mitad de la ladera, la lejana é inmóvil silueta del Champañés. Temió ser sorprendido en medio de su tarea y dejando caer la ancha piedra se sentó encima de ella como quien descansa de un largo paseo, afectó tirar piedras á la corriente, cortó una vara de un brote de un avellano y se alejó después con aspecto indiferente.

Durante un cuarto de hora, el vallecito de la Fontenelle quedó solitario. El ciervo á quien los dos jóvenes habían espantado, pudo haber bajado entonces de la espesura en que se había escondido á ir á beber el agua del manantial.

Los mirlos, los tordos y los grajos de las inmediaciones, así lo hicieron.

En el sitio en que Norina y Gordal se habían sentado, y cuyas holladas plantas conservaban aun la huella de sus cuerpos, el serpol y la mejorana enderezaban poco á poco sus acostados tallos, cuando otro imoportuno vino á pisarlos de nuevo.

El Champañés, que había estado agazapado en el bosquecillo de la opuesta pendiente se dirigió hacia el arroyo, que atravesó, y cuya corriente caprichosa

siguió con curiosidad hasta la blanca piedra en que Gordal había estado sentado; allí se detuvo, y sirviéndose de sus manos como de palanca, levantó rápidamente la piedra, brillando en su rostro un relámpago de satisfacción.

—¡Hola! — murmuró entre dientes, mientras desplegaba la chaqueta medio corroida por la humedad.
—¡He aquí el *pastell*!

Examinó la chaqueta, dándola vueltas en todos sentidos; en el forro del cuello se podía leer aun, marcado con tinta de imprenta. «Cárcel de Cl... número 24,» lanzó un gruñido sordo volvió á colocar la chaqueta en su húmedo escondite y dejó caer la piedra.

—¡Estaba seguro de ello! refunfuñó,—el pájaro se había escapado de la jaula de Auberive. ¡Ave del correccional, espera un poco, no tendrán tus alas tiempo para emprender de nuevo el vuelo!

Y metiéndose las manos en los bolsillos, subió silbando la pendiente, que, cortando el bosque, se dirige á la carretera. El ruido de sus herrados zapatos y la cadencia de su silbo, fueron apagándose paulatinamente entre los árboles y el valle volvió á tomar su silencioso y solitario aspecto.

El Champañés reapareció á la hora de comer y dijo que había ido á Colmiers á casa del afilador á llevarle una herramienta para que la afilase. Estaba más hablador y de mejor humor que de costumbre, por

lo que el tío Vincar le dijo «que debía haberse bebido hasta la muestra de la taberna». Norina y Gordal, conmovidos aún por la brusca revelación de su amor, y completamente ocupados en saborear sus recuerdos, tomaban poca parte en la conversación. La comida les ocupó poco tiempo y se fueron á acostar.

Al día siguiente por la mañana, salió el sol resplandeciente, en un cielo de verano muy puro. La obra que tenían en el taller era mucha y urgente, y empezaron muy de mañana la tarea. El tío Vincart y el Champañés, inclinados sobre sus bancos, vaciaban con el taladro las almadreñas, ya trazadas, y las pasaban á Norina, quien los concluía valiéndose del escoplo.

Gordal colocaba en seguida las unas al lado de las otras, las almadreñas concluidas y las ahumaba á un fuego lento de virutas verdes.

A cosa de las diez, se detuvieron para comer una empanada y beber un trago de vino, y después de haber trabajado con las manos, trabajaban alegremente con los dientes. De repente, al levantar la cabeza para llevar la botella á los labios, el tío Vincart vió moverse una cosa extraña entre los árboles del bosquecillo de enfrente. Las ramas, bruscamente separadas, dejaron ver sombreros apuntados y uniformes.

—¡Hola!—exclamó—A alguien buscan.

Norina les había visto al mismo tiempo que su padre.

—¡Los gendarmes!—exclamó—¡Huye, Claudio!...

Gordal estaba ya en pie y dispuesto á huir cuando una zancadilla del Champañés le echó al suelo. En el mismo momento un hombre se lanzó entre ellos saliendo de detrás de la choza y el aprendiz se sintió cogido, al levantarse, por una mano de hierro cuyo propietario adivinó quien era, por la presión que sus dedos ejercían sobre sus carnes.

—¡Tunante!—exclamó el celador Seurrot, sacudiendo al desgraciado muchacho;—¡al fin te encuentro!... ¡Esta vez yo te quitaré la gana de correr!

Y según le decía esto le daba golpes en los riñones.

Gordal, pálido, con los dientes apretados, recibía los golpes sin chistar. Los gendarmes habían abandonado la orilla del bosque y llegaban á la carrera.

Norina se había aterrado de tal modo, que no podía hablar. Sus negros ojos se habían puesto amenazadores y sus manos se crispaban.

—¡Miserable! ¡infame!—exclamó por fin, dirigiéndose al Champañés;—¡tú eres quien le ha vendido!

El Champañés, con maliciosa sonrisa, se encogió de hombros y volvió la espalda.

—Champañés—dijo el tío Vincart—¡indignado—¡jamás hubiera creído yo eso en tí! Después, dirigiéndose á los gendarmes.—¡Perdon señores!—añadió.

¿Porqué queréis llevaros á este muchacho?

—Este muchacho—respondió con severidad el cabo Fondreton,—es un pillete que se ha escapado de la prisión de Auberive y que vamos á entregar allí incontinenti... En cuanto á vos, tío Vincart, habéis hecho mal en ocultar á semejante bribon sin dar parte á la autoridad, y por consecuencia, correis peligro de ser perseguido como cómplice... ¡Dicho esto, en *marcha!*

Pero Norina se había interpuesto entre los gendarmes y Gordal y trataba de arrancar á éste de las garras de Seurrot.

—¡Os lo ruego! ¡Dejadle, señores, dejadle!... suplicaba.—¡No es malo; trabaja, y con nosotros llegará á ser un hombre de bien, mientras que allí, con todos aquellos presos, se perderá... se perderá... ¡Os respondo de él señores; dejadle; haremos de él un buen obrero!

El amor la sugería argumentos que, á su parecer debían convencer á cualquiera persona sensata; pero los gendarmes se mostraban impasibles, ni más ni menos que si hubieran sido de piedra.

Norina se obstinaba en cerrarles el paso, y el celador Seurrot la separó bruscamente.

—¡En *marcha!*—dijo arrastrando á su prisionero.

—¡Norina, tío Vincart, adios!—articuló al fin Gordal con voz ahogada;—¡jamás os olvidaré!

La escolta y el detenido se alejaron rápidamente por el bosque.

Norina se empeñaba en seguirles, y á los gendarmes les costaba mucho trabajo mantenerla á distancia. Les suplicaba en vano, que la dejaran abrazar á su amigo por última vez. Cuando vió que permanecían insensibles se enfureció.

—¡No tenéis corazón!—exclamó—no os da vergüenza ser tres á torturar á un pobre muchacho!... ¡Pero no lo dejaré así, iré á quejarme al prefecto, al mismo emperador!... Claudio es nuestro yo le quiero, le quiero!... ¡Devolvedmelo!

Desmelenada, con los ojos despidiendo chispas, llenaba el bosque con sus lamentos. Les siguió hasta el extremo del bosque; allí, agotadas sus fuerzas, ronca á fuerza de gritar, se dejó caer á la orilla del camino.

—¡Norina,—murmuró Gordal, mientras que Seurrot le empujaba hacia la carretera,—todo es inútil, vuélvete!... ¡Adios, te quiero mucho!

—¡Claudio!...—exclamó la pobre niña con voz ahogada.

Los gendarmes y el prisionero se alejaron por el polvoriento camino y, siempre detrás de ellos se elevaba la voz de Norina que decía: ¡Claudio! ¡Claudio mío!...

—¡Gendarme Schenepp,—decía á su subordinado, el cabo Fondreton mordiéndose los bigotes,—los gritos de la muchacha me revuelven el estómago como

un redoble de tambor... Hay momentos, Schenepp, en que es difícil armonizar el servicio con los sentimientos... indudablemente.

VI.

La misma noche del día en que ocurría esta escena, el director de la prisión llegó muy alegre al comedor de la posada, en donde el guarda general Ivert le esperaba para comer.

—¡Bien os había yo dicho que no iría muy lejos—exclamó;—los gendarmes y el jefe de los celadores, han cogido á mi fugitivo en un escondrijo del bosque y lo han traído más que de prisa. A estas horas descansa en el calabozo...

Se sonrió con crueldad y sus ojos expresaron innoBLE fiereza, luego añadió, haciendo una expresiva pantomima con su roten de puño de marfil:

—¡Seurrot estaba furioso, y antes de encerrar al tunante, le ha administrado una corrección que le quitará el disgusto de los paseos al aire libre!

La corrección debía, en efecto, curar para siempre á Gordal de tales deseos. Después de haberle molido á golpes, Seurrot había encerrado en una celda á su prisionero, que estaba completamente sudando aún, por su larga excursión en pleno sol.

Gordal pasó bruscamente de la cálida y alegre luz de los caminos á un oscuro calabozo, cuyas paredes

La escolta y el detenido se alejaron rápidamente por el bosque.

Norina se empeñaba en seguirles, y á los gendarmes les costaba mucho trabajo mantenerla á distancia. Les suplicaba en vano, que la dejaran abrazar á su amigo por última vez. Cuando vió que permanecían insensibles se enfureció.

—¡No tenéis corazón!—exclamó—no os da vergüenza ser tres á torturar á un pobre muchacho!... ¡Pero no lo dejaré así, iré á quejarme al prefecto, al mismo emperador!... Claudio es nuestro yo le quiero, le quiero!... ¡Devolvedmelo!

Desmelenada, con los ojos despidiendo chispas, llenaba el bosque con sus lamentos. Les siguió hasta el extremo del bosque; allí, agotadas sus fuerzas, ronca á fuerza de gritar, se dejó caer á la orilla del camino.

—¡Norina,—murmuró Gordal, mientras que Seurrot le empujaba hacia la carretera,—todo es inútil, vuélvete!... ¡Adios, te quiero mucho!

—¡Claudio!...—exclamó la pobre niña con voz ahogada.

Los gendarmes y el prisionero se alejaron por el polvoriento camino y, siempre detrás de ellos se elevaba la voz de Norina que decía: ¡Claudio! ¡Claudio mío!...

—¡Gendarme Schenepp,—decía á su subordinado, el cabo Fondreton mordiéndose los bigotes,—los gritos de la muchacha me revuelven el estómago como

un redoble de tambor... Hay momentos, Schenepp, en que es difícil armonizar el servicio con los sentimientos... indudablemente.

VI.

La misma noche del día en que ocurría esta escena, el director de la prisión llegó muy alegre al comedor de la posada, en donde el guarda general Ivert le esperaba para comer.

—¡Bien os había yo dicho que no iría muy lejos—exclamó;—los gendarmes y el jefe de los celadores, han cogido á mi fugitivo en un escondrijo del bosque y lo han traído más que de prisa. A estas horas descansa en el calabozo...

Se sonrió con crueldad y sus ojos expresaron innoBLE fiereza, luego añadió, haciendo una expresiva pantomima con su roten de puño de marfil:

—¡Seurrot estaba furioso, y antes de encerrar al tunante, le ha administrado una corrección que le quitará el disgusto de los paseos al aire libre!

La corrección debía, en efecto, curar para siempre á Gordal de tales deseos. Después de haberle molido á golpes, Seurrot había encerrado en una celda á su prisionero, que estaba completamente sudando aún, por su larga excursión en pleno sol.

Gordal pasó bruscamente de la cálida y alegre luz de los caminos á un oscuro calabozo, cuyas paredes

estaban heladas. El negro horror de la celda, estaba aumentado para él por el recuerdo de las tres semanas de libertad y por el dolor de haber sido separado violentamente de la sola criatura que le había querido. Resonaban aún en sus oídos los desesperados gritos de Norina, y sus ojos la veían constantemente de rodillas y desmelenada en el bosque de Colmiers. Todo había concluido: no la volvería a ver más, y la vida no sería para él más que una pesadilla. Su suplicio había comenzado ya. Por la noche, el calabozo estaba lleno de fantasmas: Seurrot armado de su garrote; el director con su dura mirada y su cruel sonrisa, y la cara burlona del Champañés, a todos los veía surgir Gordal de la sombra y lanzarse como fieras sobre él... Al mismo tiempo le parecía que las paredes de la celda se unían y que el aire iba a faltarle. Se ahogaba. Repentinos calores, seguidos de sudores fríos y de grandes estremecimientos, subían hasta sus sienes y con voz ronca, llamaba a Norina en su auxilio.

Por la mañana, cuando uno de los celadores entró en la celda, le encontró temblando. Se llamó entonces al médico de la prisión, quien después de haberle examinado, dijo que era una fluxión de pecho lo que tenía.

El enojoso desenlace de la aventura de Gordal no había dejado de preocupar al guarda Ivert. Se censuraba haber sido la causa, aunque involuntaria, de la evasión del detenido; resolvió ir a interceder por él

y obtener al menos, que se le sacara del calabozo. Cuando llegó al despacho del director, le dijo éste que Gordal estaba enfermo y que le habían trasladado a la enfermería. Ivert pidió autorización para verle, y le condujeron a un pabellón recién construido, en donde se había instalado el servicio médico. Encontró a Gordal con una gran fiebre; bajo la delgada y reglamentaria manta estaba violentamente oprimido, y deliraba con los ojos desmesuradamente abiertos. No conoció a su paisano y éste se retiró después de habérselo recomendado con gran interés a la hermana enfermera.

Cuando Ivert, contristado, atravesaba la verja de la prisión, oyó tras de sí una voz femenina que decía:

—¡Señor!

Se volvió, y pudo ver que quien se dirigía a él era muchacha de unos quince años, sin nada a la cabeza, con un traje de indiana muy corto y gruesos brodequines llenos de polvo.

—¡Perdonadme!—continuó la muchacha mirándole con sus grandes y hermosos ojos negros;—¿sois uno de los jefes de la prisión?

—No, hija mía, ¿por qué?

—¡Ah!—suspiró la niña con aire triste; luego, animándose, añadió:—¿a quién podría yo dirigirme para obtener noticias de un preso que se llama Gordal?

—¡Gordal!—exclamó Ivert admirado.

—Sí... un muchacho que se había fugado y a quien

han traído ayer... En nuestra casa fué donde lo encontraron...

Norina, pues era ella, refirió brevemente á Ivert la huida y la prisión del joven detenido.

—Nos lo arrancaron, á pesar nuestro: si nos lo hubieran dejado, él hubiera ganado honradamente su vida entre nosotros. Yo quisiera decir esto á los jefes de la prisión, si pudiera hablarles. ¿Creeis, señor, que pueda conseguirlo?

—Temo que no os escuchen, hija mía—replicó Ivert mirando á Norina con sorpresa.

Después añadió:

—Yo también conozco á Gordal, somos del mismo país y vengo de verle.

La cara de la muchacha se iluminó.

—¡Ah!—dijo,—¿y cómo está?

—Está en la cama... enfermo.

Norina se puso muy pálida, se crisparon sus labios y sus negros ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Yo quisiera verle!—dijo con voz conmovida y entre sollozos.

Ivert conocía la severidad del reglamento de la prisión y no se atrevió á engañar á Norina; pero el concentrado dolor de la muchacha le había conmovido.

La prometió hablar al director é intentar obtener un permiso para que pudiera verle uno de los días siguientes.

—Creo que para entonces Gordal estará ya mejor. Volved dentro de dos ó tres días.

—Es que estoy sola en el taller con mi padre y no quisiera dejarle solo, sino á cosa hecha, á causa del trabajo... ¡Si tuviérais la bondad de avisarme el día en que podría verle!... Vivimos en la cortadura del Val-Servéux... Me llamo Norina Vincart.

—Está bien, Norina; iré yo mismo á deciros lo que haya acerca de esto.

—¡Mil gracias, señor!...

Se detuvo: un nuevo sollozo anudó su garganta.

—¿Pero vos le veréis, señor, no es verdad?

Desprendió de su corpiño un ramo formado con flores de brezo y se entregó al guarda general.

—Entregadle esto de parte de Norina. Decidle que las he cogido en la Fontanelle y que las he besado...

Ivert cogió el ramo y prometió cumplir el encargo.

Norina redobló su llanto.

—¡Hasta la vista, señor! ¿Me daréis pronto noticias?—dijo.

Y se fué muy de prisa, en dirección de Germaine.

Al día siguiente Gordal estaba peor, y un celador fué á prevenir á Ivert de que el número 24 quería hablarle. Añadió que era urgente, pues se creía que el detenido fallecería antes de la noche.

Ivert corrió á la enfermería. El enfermo no deliraba ya, pero estaba muy débil; la opresión aumentaba y respiraba con gran dificultad. Cuando la hermana le

enteró de la presencia de su paisano, á quien esta vez conoció, tuvo aun fuerzas para dibujar en su lábio inferior su maeca habitual.

—¡Mala suerte!— murmuró con débil voz.— Si les veo cinco minutos antes gano el bosque y me burlo de ellos . . . Ahora mi cuenta está arreglada, señor: ya no volveré á ver el campanario de Villotte,

—¡Mi pobre Gordal! le interrumpió Ivert—eres joven y fuerte y saldrás de esto.

El muchacho hizo con la cabeza un signo negativo.

—Hablemos de otra cosa—añadió Ivert—estoy encargado de una mision para ti de parte de una buena muchacha á quien has conocido en el Val-Serveux y que no te olvida.

—¿Norina?—preguntó en voz baja Gordal, cuyos vidriosos ojos se iluminaron de repente. ¿La habeis visto?

—Si— contestó Ivert, sacando del bolsillo las flores de brezo,—aquí tienes flores que ella ha cogido en la Fontenelle... Ellas te besarán por Norina, pues han sido besadas por ella..

Gordal cogió el ramo, lo llevó á los labios y á las narices, como para recibir los besos de Norina y el aroma de los bosques; después se le humedecieron los ojos y exclamó:

—¡Querida muchacha!... ¡Aun hay en el mundo gentes de bien!, Mr. Ivert, y si yo hubiera vivido á

su lado, hubiera podido llegar á ser un hombre tan honrado como otro cualquiera.

¡Principiaba yo á ser otro, pero el jefe de los celadores se echó sobre mi y se acabó todo lo bueno! No volveré á ver á Norina, y quiero pedir os un favor monsieur Ivert, y es que la lleveis también un recuerdo de mi parte.

Dadme mi chaqueta que está ahí al pié del lecho.

Registró con lentitud los bolsillos y sacó de ellos una navaja de mango de boj: una de esas navajas toscas de pastor, que se llaman Eustaquias.

—La daréis esta navaja—continuó—se que es un regalo pobre . . . Existe la creencia de que estas navajas cortan la amistad, pero en esta ocasión no hay porqué temerlo, cuando se la deis á Norina, la muerte habrá cortado ya el hilo de la mia.

El guarda general trató en vano de tranquilizarle.

—¡No no, replicó Gordal!—no me forjo ilusiones, yo soy quien estrenará el cementerio en que trabajaba!... ¡Bien os había yo dicho que no terminaría mi compromiso!... ¡Aunque no sea muy agradable la manera de terminarlo! ¡Seurrot pegaba tan fuerte que irán conmigo á la sepultura las señales de sus golpes!... En cuanto á Norina, cuando la volvais á ver, no la habléis de muerte y de cementerio... ¡Bastante sufrirá ya sin eso!... La entregaréis la navaja, la besaréis en mi nombre y la diréis tan solo, que me han llevado lejos, muy lejos, á donde estaré muy

bien... y que he partido pensando en ella... ¡Eso es lo que quiero que la digáis, y en verdad señor, que no la engañareis!

Un acceso de tos le interrumpió y la hermana de la Caridad rogó que se retirara el guarda general, quien se alejó después de haber abrazado al pobre muchacho.

Al día siguiente, Ivert, se dirigió muy triste hacia la cortadura del Val-Serveux. Cuando hubo atravesado el arroyo, descubrió la cabaña del tío Vincart y se dirigió hacia el taller, esforzándose por aparecer tranquilo y no infundir temores á Norina. Esta, que le había visto á lo lejos, le salió al encuentro.

—¿Qué hay?—le preguntó anhelante.

—Está mejor—respondió lacónicamente Ivert,—ya no sufre.

Le costaba mucho trabajo engañar á la pobre muchacha; pero pensó que así cumplía la última voluntad de Gordal, y que en la sencillez de su corazón, el infeliz había juzgado que esta mentira sería menos cruel para Norina.

—¡Ah, gracias!—exclamó respirando fuertemente.

—¿Y podré verle pronto?

—No, hija mia... El médico ha ordenado que cambie de aires, y le han llevado lejos de aquí... á su país... Ha marchado esta mañana...

Los ojos de Norina se llenaron de lágrimas.

—¡Partió!—dijo balbuciendo.—¿No le volveré á ver mas?

—Se ha acordado mucho de vos—dijo Ivert,—Antes de partir me ha rogado que os entregue esto.

La entregó la navaja. Norina la cogió oprimiéndola nerviosamente entre sus dedos.

—Me encargó también que os diese un beso en su nombre.

Norina le presentó, sollozando, su bronceado rostro, y el guarda general la besó en la frente.

—En fin—suspiró Norina;—¡si es para su bien!... ¿Me jurais que estará mejor allí?

—¡Os lo juro!

Y no mentía el guarda general, en el nuevo cementerio, al extremo del bosque, donde el declive de las grandes hayas cubrían con su sombra la fosa, Gordal estaba *mejor*.

Alli gozaba de un reposo absoluto que los malos sueños y los golpes de la prisión no podían ya turbar,

FIN DE GORDAL



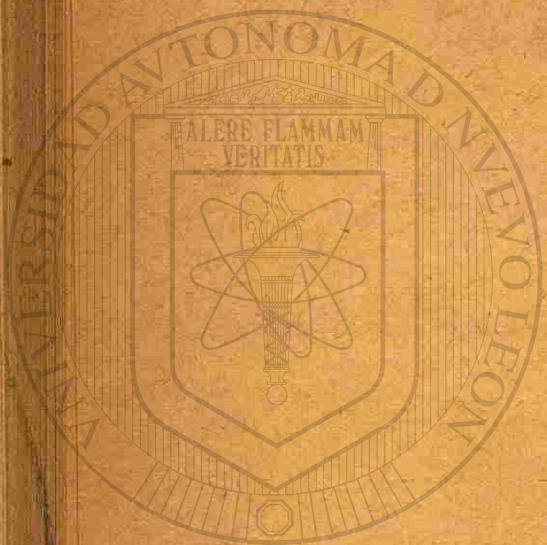
LA FIESTA DE SAN NICOLAS

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNY
"ALFONSO CASTEL"
Apdo. 1625 MONTERREY, NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imprenta de F. Nozal, Jesús, 3, (esquina a la de las Huertas.)

LA FIESTA DE SAN NICOLAS

POR

ANDRÉ THEURIET

VERSIÓN CASTELLANA

DE

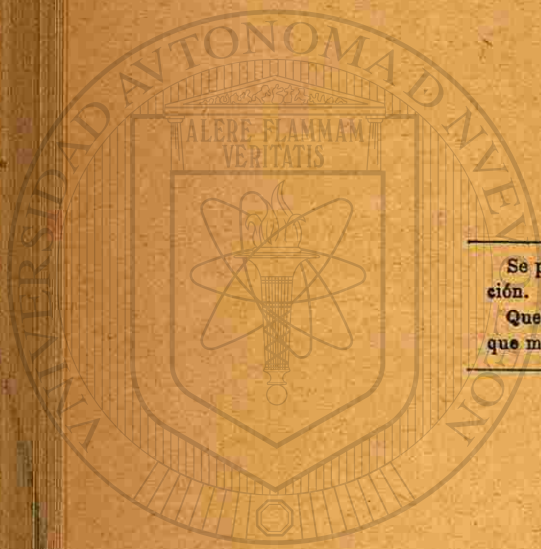
EL COSMOS EDITORIAL



MADRID
EL COSMOS EDITORIAL

Arco de Santa María, 4, bajo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO



Se prohíbe su reproducción.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I.

—¿Puede el señor Subdirector recibir a la señora Blonet? Pregunta el ugier entreabriendo discretamente una de las hojas de la puerta del despacho.

El despacho del Subdirector, es una habitación espaciosa, de alto techo y de severo aspecto, tiene dos ventanas con cortinas de damasco verde, el papel de las paredes y la tela de las butacas son del mismo tono y la biblioteca es de caoba. El piso cuidadosamente encerado, refleja como un espejo la fría simetría de aquel mobiliario administrativo, y el espejo de la chimenea, reproduce con la mayor perfección la imagen de un reloj de mármol negro, á cuyos dos lados hay dos lámparas de bronce y dos candelabros dorados. Vuelto de espaldas á la chimenea, el subdirector, Hubert Boinville, trabaja inclinado sobre el ancho púpitre de caoba lleno de legajos. Levanta su cara grave y melancólica, cercada por una barba color castaña, en la cual brillan algunos hilos grises, y sus negros ojos, dejan caer una mirada sobre la

tarje a que le presenta el digno y solemne ugier. En aquel pequeño cuadrado de cartulina han escrito á mano, con letra antigua y torcida: «Viuda de Blonet» nada deduce de su lectura y tirándola sobre los legajos, hace un gesto de impaciencia.

—Es una señora de edad, dice el hugier, ¿la despedido?

—Que entre, dice el subdirector con tono resignado. El ugier con su librea de botones metálicos, desaparece, al poco tiempo, aparece de nuevo acompañando á la señora, quien, desde el dentil de la puerta, hace una reverencia de moda en otro tiempo.

Hubert Boinville se incorpora con un gesto un tanto frio, le indica un sillón en el cual ella se sienta despues de repetir su reverencia.

Es una viejecita con traje negró, muy pobre. Su vestido de merino está muy estropeado y tiene un color verdoso. Un velo de crespon muy usado, que ha servido ya para más de un luto, cae miserablemente por los dos lados de su antiguo sombrero y deja ver bajó una trenza de postizos cabellos castaños una cara redondita, un tanto arrugada, ojos vivos y una boquita cuyos sumidos labios delatan la falta de los dientes.

—Señor, dice con voz un poco fatigada, soy hija, viuda y hermana de empleados que han prestado buenos y leales servicios al Estado, he presentado en a Direccion general una solicitud en demanda de

socorros y... desearía saber si puedo esperar algo.

El Subdirector ha escuchado esto sin pestañar ¡Ha oido tantas súplicas análogas!

—¿Se le ha socorrido á Ud. alguna otra vez; señora?

—No señor, hasta ahora había podido vivir sin molestar á nadie... Tengo una corta pensión y...

—¡Oh! interrumpió secamente el Subdirector, en ese caso temo mucho que podamos hacer nada por Ud.. Tenemos que socorrer á muchas personas desgraciadas que no tienen ni aún el recurso de esa pensión.

—¡Escuche Ud. caballero! exclamó desesperadamente la anciana no lo he dicho todo... Tenía tres hijos y han muerto; el último daba lecciones de matemáticas... El invierno pasado, yendo del Pateon al Colegio Chaptal, se mojó, cogió un gran constipado que degeneró en flusion de pecho y que concluyó con él quince días.—Con el producto de sus lecciones viviamos, él, su hija y yo, porque me ha dejado una nieta. Los gastos de su enfermedad y entierro me han dejado sin un cuarto. He empeñado mi credencial de pensionista para pagar deudas. Me encuentro sola en el mundo con la pequeñita, sin dinero y tengo ochenta y dos años... Es ya mucha edad, ¿no es verdad?

La anciana enjuga una lágrima. El subdirector la ha escuchado con más atención. La entonacion de

clertas frases provinciales de la señora, resuenan en su oído como una mímica muy oída y muy familiar; Aquella manera de hablar tiene un sabor del país, que cree reconocer y que la causa singular sensación. Llama, pide el expediente de «la viuda Blonet» y cuando el ugiér deja sobre el púpitre, con aire de importancia, la ajada carpeta, Hubert Boinville examina los documentos con un marcado interés.

—Usted es Lorenesa, señora, dice, mostrándose más amable y poniendo cara más risueña. Lo he sospechado en su acento.

—Sí, señor, soy de la *Argonne*... ¿Cómo ha conocido Ud mi acento? Creía haberlo perdido despues de tanto como he rodado de un extremo al otro de Francia como un fugitivo.

El subdirector mira con creciente compasión á aquella pobre viuda á quien una ráfaga de viento ha arrancado de su bosque natal y arrojado en París como una hoja seca despues de haberla arrastrado mucho tiempo por los caminos burocraticos. Siente que su corazón de funcionario se ablanda poco á poco y responde sonriendo de nuevo:

—Yo tambien soy de la *Argonne*, y he vivido mucho tiempo cerca de su pueblo de Ud. en *Clermont*... Vamos, señora, tenga Ud. animo... Creo que obtendremos el socorro que Ud. desea...

¿Ha dejado Ud. sus señas?

—Sí, señor, calle de la Salud, núm. 12, cerca del

convento de los Capuchinos.—Muchas gracias; me voy contenta con lo que me ha dicho Ud. y por haber encontrado un paisano...

Y la anciana señora se retira despues de confundirse en reverencias.

Tan luego como la señora Blonet ha desaparecido, el subdirector se levanta y va á pegar la frente sobre la vidriera de una de las ventanas que dan al jardin del hotel. Pero no son las copas de los castaños, medio deshojadas, las que contempla, su mirada, va más allá... muy lejos, allá abajo, hácia el Este, al otro lado de los llanos y de las colinas de la *Champaña*, hasta un valle enclavado en un gran bosque, con un modesto rio que arrastra sus amarillas aguas entre filas de chopos, al pie de una vieja y pequeña aldea con tejado de oscuras tejas...

Allí es donde vivió siendo niño, allí es donde, iba todos los años durante las vacaciones. Su padre, escribano del juzgado de paz, llevaba allí la vida estrecha y llena de privaciones de los burgueses sin fortuna. Educado en la mayor estrechez y acostumbrado desde muy pequeño al cumplimiento de su deber y al trabajo continuo, Hubert abandonó su país desde muy pequeño y no volvió á él más que para asistir al entierro de su padre. Dotado de una inteligencia superior, y de una voluntad de hierro, amante del trabajo subió rápidamente, los escalones de la escala administrativa. Ser subdirector á los

treinta y un años, ocurre en el mundo burocrático por excepción. Austero, puntual, reservado y atento, muy riguroso en la observancia de los Reglamentos, llega siempre al Ministerio á las diez, no sale nunca hasta las seis y se lleva trabajo á casa. De carácter poco expansivo, aunque sensible en el fondo, tiene fama de muy reservado. Frecuenta poco la sociedad y su vida ha estado de tal modo ocupada por el trabajo, que no ha tenido tiempo de pensar en el matrimonio. Su corazón ha hablado sin embargo una vez en la Argona cuando tenía veinte años; pero como no era más que un pobre supernumerario sin fortuna, la muchacha de quien él se había enamorado, le despreció y se casó con un hombre rico comerciante en maderas. Esta primera decepción ha dejado á Boinville una amargura que sus triunfos administrativos no han podido corregir por completo. Su espíritu ha quedado lleno de melancolía y esa tarde, después de haber oído á aquella anciana señora hablarle de su angustia, con el acento del país, que no se olvida jamás, se ha sentido invadido de una tristeza retrospectiva.

Con la frente fija en la vidriera, remueve, como un montón de hojas secas, los lejanos recuerdos de juventud, profundamente sepultados en su memoria y el perfume de las temporadas pasadas en su país natal invade dulcemente su cerebro.

Vuelve á su sillón y cogiendo el expediente pone

con lápiz azul esta nota marginal: «Situación digna de interés»—«Concedase»—después llama á un ordenanza y envía el expediente al subjefe encargado de los socorros.

II

El día en que se concedió oficialmente el socorro, Hubert Boinville, abandonó su oficina un poco antes que de costumbre. Se había ocurrido la idea de dar el mismo la buena noticia á su vieja paisana.

Trescientos francos son apenas una gota de agua para el enorme presupuesto ministerial, pero en el presupuesto de la viuda, esta gota de agua debía convertirse en un rocío bienhechor. Aun cuando á principios de Diciembre, el tiempo era suave y Boinville anduvo á pie el largo trayecto que le separaba de la calle de la Salud. Cuando llegó empezaba la noche á cubrir de tinieblas aquel desierto barrio. A la luz de un mechero de gas, cerca del convento de Capuchinos, vió el número 12, encima de una puerta de postigo, abierta en una alta pared de piedra. No hizo más que tocar aquella puerta, que estaba entreabierta, y se encontró en un gran jardín en el cual se distinguían en la sombra, campos de legumbres cercados de rosales y, por todas partes siluetas de árboles frutales. El subdirector se dirigió, á tientas, hacia el piso y tuvo la suerte de encontrar al jardi-

nero en persona, que le guió hacia la escalera que conducía á la habitación de la viuda.

Después de haber tropezado dos veces en los sucesivos escalones, Boinville llamó á una puerta, por encima de la cual se filtraba un debil rayo de luz y se admiró mucho cuando abriéndose aquella, vió ante sí á una joven de unos veinte años que, de pié en el dintel levántando en alto una lámpara, le miraba con sorprendidos ojos.

Era una joven vestida de negro, de fisonomía viva y agraciada. La luz, cayendo de lo alto, iluminaba sus cabellos castaños, sus redondas mejillas, su boca sonriente y sus azules y limpidos ojos.

—¿Me habré equivocado? preguntó Boinville, ¿es aquí donde vive la señora de Blonet?

—Si señor, hagame Ud. el favor de pasar... Abuela, es un señor que pregunta por ti.

—Ya voy, respondió una voz aguda que salía de una habitación contigua; un momento después, la anciana señora llegaba muy de prisa, con el pelo recogido dentro de una cofia negra y acabando de desatar las cintas de un delantal de tela azul.

¡Santa Madre de Dios!, exclamó al reconocer al Subdirector, ¿es usted señor?... Dispenseme Ud., no esperaba tener el honor de verle por aquí... *Claudette*, acerca el sillón al señor subdirector... Esta es mi nieta, caballero, lo único que me queda en el mundo.

Hubert Boinville se había sentadó en un viejo si-

llón de terciopelo de Utrech y de rápida ojeada, había examinado la habitación, que parecía servir á la vez de sala y de comedor. Pocos muebles, una pequeña estufa de porcelana blanca, cubierta de mármol rojo; al lado un armario grande y rústico de encina como los de las aldeas; en el medio, una mesa redonda cubierta por un hule; sillas de paja y en la pared, viejas litografías iluminadas de *Boilles*; el conjunto, limpio y recordando á la aldea.

Explicó brevemente el objeto de su visita.

—¡Ah! mi buen señor, muchas gracias exclama la viuda... Con razon se dice que la dicha no llega nunca sola... Figurese Ud. que la pequeña ha sufrido sus exámenes para entrar en telégrafos y hasta que la coloquen se dedica á hacer estampas... Hoy la han pagado una gran cantidad de estampas y hemos decidido celebrar esta noche la fiesta de San Nicolás, como en los buenos tiempos... ¿Se acuerda Ud?

—¡Pero, abuela, interrumpió la muchacha riendo, este caballero no sabe lo que es la fiesta de San Nicolás... aquí en Paris, no se festeja á ese santo!

—Si por cierto, el señor sabe perfectamente lo que yo quiero decir, es paisano nuestro, *Claudette*, es de *Clermont*.

—¡La fiesta de San Nicolás! dijo el subdirector cuyo melancólico rostro se alegró, ¡ya lo creo!... ¡En efecto, hoy es 6 de Diciembre!...

Esta fecha había iluminado su imaginación con

alegres recuerdos de su infancia. Veía la vasta chimenea paterna! adornada para la fiesta del patrón de su pueblo natal; vió la música juguetona de los violines que iban por las calles en busca de las muchachas para el baile y recordaba las emociones del día siguiente, cuando corría con los pies descalzos para recoger del hogar sus zuecos llenos de juguetes, que San Nicolás, montado en su burro había bajado la noche antes por la chimenea.

—Pues esta noche, continuó con volubilidad la abuela, hemos resuelto no comer más que platos al estilo del país. El jardinero de abajo, nos ha proporcionado coles, nabos y patatas para hacer una buena olla; he comprado un salchichon de Lorena y cuando Ud. entró, estaba preparando un *tot fait*.

—¡Oh! ¡un *tot-fait*! exclamó Boinville poniéndose más pensativo, hace veinte años que no oigo pronunciar el nombre de ese pastel de huevos, leche y harina y más tiempo aún que no lo pruebo ..

Su fisonomía se había animado y la muchacha que le observaba á hurtadillas creyó distinguir en sus pardos ojos un ansioso resplandor.

Mientras que él sonreía, entregado al recuerdo de aquel plato del país, la abuela y *Claudette* se habían separado un poco y parecía que discutían una cuestión grave.

—No, abuela, decía en voz baja la muchacha, eso sería una indiscrección.

—¿Por qué ha de ser indiscrección? dijo la viuda, estoy segura que le agradará.

Y como vieron que él las miraba con curiosidad, la abuela le dijo acercándose:

—Caballero, Ud. ha sido muy bueno para con nosotras y sino fuera abusar, pediría á Ud. un nuevo favor... Es tarde y su casa de Ud. está lejos de aquí. Tendríamos mucho gusto en que nos acompañara Ud. á comer nuestro *tot-fait*... ¿No es verdad? *Claudette*.

—Sí, abuela, solo que este señor no comerá tan bien como en su casa, y además le esperarán allí.

—No, nadie me esperará, contestó Boinville, pensando en el restaurant, en donde de ordinario comía solo y mal, soy libre: pero..

Vacilaba aún, y seguía contemplando los alegres ojos de *Claudette*; de pronto, y con una franqueza poco frecuente en él, dijo:

—¡Pues bien! ¡acepto sin cumplido, y con placer!

—Enhorabuena, dijo la anciana señora con regocijo... *Claudette*, ¿qué te decía yo?... Pon pronto los cubiertos, y vete á buscar vino, mientras yo concluyo de hacer el *tot-fait*...

Claudette, viva como una ardilla, había abierto el grande armario y sacado de él un mantel y servilletas con listas encarnadas. En un abrir y cerrar de ojos estuvo puesta la mesa. Encendió una bugía y bajó, mientras que la viuda, sentada con el regazo

lleno de castañas las hacía una rajita y las colocaba sobre el mármol de la chimenea.

—¿No es verdad que la pequeña es lista y alegre? decía al subdirector... Es mi único consuelo... Ella alegra mi vejez como un gorrion alegre el tejado por donde corre...—Y continuó después de haber dado vuelta á las castañas que había puesto sobre la estufa:—Será una cena frugal, pero ofrecida de todo corazón, y además esto os recordará el país ¿no es verdad?

Claudette había subido, encarnada y algo sofocada; la buena señora trajo la humeante y olorosa olla y se sentaron á la mesa.

Entre aquella respetable octogenaria tan bondadosa y aquella muchacha tan sencilla y alegre; ante un matel que despedía un agradable olor á lirio, en aquella atmósfera [semi-campestre, que le hablaba del pasado, Hubert Boinville comió con apetito de la olla. Desenmudeció poco á poco y habló familiarmente, riéndose mucho de las ocurrencias de *Claudette* y de las palabras del *patois* (dialecto del país) que la abuela mezclaba en la conversación. De cuando en cuando, la viuda iba á la cocina á vigilar su plato. Al fin apareció llevando en las manos una fuente en la cual estaba colocado el *tôt-fait* que despedía un apetitoso olor á flor de naranjo. Después vinieron las castañas, asadas en el horno y doradas por el fuego dentro de sus débiles cáscaras. La anciana señora

sacó del armario una botella de *pignollette*, licor del país compuesto de aguardiente y vino dulce; después mientras que *Claudette* quitaba la mesa, cogió maquinalmente su labor y se sentó cerca de la estufa, siempre charlando; pero la influencia del calorcito que despedía la estufa, unido á la acción de la *pignollette* no tardó en adormerla. *Claudette* colocó la lámpara en medio de la mesa; Hubert y la joven estaban frente á frente y *Claudette* naturalmente alegre y jovial, hacía el gasto de la conversación.

También ella había pasado su infancia en la *Argonne*, con una tía anciana, y recordaba de *Boinville* pequeños detalles locales cuya precisión trasportaba insensiblemente su imaginación á [aquellos lugares, cada uno de los cuales tenía para el subdirector un recuerdo de su infancia.—Como hacía mucho calor en la habitación, *Claudette* había entreabierto la ventana y entraban rafagas de aire fresco, impregnadas de fuerte olor á plantas de muerto, y se oía el ruido de una pila, mientras que á lo lejos una campana del convento tocaba el *Angelus*.

Hubert Boinville fué preso de una ilusión. La *pignollette* de la Lorena y los claros ojos de aquella hermosa joven, que le recordaba el montuoso paisaje de su pueblo natal, fueron la causa. Le parecía que había retrocedido veinte años en su vida, y que había sido trasportado á alguna casa rústica de su país. Aquel viento que sentía en los árboles, aquel suave

murmurio del agua corriente, eran la cariñosa voz del aire que movía las florestas de la *Argonne*: aquella campana que sonaba á lo lejos, era la de la iglesia parroquial de la aldea, festejando la vispera de San Nicolás... Su juventud sepultada durante veinte años bajo los papelotes administrativos, revivía, en toda su lozanía, y delante de él veía, trastornado, los hermosos ojos azules de *Claudette* y sus sonrosados labios que sonreían ingenuamente; todo esto hacía que su adormecido corazón se despertase y latiese en su pecho con agradable tic-tac...

La anciana señora se había despertado sobresaltada y balbuceaba algunas excusas. Hubert Boinville se levantó; era ya hora de despedirse. Después de dar mil gracias á la señora Blonet y haberla prometido volver á verla, dió la mano á *Claudette*. Sus miradas se encontraron y la del subdirector era tan brillante, que la joven bajó los ojos. Ella fué quien le acompañó hasta abajo, y cuando estuvieron en el dintel de la puerta la estrechó de nuevo la mano sin encontrar qué decirle...

El subdirector se había enamorado de *Claudette*, y cuando se encontró sólo en el tenebroso desierto de la calle de la Salud, le pareció que oía sonar en el cielo todos los violines de la fiesta de San Nicolás.

III

Hubert Boinville daba de nuevo, como se dice en leaguaje burocrático, «un activo é ilustrado impulso al servicio». La máquina administrativa había vuelto á amontonar sobre su mesa la tarea diaria de relaciones, volantes, comunicaciones, tarjetas, cartas del ministro y proyectos de decretos. Las sesiones del Consejo, las audiencias y las comisiones, no le habían dejado una hora libre para ir á la calle de la Salud.

Sin embargo, el recuerdo de la noche de San Nicolás, invadía su imaginación con frecuencia, aún en medio de su trabajo. Varias veces la radiante imagen de *Claudette*, le había distraído de la lectura de un expediente. Esta aparición revoloteaba para él como ligera mariposa azul; por la noche cuando el subdirector entraba en su triste habitación de soltero, ella le acompañaba y le parecía que le miraba de una manera burlona, mientras él arreglaba el fuego de la chimenea casi apagado. Entonces pensaba en aquella habitacioncita, en la cual la estufa zumbaba tan cuidadosamente en la alegre conversacion de la joven, que había resucitado por un momento las sensaciones de sus veinte años. En la regular monotonía de la vida atareada que él tenía, y en la cual las in-

murmulio del agua corriente, eran la cariñosa voz del aire que movía las florestas de la *Argonne*: aquella campana que sonaba á lo lejos, era la de la iglesia parroquial de la aldea, festejando la vispera de San Nicolás... Su juventud sepultada durante veinte años bajo los papelotes administrativos, revivía, en toda su lozanía, y delante de él veía, trastornado, los hermosos ojos azules de *Claudette* y sus sonrosados labios que sonreían ingenuamente; todo esto hacía que su adormecido corazón se despertase y latiese en su pecho con agradable tic-tac...

La anciana señora se había despertado sobresaltada y balbuceaba algunas excusas. Hubert Boinville se levantó; era ya hora de despedirse. Después de dar mil gracias á la señora Blonet y haberla prometido volver á verla, dió la mano á *Claudette*. Sus miradas se encontraron y la del subdirector era tan brillante, que la joven bajó los ojos. Ella fué quien le acompañó hasta abajo, y cuando estuvieron en el dintel de la puerta la estrechó de nuevo la mano sin encontrar qué decirle...

El subdirector se había enamorado de *Claudette*, y cuando se encontró sólo en el tenebroso desierto de la calle de la Salud, le pareció que oía sonar en el cielo todos los violines de la fiesta de San Nicolás.

III

Hubert Boinville daba de nuevo, como se dice en leaguaje burocrático, «un activo é ilustrado impulso al servicio». La máquina administrativa había vuelto á amontonar sobre su mesa la tarea diaria de relaciones, volantes, comunicaciones, tarjetas, cartas del ministro y proyectos de decretos. Las sesiones del Consejo, las audiencias y las comisiones, no le habían dejado una hora libre para ir á la calle de la Salud.

Sin embargo, el recuerdo de la noche de San Nicolás, invadía su imaginación con frecuencia, aún en medio de su trabajo. Varias veces la radiante imagen de *Claudette*, le había distraído de la lectura de un expediente. Esta aparición revoloteaba para él como ligera mariposa azul; por la noche cuando el subdirector entraba en su triste habitación de soltero, ella le acompañaba y le parecía que le miraba de una manera burlona, mientras él arreglaba el fuego de la chimenea casi apagado. Entonces pensaba en aquella habitacioncita, en la cual la estufa zumbaba tan cuidadosamente en la alegre conversacion de la joven, que había resucitado por un momento las sensaciones de sus veinte años. En la regular monotonía de la vida atareada que él tenía, y en la cual las in-

timidades femeninas eran muy escasas, [la *soirée* pasada en la calle de Salud interrumpía como un claro bañado de sol, en medio de un llano brumoso, aquella monotonía. A veces, miraba melancólicamente en el espejo su barba, que empezaba á encanecer; pensaba en su juventud sin amores, y se decía como el bondadoso La Fontaine: «Ha pasado ya para mí el tiempo de amar?» Entonces era preso de una nostalgia de ternura que le entristecía el espíritu y hechaba de menos no haberse casado.

! Una tarde de aquel mismo mes de Diciembre, el ordenanza, abriendo discretamente la puerta del despacho anunció á la señora Blonet.

Boinville se levantó precipitadamente y salió á recibir á la señora. Cuando esta se hubo sentado, la preguntó, poniéndose muy colorado, por su nieta.

—Está bien, muchas gracias, respondió; la visita de Ud. la llevó la buena suerte. Pretendía desde hace mucho tiempo una colocación en Telégrafos como ya os dije y recibí ayer el nombramiento. No he querido dejar á París sin despedirme de Ud. y demostrarle nuestro agradecimiento.

El pecho de Boinville se oprimió—¿Abandonan ustedes, á París? preguntó, ¿es en provincias esa colocación? ¿Marchan Udes. pronto?

—En la primera semana de Enero.

Adios, señor Boinville, ha sido Ud. muy bueno pa-

ra nosotras y *Claudette* me ha encargado mucho que dé á Ud. las gracias en su nombre...

El subdirector, absorto, no contestaba más que por monosílabos. Cuando salió la señora, permaneció largo rato pensativo. Aquella noche durmió mal, y al día siguiente estuvo muy mal humorado. A las tres de la tarde cogió su sombrero, salió del ministerio y tomó un coche.

Media hora más tarde llamaba á la puerta de la señora Blonet.

Claudette fué quien la abrió. Al ver al subdirector se estremeció, luego se puso muy colorada y en sus labios asomó una sonrisa.

—Mi abuela no está en casa, dijo, pero no tardará en venir, y se alegrará mucho de ver á Ud...

—No es á su abuela de Ud. á quien deseo ver, sino á Vd., señorita.

—¿A mí? repuso ella turbada.

—Sí, á Ud., dijo Boinville... Su garganta se oprimía, buscaba palabras conque expresarse y le costaba trabajo encontrarlas:—¿Marchan Udes. por fin en el mes de Enero?

Ella contestó con un movimiento de cabeza afirmativo.

—¿No siente Ud. dejar á París?

—¡Oh! sí... Me causa pena... ¿Pero qué hacer? Esa colocación es para nosotras una fortuna y mi abuela podrá pasar tranquila los últimos años de su vida.

—¿Y si yo ofreciera á Ud. un medio de que se quedaran en París, asegurando la tranquilidad y el bienestar de la señora Blonet?

—¡Oh! caballero, exclamó la joven, cuya fisonomía se animó.

—Es un medio heroico, repuso él, con turbación: Ud. lo encontrará tal vez superior á sus fuerzas.

—Tengo valor... Dígalo Ud.

—¡Pues bien!, señorita... Se detuvo para respirar y, rápidamente añadió.—¿Quiere Ud. casarse conmigo?

—¡Dios mío! balbuceó ella y la emoción la cortó la voz.

El pecho de *Claudette* se agitó, sus labios se entreabrieron y en sus azules y grandes ojos brilló una dulce mirada.

Boinville no se atrevía á mirarla, temiendo leer una negativa en su rostro. Pero inquieto por su prolongado silencio, sin levantar la cabeza preguntó.—¿Me encuentra Ud. muy viejo? ¡Parece que se ha asustado Ud.!

—No estoy asustada, respondió ella sencillamente, sino turbada y... contenta!—Eso es demasiado para mí... ¡No me atrevo á creerlo!

—¡Querida mía! exclamó él cogiéndola las manos, créalo Ud. y crea sobre todo que el verdaderamente feliz soy yo que amo á Ud. con frenesi.

Ella permaneció silenciosa; pero en el resplandor

de sus ojos, había tal efusion de reconocimiento y de ternura, que Hubert Boinville no podía dudar. El leyó sin duda en ellos que la joven se creía también feliz por la misma razón, porque la atrajo hacia sí. Ella se dejó llevar y Hubert más atrevido, la besó las manos.

—¡Santa madre de Dios! exclamó la anciana, que llegó en aquel momento.

Se volvieron, él algo confuso y ella muy colorada y radiante de hermosura.

—Señora Blonet, pudo articular al fin con alegría, Hubert Boinville, no se escandalice Ud. La noche que cené en su casa, San Nicolás bajó por mi chimenea, como en aquellos tiempos en que yo era un niño, y me regaló una mujer... Aquí la tiene Ud., es su nieta. Nos casaremos lo antes posible si Ud. nos dá su consentimiento.

FIN.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

1923
SAN ANTONIO, MEXICO



UABO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUARAMANGA
BIBLIOTECA GENERAL DE INVESTIGACIONES

1000